

se
Aprender a amar

CARA COLTER



Lectulandia

Aquel soldado comenzaba a plantearse la posibilidad de formar una familia...

Al retirarse de las Fuerzas Armadas Canadienses, el comandante Cole Standen creyó que se alejaba de los trabajos de riesgo para siempre. Pero entonces aparecieron aquellos cinco pequeños en su puerta, pidiendo a gritos un poco de ayuda. Cole no había contado con que además tendría que cuidar a la tía de los niños, Brooke Callan, una belleza de enormes ojos que también parecía estar necesitada de ayuda.

Cole no tardó en darse cuenta de que Brooke tenía mucho más que unos ojos vulnerables y unos labios de lo más tentadores.

Lectulandia

Cara Colter

Aprender a amar

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *Major Daddy*
Cara Colter, 2004

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Cole Standen se despertó asustado. Por un momento, en medio de aquella oscuridad, creyó que estaba en esa tierra de noches heladas, tormentas de arena, lugares agrestes y rocosos y peligros ocultos. La sangre bombeaba sus músculos y los tensaba y alertaba para la batalla. Aguantó la respiración mientras escuchaba con atención.

Fue el olor lo que lo devolvió a la realidad. El aroma a cedro y pino, enriquecido por la humedad de la tormenta nocturna, entró por las cristaleras abiertas de la balconada hasta llegar a donde estaba él. Era el olor de su infancia.

Y entonces empezó a ser consciente de los ruidos del exterior de la sólida choza. El viento soplaba salvajemente, aullando entre los árboles; la lluvia golpeaba con fuerza el tejado de metal; y las olas se estrellaban y alzaban sobre la orilla rocosa del lago.

Suspiró y se relajó del todo al recordar que estaba en casa.

Su visión se ajustó un poco a la oscuridad creciente y las paredes de su dormitorio hechas de troncos empezaron a delinarse.

Se había quedado dormido cuando había empezado a soplar el viento, que había levantado olas feroces en la superficie del lago, agitando los árboles con violencia y aullando entre los matorrales; por eso estaba seguro de que no había sido el viento lo que lo había despertado.

Como buen soldado Cole estaba acostumbrado a dormir con relativa facilidad rodeado de esa clase de ruidos. Pero algo inusual, por muy leve que fuera, podría despertarlo inmediatamente. El ruido que creía haber oído era tan frágil, tan insignificante, que sería fácil pensar que se lo había imaginado.

Esperó bajo el cómodo peso del edredón de plumón para volver a sentirse seguro, para que su pensamiento se calmara.

Se recordó que estaba virtualmente solo en aquella retirada bahía del Lago Kootenay, una enorme masa de agua localizada a la sombra de los Montes Purcell en la British Columbia. A diferencia de la mayoría, le gustaba la soledad y encontraba en ella consuelo.

Era el mes de noviembre. Las personas que habían pasado el verano allí habían entablado las ventanas de algunas de las cabañas que salpicaban las orillas del río y se habían largado a casa hasta que volviera el buen tiempo.

Sólo una casa nueva, que se rumoreaba pertenecía a una estrella de cine, mostraba signos de estar ocupada en esa época. Había notado las huellas de neumáticos en el empinado camino de entrada a la casa. De noche había luz en las ventanas, una luz dorada que se reflejaba en las aguas negras del lago.

A pesar de que la parte lógica de su mente intentara decirle que allí estaba tan seguro como podría estarlo en cualquier otro lugar, el instinto, lo que tantas veces le había salvado la vida, le decía que no todo estaba tan claro. Cole frunció el ceño y entonces volvió a oírlo.

Cuando fue a encender la lámpara de la mesilla vio que se había ido la luz. Pero eso era normal en aquella remota bahía, sujeta a un clima infernal entre los meses de noviembre y febrero. Tomó la linterna que tenía al lado y dirigió el haz de luz hacia el techo. La luz no lo convenció de que no había oído el ruido, frágil y lastimero, como el maullido de un gatito.

Inquieto ya, Cole retiró la colcha, se puso unos vaqueros y fue a asomarse por la ventana. El viento helado le mordía el pecho desnudo.

Clac, clac, clac. Se le puso de punta el vello de la nuca. El ruido era leve, casi se perdía en el furor de la tormenta, y sin embargo allí estaba. Clac, clac, clac.

Salió del dormitorio para buscar el origen del ruido y con la linterna en la mano cruzó el salón de la cabaña.

Clac, clac. clac.

El ruido provenía del otro lado de la puerta de entrada. Se dijo que sería la rama de un árbol arañándola, y también que estaba en casa, en Canadá, y que no tenía nada que temer. Sin embargo fue un guerrero fiero el que abrió la puerta, listo para el combate.

Al principio sólo vio oscuridad, y sintió las cuchillas de la lluvia en la cara o los dedos helados del viento en su cuerpo. Pero entonces ese ruido leve, ese maullido, lo empujó a bajar la vista, y la linterna iluminó un cuadro impresionante que lo dejó boquiabierto.

Una niña pequeña en camisón con un muñeco envuelto en una mantilla y pegado a su cuerpo.

La niña, que tendría unos once años, estaba tremendamente delgada, y su cabello largo y negro se enredaba alrededor de su cara. Tenía los ojos enormes y azules y le castañeteaban los dientes. Tenía los labios un poco azulados, a pesar del suéter que llevaba encima del camisón.

El muñeco que tenía en brazos se retorció y de pronto soltó un grito desgarrador, tan horrible como cualquier grito de batalla. Tremendamente alarmado. Cole retrocedió un paso y observó que el rebusco que llevaba la niña no era un muñeco. ¡Era un bebé! Cole se quedó de piedra mientras intentaba asimilar toda esa información ilógica que se le echaba encima.

Entonces salió el soldado, el comandante, y con calma se hizo cargo de la situación. Debía proteger del frío a aquellos niños. Y a pesar de la sorprendente aparición a su puerta, ya tendrían más tarde tiempo de enterarse de lo que estaba pasando.

—Entrad —le ordenó con voz autoritaria.

De pronto se dio cuenta de que a la niña le temblaban las manos del esfuerzo de levantar en brazos al bebé, y con firmeza le retiró el bebé de los brazos.

El infante lo miró con sus grandes ojos azules parecidos a los de la niña; y entonces, afortunadamente, en lugar de seguir llorando se acurrucó sobre su pecho, suspiró y se metió el pulgar en la boca.

—Pasa —dijo de nuevo, intentando despojarse de aquel tono militar y adoptar un tono amable que diera confianza a la temblorosa niña que tenía delante.

Ella lo miró con esos grandes ojos azules que parecían desnudarle el alma y asintió con suavidad. Sin embargo no cruzó el umbral de la puerta.

Se dio la vuelta e hizo una señal con el brazo; una señal que cualquier soldado reconocería.

Los arbustos que encuadraban el patio que rodeaban la casa se abrieron.

A Cole estuvo a punto de caérsele el bebé al suelo. Un niño pequeño de no más de tres años, una niña por las puntillas del camisón que se enredaba entre sus piernas regordetas, salió de entre los arbustos y cruzó el patio, cubierto de hojas y ramas.

Como si aquello no fuera suficiente, de los arbustos salieron dos niños morenos de unos siete u ocho años, vestidos con pijamas sucios.

Cole Standen había presenciado los terrores que podían hacer temblar a cualquier hombre y hacerle sacar fuerzas de flaqueza.

Pero a medida que aquellos niños mojados y sucios de barro iban entrando en su santuario, y que sentía aquel rejujo de carne tierna y caliente contra su pecho, Cole buscó entre sus recuerdos para saber si se había enfrentado alguna vez a ese terror que le golpeaba el pecho en ese momento.

Y descubrió que no lo había hecho jamás.

Capítulo 1

Mi abuela está muerta —anunció la niña, la mayor de los cinco. Y entonces, una vez que había agotado toda su valentía, su rostro se desinfló como un globo y se echó a llorar. Al principio lo hizo silenciosamente, y unas lágrimas gruesas le rodaron por las mejillas. Pero aquel silencio era como el que precedía a una tormenta. Rápidamente sus sollozos se convirtieron en una llantina estremecedora.

Los otros cuatro la miraban ansiosamente, y su llanto fue como una señal de su liderazgo, porque al momento los cuatro siguieron su ejemplo. Incluso el bebé.

Con el bebé en brazos. Cole acompañó a los niños al salón y los sentó en el sofá.

La niña más mayor extendió los brazos, y Cole le devolvió al bebé. Los niños se acurrucaron y continuaron llorando a moco tendido hasta que las lágrimas dieron paso al hipo.

Cole comprobó rápidamente si había línea, que no había, echó dos leños a la chimenea y encendió sus dos lámparas de aceite.

Entonces se volvió y estudió a los niños a la luz parpadeante de los quinqués. Se dio cuenta de que estaba metido en un lío, sobre todo porque los niños continuaban llorando sin parar, y no tenía duda alguna de que acabarían poniéndose malos si no lo dejaban. También estaba la posibilidad de que la abuela, donde quiera que estuviera, no estuviera muerta sino malherida y requiriera de su ayuda con urgencia.

Alzó una mano.

—Eh —dijo en tono imperativo—. Ya basta.

Se produjo un silencio momentáneo mientras los niños se quedaban mirando con los ojos como platos su mano levantada; pero entonces uno de ellos se puso a sollozar de nuevo y el resto volvió con lo mismo.

Dio unas palmadas, un pisotón en el suelo, rugió. Pero no sirvió de nada.

Hasta que de pronto se le ocurrió que sólo podría rendirse y sacarles la historia como pudiera.

El soldado en él se resistía a rendirse. Esa palabra no estaba en su diccionario. Pero sería sólo momentáneamente. Así que tomó de nuevo al bebé, se sentó en el medio del sofá, y en un abrir y cerrar de ojos los dos niños y el de dos años encontraron un espacio sobre sus rodillas. La niña mayor se apretujó tanto contra él que parecía como si fuera a estrujarle el corazón.

El peso combinado de los niños y el bebé resultaba leve; pero fue su calor lo que lo sorprendió, esa fragilidad de los niños mientras se fundían con él, como unos gatitos que hubieran encontrado a su madre.

—De acuerdo —dijo en tono paciente y con mucho cuidado—, decidme lo que le pasó a la abuela.

Y del coro de voces que se superponían unas a otras, Cole consiguió sacar una historia.

—Se fue la luz.

—Se cayó por las escaleras.

—Había mucha sangre.

—Mucha sangre. También el cerebro.

Al poco tiempo Cole se enteró de quiénes eran los niños, de dónde eran y qué tenía que hacer con ellos. Eran los hijos de la actriz. Cuando se había ido la luz, su abuela, que cuidaba de ellos cuando la madre estaba fuera, se había caído por las escaleras en plena oscuridad. Los niños habían supuesto, esperaba Cole que erróneamente, que estaba muerta.

—Sabía que tenía que buscar ayuda —dijo la niña mayor con solemnidad—, pero ellos... —señaló con acusación a los dos niños— dijeron que se tenían que venir también. Y no podíamos dejar a Kolina...

—Esa zoy yo —dijo la pequeña de menos de tres años, antes de pegar la mejilla regordeta y lacrimosa a su pecho y de meterse el pulgar en la boca.

—O al bebé... Así que nos vinimos todos. Y aquí estamos, señor Herman.

¿Señor Herman? Estaba claro que lo habían confundido con otro vecino; seguramente otro más simpático.

Pensó en decirles que no era el señor Herman, pero su expresión encerraba tanto terror que decidió callárselo.

Inmediatamente vio otras cosas más imperiosas. Tenía que llegar a donde estaba la abuela y hacerlo rápidamente. Posiblemente no estaría muerta, sino a punto, y en esas posibles circunstancias cada segundo contaba.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la mayor.

—Saffron —le contestó ella, y el resto continuó respondiendo con la colección de nombres más ridícula y confusa que había oído en su vida.

El chico mayor se llamaba Darrance, y el otro Calypso. ¡Calypso!

La pequeña aleteó las pestañas y repitió que se llamaba Kolina. Y el bebé, según le dijeron los demás, era Lexandra.

—De acuerdo —dijo mientras señalaba a la mayor—. Ahora no eres Saffron —le dijo mientras los nombres le daban vueltas en la cabeza—. Eres el número uno. Y tú el dos...

Continuó rápidamente numerando hasta el último y notó que en lugar de molestarlos el cambio, era lo que necesitaban. Después de establecer que él era el jefe, dio su primera orden.

—Ahora, número uno, tengo que ir a ver a tu abuela y voy a dejarte aquí al mando —aspiró hondo—. Quiero que te asegures de que los niños se quedan quietos en el sofá mientras yo voy a ver a tu abuela. Que nadie mueva un músculo, ¿de acuerdo?

Él ya estaba calculando. ¿Qué posibilidades había de que la carretera estuviera abierta? Pocas. Si tenía que ir campo a través, seguramente llegaría a la casa grande en diez minutos como mínimo.

—No —le dijo de pronto el número uno con finalidad.

—¿No? —repitió Cole, mudo de asombro.

Aparentemente la niña no tenía idea de que él era superior a ella en rango y de que no aceptaba un desafío.

—Señor Herman, no vamos a quedarnos aquí solos —dijo la niña con lágrimas en los ojos—. Esta casa nos da miedo. Tengo miedo. No quiero mandar ni un minuto más. Quiero ir con usted.

Pensó que seguramente los demás niños iban a decirle lo mismo que ella, y no tenía ni tiempo ni paciencia para convencerlos de que vieran las cosas a su manera.

Por mucho que aquello fuera en contra de su naturaleza, cedió de nuevo. Por segunda vez en pocos minutos. Esperaba que no se convirtiera en una costumbre.

Cuando por fin los metió en el coche y les abrochó los cinturones, habían pasado por lo menos diez minutos. Pero como había supuesto, tras la primera curva, un pino enorme se había cruzado en el camino, impidiéndole el paso. Había dado marcha atrás, maldiciendo entre dientes todo el tiempo, de vuelta a su casa.

Los niños habían salido del vehículo y habían entrado de nuevo en la casa.

Cole se tragó su impaciencia y los vistió adecuadamente y como pudo para hacer con ellos a pie el camino hasta la casa grande. Finalmente utilizó algunos de sus calcetines de lana gorda de gorro para cubrirles la cabeza y las orejas.

Los inspeccionó de nuevo. Parecían un grupo de enanos pordioseros muy adorables. Pero como no tenía tiempo que perder, a los pocos segundos los niños ya salían por la puerta.

Se subió al niño más pequeño a hombros y le pidió al número uno que le pasara al número cuatro, Kolina, y al bebé, el número cinco, para llevarlas en brazos.

En coche habría tardado un par de minutos desde su casa; caminando lo hicieron en poco más de treinta minutos, lo cual Cole consideró como una especie de milagro.

Los niños ni se quejaron, ni lloraron ni sollozaron en ningún momento. La bravura de aquellos pequeños era tan natural que Cole sintió algo muy especial, una sensación muy fuerte en el corazón.

Oyó la voz débil antes de verla.

—¿Niños, dónde estáis? ¿Saffron? ¿Darrance? ¿Calypso? ¿Kolina? ¿Lexandra? ¿Santo Dios, dónde estáis?

Ellos contestaron gritando y echaron a correr, y momentos después estaban reunidos con su abuela. Su alegría exuberante al verla viva fue tan grande como había sido su pena.

Cole consiguió conducirlos a todos, incluida la abuela, a quien en secreto llamó número seis, al interior de la casa a oscuras.

La herida de la cabeza le había sangrado profusamente. La abuelita tenía el cabello canoso cubierto de sangre, que también manchaba su rostro amable.

—Éste es el señor Herman —le dijo Saffron—. Fuimos a buscarlo porque pensamos que estabas muerta.

—Mis pobres niños —dijo la abuelita mientras extendía una mano débil—.

Muchas gracias por venir a auxiliarme, señor Herman.

No le importaba si le llamaban señor Herman o Santa Claus. Quería valorar su golpe lo antes posible. La casa, aparentemente acondicionada con calefacción eléctrica, había perdido ya el calor, y Cole fue con los niños hasta el salón comedor, una habitación muy grande con ventanales que daban al lago. A la débil luz de la linterna vio que el suelo de mármol estaba cubierto de alfombras persas. Había un par de sofás de cuero marrón frente a la ventana, y afortunadamente, en una de las paredes había una chimenea enorme.

Equipó a los niños con linternas y les dio a cada uno una tarea que les fuera posible llevar a cabo. Dejó al bebé en el suelo, y los niños fueron en busca de ropa limpia para las vendas, un poco de hielo y unas tablas con las que entablillar en caso de necesidad.

Mientras los niños iban a hacer lo que les había pedido, Cole abrió el botiquín que se había llevado y empezó a limpiarle la mayor parte de la sangre. Le hizo un montón de preguntas a la señora para ver si estaba confusa; pero, aparte de estar un poco mareada, parecía estar bien y plenamente consciente. Sabía su edad, la fecha e incluso los nombres imposibles de todos aquellos niños.

No estaba ni débil ni tenía ninguna parte del cuerpo entumecida, ni le sangraban la nariz o los oídos. No había vomitado ni tenido convulsiones de ningún tipo. Aun así, Cole sabía que el hecho de que hubiera perdido el conocimiento hacía que el golpe fuera serio. Los caminos estaban intransitables y los teléfonos no funcionaban.

Los niños le llevaron sábanas, y a pesar de que era un soldado duro, se dio cuenta de que eran sábanas muy caras. Pero qué podía hacer. Sin vacilar las rasgó a lo largo para hacer vendas y le pidió a los niños que lo ayudaran a hacer lo mismo.

Al poco los tres niños mayores llevaron leña. Cole acomodó a la abuelita en el sofá y encendió la chimenea, y con Saffron a su lado, empezó a bajar colchones del piso superior.

—Este es el dormitorio de los chicos —le dijo Saffron.

Y mientras bajaba los colchones por la escalinata de mármol se dio cuenta de lo fácil que era abrirse la cabeza allí. El mármol era resbaladizo y extremadamente duro. Sacudió la cabeza pensando en lo poco práctico que resultaba aquella clase de suelo para una mujer mayor.

En el salón tendió los colchones en el suelo y le pidió a los ya dóciles niños que le llevaran ropa de cama. Y sólo quedaba una última cosa que hacer antes de acostarlos. Había que cambiar de pañal al bebé con urgencia.

—Sólo quedan unos cuantos pañales —le dijo la abuelita débilmente—. El ama de llaves traerá más con la compra mañana.

Cole no quería ser el que le dijera que el ama de llaves seguramente no iría al día siguiente. Hizo un apunte mental para ver qué podría encontrar que pudiera pasar por pañal.

El bebé tenía el pañal muy sucio. Tuvo que atarse un trozo de sábana a la nariz

para poder empezar a cambiarlo.

Los niños empezaron a gritar y a reírse al ver la mascarilla que se había puesto y su torpeza con el pañal.

—Este es un código marrón —los informó mientras intentaba no vomitar—. El otro es código amarillo.

—El popó es el código marrón —tradujo por él la segunda de abordo—. El pipí el código amarillo.

Los niños se desternillaban de risa, pero finalmente consiguió cambiarle el pañal y darle un biberón al bebé. Los demás se tumbaron a dormir, y Cole los tapó.

Se tomaron su negativa a contarles un cuento con buen humor, pero insistieron en que les diera un abrazo, y ni siquiera se dieron cuenta de su torpeza al hacerlo. Entonces se acomodaron y se durmieron casi al instante.

La abuelita también se durmió enseguida, y Cole puso la alarma del despertador cada dos horas para comprobar que los niños estaban bien.

Se despertó con la niña Kolina sentada encima de él, con la cara a dos centímetros de la suya, mirándolo fijamente para que se despertara.

—Soy Kolina —le anunció en cuanto abrió un ojo.

—Número cuatro —la corrigió—. Vuelve a dormir.

—El bebé apesta —lo informó—. Código marrón.

Su nariz ya se lo estaba diciendo. Y así fue como empezó su día, con el bebé apestando y el inquietante descubrimiento de que, a ese paso, en un par de horas se quedaría sin pañales. Y el ritmo no cedió en absoluto hasta que, un día después, apareció la número siete.

Seguían sin electricidad ni teléfono. La carretera principal seguía cerrada. Cole no había podido dejar sola a aquella anciana herida para cuidar de esos niños pequeños en esas circunstancias.

Y cuando apareció la número siete parecía que no llevaba bajo el brazo un paquete de pañales.

—¿Pero qué clase de loca tiene cinco hijos? —dijo una voz ronca y profunda.

El dueño de esa voz la miraba desde la puerta de la casa de su jefa; al verlo a Brooke le dio un vuelco el corazón.

¡Qué hombre más divino! Y después de llevar cinco años en la industria del cine de Los Ángeles como secretaria personal de la actriz Shauna Carrier, Brooke era experta en hombres divinos... y en sus corazones mezquinos.

Ese medía por lo menos un metro ochenta y cinco y era apuesto como un capitán pirata. Tenía ese aspecto ligeramente desarreglado de un hombre tan consciente de sus encantos que podía permitirse cierto descuido en su apariencia. Llevaba una camisa vaquera un poco desabrochada, y la camiseta blanca de interior que llevaba debajo le marcaba unos pectorales amplios y fuertes y un estómago plano. Sus vaqueros gastados y suaves se amoldaban perfectamente a unos muslos grandes y potentes.

Una pelusilla de varios días le cubría parte de las mejillas y el hoyuelo del mentón. Tenía el pelo muy negro y ligeramente rizado, cosa que le añadía cierto encanto a esa apariencia de indomable.

En fuerte contraste con la negrura de sus cabellos y el tono aceitunado de su piel, destacaban en su rostro unos ojos tan azules como dos zafiros. En ellos brillaba una fuerza que Brooke no había visto en ningún actor, ni siquiera cuando intentaban con todas sus fuerzas resultar amenazadores.

El hombre que tenía delante tenía un porte que ningún galán podría imitar jamás. En sus ojos había sombras de cosas que no se comentaban en los ambientes educados, y algo en las esculpidas y prohibitivas líneas de su rostro le advirtió que aquel era un hombre que se había enfrentado cara a cara con el peligro.

Aquel hombre exudaba poder y control por cada poro de su cuerpo.

Sólo una cosa impedía que la amenaza resultara completa. Tenía a Lexandra en uno de los brazos: en el otro, acurrucada sobre su pecho fuerte y masculino, estaba Kolina. Tenía la cara sucia, pero aun así parecía muy contenta. Se sacó el dedo de la boca brevemente para regalarle una de esas sonrisas radiantes que tanto se parecían a la de su famosa madre.

—Hola, tía Brookie.

—Hola, cariño.

Brooke intentó mantener la calma. ¿Quién era aquel hombre de aspecto amenazador? ¿Qué hacía tan a gusto en casa de Shauna y con los niños de Shauna cuando ella estaba en California rodando una película?

Y sabía que no lo conocía de antes, porque de otro modo se acordaría de un hombre así. No era un conocido de Shauna. Las demás posibilidades la hicieron estremecerse de miedo. ¿Sería un criminal? ¿Un secuestrador? ¿Un fan obsesionado que había conseguido encontrar aquel retiro?

¿Cuántas veces había intentado decirle a Shauna que necesitaba más empleados allí? Si por ella fuera, contrataría a un par de guardas de seguridad, ya que sólo tenían un ama de llaves y una niñera que iba durante el día a ayudar a la abuela de los niños. Pero Shauna estaba empeñada en que sus hijos se criaran con normalidad, y no rodeados de criados y guardas armados.

Brooke se dijo que no era el momento de lamentarse, así que aspiró hondo e intentó tragarse su miedo. El esfuerzo sin embargo le pareció inútil al ver la mirada que sin pestañear la estudiaba con una intensidad tan inquietante. Sabía que tenía un aspecto horrible, que llevaba la ropa arrugada, que tenía el pelo enredado y húmedo después de la pesadilla de viaje hasta llegar allí.

Aun así, se dijo que debía conducirse con dignidad y coraje. El bienestar de los hijos de Shauna tal vez dependiera de ello.

—¿Qué está usted haciendo en casa de Shauna Carrier? —le preguntó ella.

—¿Quién es Shauna Carrier? —respondió él sin demasiado interés.

Brooke lo miró con sospecha, intentando descifrar la evasiva. Sin duda cualquier

hombre del mundo occidental conocía a la famosísima actriz.

Al menos todos los hombres con quien Brooke tenía la mala fortuna de salir. No tenían escrúpulos de utilizar a la secretaria personal de la actriz para acercarse a ella.

El hecho de que Shauna llevara doce años felizmente casada no parecía importar a los hombres que deseaban conocerla.

Brooke decidió que el hombre que tenía delante seguramente sería capaz de multitud de cosas, no todas amables, ¿pero de evasivas? En la fuerza y obstinación de sus facciones no se vislumbraba necesidad alguna de ello.

—Shauna Carrier —le explicó Brooke—. Es la dueña de la casa donde está usted ahora, y la madre de los niños que tiene en brazos.

—Bueno, entonces eso contesta a mi pregunta de quién estaría lo bastante loca como para tener cinco hijos. Es una estrella de cine o algo así, ¿no?

—No es una estrella de cine. Es una actriz —respondió Brooke.

—Como sea.

El hombre no manifestó impresión en absoluto.

—¿Quién es usted? —volvió a preguntarle Brooke mientras abría la cremallera de su bolso para buscar la lata de Mace. Se había pasado todo el camino renegando en contra de Shauna por exagerar cuando se trataba de sus hijos. El teléfono, según le había dicho Shauna el día anterior llorando a lágrima viva, no funcionaba en la Bahía del Desengaño. Shauna era una madre dedicada y cuando tenía que estar separada de sus hijos hablaba con ellos a diario.

Años atrás, la actriz se había enamorado de Kootenay, esa región agreste del Canadá; y había comprado un terreno junto al lago y construido en él una casa, declarando aquel lugar remoto el mejor para criar a sus hijos, lejos de las garras de la prensa de Los Ángeles.

Pero para Brooke, estar en un lugar tan apartado significaba que tenía que soportar la presencia de osos, mosquitos y otras inconveniencias, como que de repente no funcionaran los teléfonos. Incluso los teléfonos móviles, tan esenciales para la comunicación moderna, tampoco funcionaban en esa zona porque la casa estaba al pie de unas montañas bastante altas.

El día anterior, Brooke se había enterado de que una severa tormenta de aire les había dejado sin teléfono. Pero no había sido la noticia de que no había línea lo que tenía preocupada a Shauna; sino aquella corazonada que había tenido.

Brooke detestaba esas corazonadas, que Shauna había tenido también con cada uno de los hombres que habían salido con Brooke desde que había empezado a trabajar para ella. Porque en cada caso sus corazonadas habían resultado ser ciertas.

Y de ese modo había enviado a Brooke a que fuera a ver cómo iban las cosas en Canadá. El viaje había sido horroroso, como de costumbre. Y para rematar ese árbol tirado en mitad de la carretera, a pocos kilómetros de la finca de Shauna.

Pero no había conseguido llegar a ser la secretaria personal de alguien tan temperamental como Shauna Carrier por falta de determinación.

De modo que allí estaba, con un tacón roto y las medias destrozadas, el traje gris manchado, el cabello revuelto y sudoroso después de la subida final hasta lo alto de la colina donde estaba la mansión de Shauna.

Y para colmo delante de un hombre guapo y misterioso que parecía ser su adversario. Por supuesto, últimamente estaba bastante en contra de los miembros del género masculino, ya que todos le parecían unos cerdos caprichosos. Y cuanto más guapos eran, más miedo les tenía.

La mente exhausta de Brooke intentó no agobiarse pensando en que los presentimientos de su jefa pudieran cumplirse. Los hechos eran los siguientes: un extraño arrebatador, con los ojos de un azul intenso y el cuerpo de un guerrero estaba en casa de Shauna y tenía en brazos a dos de sus hijos.

Brooke intentó disimular su miedo. ¿Y si aquel hombre de aspecto fiero tuviera secuestrados a la abuelita y a los niños?

—¿Quién es usted? —le preguntó de nuevo con voz firme mientras metía la mano en el bolso en busca de la lata de Mace.

—¿Y usted, quién es? —le respondió él en tono seco mientras se fijaba en la mano que seguía rebuscando en el bolso—. Esperábamos al ama de llaves, que claramente no es usted.

¡Lo decía como si él viviera allí!

—Addie Bookie —lo informó Kolina como presentación.

—Me llamo Brooke Callan —le dijo—. Soy la secretaria personal de Shauna Carrier.

Mientras se debatía entre el tono más conveniente a adoptar, se dio cuenta de que estaba demasiado cansada para mostrarse civilizada.

—Quiero saber qué está haciendo en casa de Shauna. ¿Dónde está la abuela Molly?

Encontró la lata de Mace y la agarró con fuerza. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, el hombre dejó a Kolina en el suelo y agarró a Brooke por la muñeca. No le estaba haciendo daño, pero no la soltaba.

—Suélteme —le pidió ella mientras experimentaba una oleada de pánico.

Aquel hombre era mucho más fuerte que ella. Si tenía retenidos a la abuela y a los niños no era probable que lo confesara.

—Suelte lo que sea que tenga en la mano —le dijo él con calma, y la tranquilidad de su tono contribuyó a que su pánico cediera ligeramente.

Ella soltó un poco la lata de Mace y él le soltó la muñeca inmediatamente.

—Ahora ponga la mano donde pueda verla.

Aunque en ningún momento le había dado la impresión de estar tenso, vio que se relajaba levemente cuando ella retiró la mano del bolso y dejó éste a un lado.

Kolina, por otra parte, parecía ajena a su amenaza. Estaba sentada en el suelo, se había abrazado a su pierna y se asomaba en ese momento por detrás de su rodilla.

—¡Pero qué frescura! —exclamó Brooke.

—¿Qué tiene ahí, una pistola?

Soltó una palabra nada apropiada para los oídos de Kolina y aspiró hondo como para armarse de paciencia. Parecía algo confundido de quién era el sospechoso allí.

—¡No es asunto suyo lo que tenga o deje de tener en el bolso! —le respondió ella.

—No estamos precisamente en Los Ángeles —respondió él—. Y las pistolas no pegan demasiado bien con los niños. No puedo creer que se le ocurriera sacar una mientras yo estaba con dos bebés en brazos.

A pesar de su indignación, Brooke sintió cierto consuelo al ver que le interesaba el bienestar de los niños.

—¿Cómo sabe de dónde soy? —le preguntó.

—Ya me ha dicho que es la secretaria personal de una estrella de cine. Aquí en Creston no tenemos una gran industria del cine. Además, si el tronco sigue en el mismo sitio de la carretera, eso significa que ha caminado menos de tres kilómetros para llegar aquí. Pero por su aspecto se diría que hubiera sobrevivido a una marcha de dos años de duración a través de una zona sin delimitar en los mapas.

Él le miró las medias rotas, y ella sintió algo extraño por dentro. Ése era su peor enemigo, la atracción hacia el sexo opuesto. No era de extrañar que quisiera creer que aquel hombre era un canalla.

Según estaban las cosas, debería estar contenta de tener aquel aspecto tan horrible. Pero en realidad no era así. A pesar de todo, y aunque ese hombre fuera el peor de los criminales, Brooke sentía un deseo puramente femenino de que el extraño la encontrara irresistible.

Se dijo que era tan sólo un asunto de supervivencia. Un poco de atracción tal vez oscilara la balanza un poco hacia su lado si era necesario.

Además, le gustaba deleitarse con la atención masculina, que duraba hasta que el hombre en cuestión averiguaba para quién trabajaba o aparecía Shauna en persona. Y aunque era una chica atractiva, no podía competir con la despampanante belleza de su jefa.

Pero aquel extraño parecía indiferente al atractivo femenino de Brooke, aunque Shauna no estuviera allí para restarle interés. Continuó apreciándola en tono desapasionado.

—Tiene el pelo teñido y está morena de verdad.

—¿Las mujeres canadienses no se tiñen el pelo? —le preguntó con fastidio.

—No tienen ese aspecto dorado —le dijo—. Usted sí.

—Eso es mucho decir de una persona con sólo una mirada —dijo ella con fastidio, irritada de que un criminal en potencia la encontrara superficial e inadecuada sin haberla siquiera mirado bien.

¡Y aún no había terminado con ella!

El hombre ignoró el tono de desafío de Brooke y continuó hablando en el mismo tono bajo y desapasionado.

—No toque jamás una pistola a no ser que esté lista para utilizarla. ¿Y sabe una

cosa? Me doy cuenta sólo con mirarla que no tiene lo que hay que tener para hacerlo.

Ella lo miró con confusión. Sin embargo, estaba claro que sabía de armas y de cómo usarlas.

—Exactamente —añadió él de pronto mientras la miraba directamente a los ojos, y ella tuvo la desconcertante sensación de que le estaba leyendo el pensamiento.

Por un instante un brillo de humor se reflejó en su mirada; un destello que añadió más peligro, más atractivo y más sensualidad a su expresión. Brooke sintió una punzada traidora en el corazón.

—No es una pistola —se defendió Brooke—. Es Mace. Y no habría hecho daño a Lexandra de haberlo utilizado contra usted con ella en brazos. Habría tenido mucho cuidado de apuntar bien. Además, está muy tapada.

—¿Y por qué razón ha sentido la necesidad de defenderse? —le preguntó él.

—¡No sé quién es usted! Ni tampoco lo que está haciendo en casa de mi jefa, con sus niños en brazos. No es que haya sido exactamente muy abierto al respecto.

—Ah. Y como está recién salida de Hollywood se ha imaginado que se estaba urdiendo una trama —su voz, teñida de sarcasmo, resultaba aún más sexy que antes—. Déjeme adivinar, su jefa está rodando una película de suspense y terror, y todos ustedes están tan metidos en ello que lo ven por todas partes. Y es fácil asumir que he tomado como rehenes a los niños y a su querida abuelita.

Le disgustaba ser tan transparente. Además, precisamente, Shauna estaba haciendo una película de suspense.

—¿Y es así? —dijo ella. Él se echó a reír.

—¿Tan fácil es inventarse un argumento?

—¡Todavía no ha contestado a mi pregunta! Se muestra evasivo, algo que no soporto en los hombres.

La sonrisa se desvaneció.

—Creo que es la amargura de la experiencia la que está hablando —le dijo él en tono suave.

—No es cierto —mintió ella.

Él suspiró y sacudió levemente la cabeza.

—Es al contrario —le dijo él—. No los tengo retenidos; son ellos los que me tienen retenido a mí. Me alegro de no dedicarme a esto. Es exhausto ser un héroe. Y después para que al final le echen a uno Mace en la cara por las molestias que me he tomado.

¿Un héroe? ¡No, no, no!

—Sólo lo habría utilizado en caso de necesidad.

—No me lo creo. Una vez que hubiera puesto el dedo en la lata, habría sido una mujer peligrosa. Mace es ilegal en Canadá —la informó en tono seco—. Si se lo hubieran encontrado en la frontera podrían haberle negado la entrada. Y habría sido algo fatal para mí, ya que asumo que es usted los refuerzos que me han sido enviados, señorita Bookie.

—Brooke Callan —lo corrigió con altivez.

Pero sintió alivio sólo por el hecho de que él pensara que ella era sus refuerzos. Quienquiera que fuera aquel hombre misterioso no estaría contento de verla si estuviera haciendo algo malo.

¿Entonces, sería posible que fuera tan guapo, que estuviera tan seguro de sí mismo, que fuera tan perfecto físicamente y que no fuera el malo?

De pronto miró al bebé que tenía en los brazos y una expresión horrible cruzó su semblante. Agarró a Kolina, que seguía agarrada a su pierna, la levantó en brazos, se dio media vuelta y desapareció en la oscuridad de la casa, dándole a Brooke tan sólo la posibilidad de seguirlo.

Por puro desafío, metió la mano de nuevo en el bolso y deliberadamente tocó la lata de Mace.

Por favor, que fuera uno de los malos. Por favor, por favor, por favor...

—Ni se le ocurra —le advirtió él sin darse la vuelta.

Brooke sacó la mano de mala gana. No sabía qué tenía ese hombre en la voz que le resultaba impensable no obedecerlo.

Capítulo 2

Encima que tenía los brazos húmedos de pipí del bebé, la preciosa pero irritable señorita Brooke Callan seguía jugueteando con la idea de echarle encima Mace.

Se había pasado casi toda su carrera profesional valorando situaciones que implicaban cuestiones de vida o muerte, y se le daba bastante bien juzgar a las personas.

Pero había sido su propia reacción ante la inesperada llegada de una complicación nueva lo que lo molestaba. Lo cierto era que Cole había sentido cierta sorpresa por su parte. Porque la lata de Mace que ella llevaba en el bolso no era donde residía el peligro de Brooke Callan. Ni tampoco en la actitud que reconoció claramente como miedo.

No. Era en sus ojos, tan enormes y violetas como sus pensamientos. Eran los ojos de una mujer que había sufrido y que tenía un miedo horrible a volver a sufrir.

Le parecía muy atractiva, todavía más con el zapato roto y las medias rasgadas sobre unas piernas torneadas, el cabello castaño despeinado y el traje arrugado que se ceñía suavemente a una figura delicada suave y redondeada en los lugares más convenientes.

A pesar del maquillaje corrido y la expresión defensiva, tenía una cara preciosa, con los pómulos altos, una nariz chata y unos atractivos labios carnosos y sensuales.

Pero, francamente, después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, las damiselas en apuros no podían tener para él demasiado atractivo.

En realidad más bien debería decir dos damiselas pequeñas en apuros, una abuelita, dos encantadores rufianes y un bebé que resultaba adorable hasta el segundo exacto en que Cole intentaba dejarlo tumbado en algún sitio. Incluso aunque el adorable número cinco estuviera durmiendo, en cuanto intentaba dejarlo a dormir en algún lugar, la niña despertaba de su sueño profundo llorando a pleno pulmón.

Había abandonado los servicios de rescate. El ya había cumplido con su deber en algunos de los lugares más tristes, duros y derruidos del planeta.

A sus treinta y ocho años, Cole Standen, comandante de las Fuerzas Armadas del Canadá, estaba quemado. Se había entregado en cuerpo y alma a su profesión. No tenía ni esposa ni hijos como tenían ya otros hombres de su edad, y se alegraba de que fuera así.

No pensaba que su trabajo lo convirtiera en un hombre agradable. Sus emociones, por necesidad, se habían vuelto de piedra hacía mucho tiempo. Había vivido sobre todo en los disciplinados y duros ambientes de una sociedad de hombres. Sus áreas de conocimiento incluían ser capaz de limpiar un arma a una velocidad sorprendente, saltar de una nave sin causarse daño alguno ni a las personas que estaban a su cargo y hacerse cargo de otras personas en situaciones que tendían a sacar o bien lo mejor o bien lo peor de las personas.

Ninguna de esas habilidades, tan útiles y decisivas en su mundo limitado, tenían valor alguno en el mundo real. Como en las relaciones con el sexo opuesto y de la variedad íntima.

Las mujeres, desgraciadamente, no parecían entenderlo. Lo tentaban insistiendo en verlo como un hombre romántico en lugar de verlo como era en realidad.

Se tenía a sí mismo por un líder natural especializado en supervivencia, y eso significaba que las partes de él que eran analíticas y duras y frías y emocionalmente inalcanzables estaban demasiado desarrolladas. Mucho más de lo normal.

No. Él, el comandante Cole Standen, estaba exactamente como debía estar. Solo.

Después de tantos años de vida disciplinada y regimentada, era maravilloso levantarse por la mañana y no tener nada que hacer y ningún sitio donde ir, o ningún desastre mundial del que sentirse de algún modo responsable.

A sus treinta y ocho años, tenía a sus espaldas veinte años de servicio con los militares y su pensión era conveniente para un hombre de necesidades sencillas.

Tenía una barca y un yate pequeño con un motor muy potente amarrados a su muelle, y durante los últimos diez meses, ya fuera verano o invierno, había pescado en las aguas del Lago Kootenay. El lago era tan temperamental y tan caprichoso como una mujer, y Cole gustaba de los desafíos que le presentaba día a día y sentía que no necesitaba ninguno más.

Le habían pedido que escribiera un libro sobre algunas de sus experiencias, y en el fondo pensaba que con el tiempo podría hacerlo; sin embargo, el momento nunca le parecía el adecuado. Y ni siquiera tenía ganas de arrancarle la postilla a las cicatrices que tan sólo empezaban a cerrársele.

Su vida hasta hacía veinticuatro horas había sido tan perfecta como era posible. Ninguna guerra lo llamaba, y no dependía de él la vida de nadie. De modo que se dedicaba a pescar. Tenía una antena parabólica. De vez en cuando caminaba por las sendas de montaña que conocía desde niño detrás de su casa. Tenía una buena despensa llena de bebidas y comida congelada.

Si le apetecía, desayunaba palomitas que preparaba en el microondas. Y se había dejado crecer el pelo, de modo que le rozaba ya el cuello de la camisa.

Era el hombre que todos los hombres deseaban ser y que todos los hombres envidiaban. Cole Standen era libre.

Y entonces había aparecido esa niña con ese bebé en brazos a su puerta a medianoche. Y aunque él era un experto en desastres, su ordenada existencia se había tambaleado desde que había abierto la puerta.

Y de pronto volvía a tambalearse con la llegada de Brooke Callan.

El estar expuesto a la dulzura de la abuelita y de esos niños, con sus incesantes demandas parecía estar debilitándolo, enterneciéndole aquel corazón de piedra. ¿Si no por qué sentía con tanta fuerza la amenaza de esa mujer?

Y no tenía nada que ver con la lata de Mace. Aunque esperaba no tener que quitársela. Sus curvas, ocultas bajo aquel traje empapado, eran deliciosas; y si tenía

que llegar a una lucha cuerpo a cuerpo, tal vez se hiciera con el control de la lata de Mace pero perdiera el control de algo mucho más vital.

De pronto pensó que a lo mejor llevaba demasiado tiempo solo en la montaña.

Y por esa misma razón decidió dejar de pensar en sus curvas, en su vulnerabilidad... En definitiva, en ella.

—Número uno —llamó a la niña—. ¡Numero uno! Tenemos un código amarillo.

Instantáneamente se oyó la estampida en el piso superior, y momentos después Saffron, vestida con una chaqueta de invierno para protegerse del frío de la casa, apareció en el rellano de la escalera con un montón de toallas abrazadas al pecho.

—¡Tía Brooke! —gritó mientras soltaba las toallas, bajaba las escaleras a toda prisa y se lanzaba a los brazos de Brooke—. No es mi tía en realidad —le dijo a Cole, como si a él le importara—. Es un título honorario.

—Y uno que me gusta muchísimo —dijo Brooke—. ¿Estás bien, Saffron? —le preguntó en tono sospechosamente bajo—, ¿Está todo bien?

—Pues claro que estoy bien. Todo está bien tía.

Era una mujer preciosa para empezar; pero cuando su semblante se enterneció y se iluminó desde dentro al darle aquel abrazo cariñoso, Cole tuvo que desviar la mirada. Ésa era precisamente la razón por la que debía tener a Brooke Callan amargada, a la defensiva e irritada.

Desgraciadamente, en el momento en que la miró otra vez fue testigo de su cara de felicidad al ver a los niños bajando por las escaleras. Todos llevaban puestos en la cabeza los calcetines de lana que les había dado para que se pusieran a modo de gorro. Y cuando Brooke sonrió al verlos así, sus labios le parecieron tentadores y dignos del más delicioso de los besos.

Cole se dijo que debía tener disciplina: que no debía pensar en esas cosas.

—Estoy bien ahora, pero ha sido tan horrible... —empezó a decirle Saffron, y Cole se dio cuenta, no por primera vez, que la niña tenía una vocación precoz para el drama; seguramente heredada de su madre—. La abuelita se cayó por las escaleras, y había sangre por todas partes, y no se movía. Ni siquiera pestañeaba. Cuando la zarandeeé tampoco. Era como sacudir a una muñeca de trapo.

El niño número dos se metió en la conversación.

—Yo me resbalé con la sangre y pensé que tenía el cerebro en las escaleras.

Cole no pudo evitar fijarse que la señorita Callan se ponía un poco pálida, aunque se dijo para sus adentros que no era por ella por quien decidió cortar el relato de la historia.

—Número dos —lo interrumpió con dureza antes de que pudieran narrarle todo el episodio—. Tenemos un código amarillo aquí.

—Código amarillo. Gracias a Dios —dijo el niño a Brooke—. Detesto el código marrón.

—Yo también —le dijo Cole en voz baja.

—Darrance, no se dice «gracias a Dios» así, en ese tono: se dice «menos mal».

—El señor Herman dice «gracias a Dios» todo el tiempo y también...

—Código amarillo —le recordó con dureza a sus tropas.

Para satisfacción suya, Saffron se apartó de Brooke, corrió escaleras arriba y recogió las toallas que había dejado caer.

—Los niños están diciendo palabrotas. ¿Y por qué los llama por números? —le preguntó Brooke mientras se cruzaba de brazos y golpeaba firmemente con el pie en el suelo.

Eso estaba mucho mejor. Sí señor. Le habría costado mucho imaginarse a una mujer de aspecto menos vulnerable.

Pero para irritarla más, lo que contestó fue muy distinto a lo que pensó.

—De donde yo vengo, eso no se considera decir palabrotas, señorita Brooke. Ni por asomo.

—¿Y de dónde viene usted? —le preguntó ella en tono altivo.

Esperando que lo achacara a su conducta evasiva, una cualidad que ya le había dicho que detestaba en los hombres, y sin saber bien por qué le parecía imperativo que lo detestara también a él, decidió ignorarla.

—Sólo entre usted y yo, jamás he oído unos nombres tan raros e impronunciables en la vida —le revolvió el cabello a Kolina—. Ésta tiene un nombre parecido a «colon». ¿Quién podría hacerle tal faena a una niña?

—Va a herirle en sus sentimientos —le advirtió Brooke.

Pero cuando miró a la niña vio que le sonreía de oreja a oreja, aparentemente ajena al rechazo que había producido en él su nombre.

—Kolina es una variante sueca de Katharine —lo informó Brooke en tono regio—. Se lo pusieron por el nombre de un barco en una de las películas que protagonizó su madre.

—¿Y qué le pasa al equivalente en inglés? —le preguntó él.

Se dio cuenta de que le gustaba pinchar a Brooke. El que ella lo detestara iba a ser más divertido de lo que había pensado. El peligro nuevo era que le gustaba bastante cómo se ponía cuando se enfadaba. Tenía las mejillas tan rosadas como las manzanas, los ojos lanzaban destellos de fuego y, si se metía un poco más con ella, sin duda volvería a dar un golpe con el pie en el suelo en un abrir y cerrar de ojos.

—Katharine —dijo él—. Ese sí que es un nombre bonito y razonable. Y nadie lo confundiría con una parte de su intestino. Podría abreviarse a Katie. Siempre me ha gustado ese diminutivo.

Entonces ella dio un golpe con el pie en el suelo, y Cole notó que se le formaba una sonrisa en los labios, pero la ahogó sin miramientos.

—Está claro que no le falta creatividad —le dijo Brooke con seriedad.

El gesto sin humor de sus labios debería haberle recordado al de la profesora que había tenido en el séptimo curso en el colegio, la señorita Hunt. Pero no fue así. En realidad, sus labios no le parecieron ni un ápice menos deliciosos con aquel gesto hosco. Ni uno.

—Así que me falta creatividad —repitió sin pesar.

Saffron volvió, y él notó que la niña no parecía ofendida porque le hubiera dado un número para distinguirla de los demás. Seguramente odiaba su nombre, la pobrecilla. Estaba seguro de que le tomaban el pelo en el colegio.

—Código amarillo es que hay que cambiar el pañal —Saffron informó a Brooke en tono solemne y después bajó la voz en tono confidencial—. Tiene pipí. El código marrón es popó. Sólo que no nos quedan pañales porque se cayó el árbol en la carretera que lleva a la ciudad. Estamos utilizando toallas.

Brooke se quedó mirando el blanco inmaculado de las toallas.

—Esas toallas son de la Casa de Bryan —dijo Brooke con un gemido entrecortado.

El se cruzó de brazos, la miró con los ojos entrecerrados y la retó a continuar. Por supuesto ella lo hizo.

—Valen una fortuna. Mire, están bordadas a mano. Fueron un encargo especial. Tardan meses en enviártelas. Años si no eres Shauna Carrier —señaló las toallas con gesto horrorizado—. Imagino que podría haber encontrado otra cosa para ponerle en lugar del pañal —añadió en tono nervioso.

—Aunque no tengo nada que ver con esta familia, decidí no dejar que la abuelita se desangrara o que cinco niños pequeños se las arreglaran solos. Le pido mis más humildes disculpas si mi método o mi servicio de cambio de pañal no son de su gusto, señorita Callan.

—Lo siento —le dijo ella en tono conciliador—. No quiero que se lleve la impresión de que no le agradezco todo lo que ha hecho, pero...

—Bien —la interrumpió inmediatamente, puesto que en su experiencia la palabra «pero» casi cancelaba todo lo que se hubiera dicho antes—. Voy a aventurarme a adivinar que le va a encantar lo que hicimos con las sábanas.

—¿Con las sábanas? No estará utilizando las sábanas de algodón egipcio para hacer de pañales, ¿no?

Cole no podía creerlo. Parecía una mujer inteligente. ¿De verdad se estaba inquietando por unas sábanas? Pues lo cierto era que sí. ¿Y quién era él para impedirselo? Lo que hizo fue pincharla un poco más; sólo por diversión.

—No, por supuesto que no hemos utilizados las sábanas de pañales —esperó a ver el alivio reflejado en sus ojos antes de continuar—. No son lo bastante absorbentes. Las usamos para hacer vendas. Las rasgamos en tiras.

—¿Las rasgaron?

—Ya sabe, como está tan en contra, número siete, creo que la tarea perfecta para usted sería buscar los pañales. Tiene libertad para encontrar algo más adecuado que unas toallas bordadas, desde luego.

Un sinfín de emociones bailaron en aquellos ojos de mirada tan profunda. Era tan aparente que apenas si sabía con qué enfadarse antes. Seguramente pasarían años antes de que ella lo perdonara por todas las ofensas que había cometido: utilizar

toallas en lugar de pañales, rasgar sábanas o asignarle un número.

Lo detestaría por lo menos hasta que volviera la electricidad. Entonces saldría de allí cabalgando hacia el sol, con su armadura puesta, como siempre hacían los héroes.

—¿Número siete? —dijo Brooke.

Terminó de ponerse de pie, aunque teniendo en cuenta que no era muy alta y que tenía todo el traje pegado al cuerpo, no resultó del todo afortunado.

—Un número de la suerte —le respondió él tan ufano, como si no hubiera notado su fastidio.

El rubor de sus mejillas parecía avanzar hacia las orejas, que las tenía pequeñas, y hacia el cuello, esbelto y fino. Desgraciadamente, ambas partes de su anatomía parecían tan dignas de ser besadas como sus labios.

—Ni me va a llamar número siete ni me va a dar órdenes. Ahora soy yo la que está al mando.

Se habría reído de no haber estado ella tan seria. Por primera vez Cole sintió cierto calor en la piel.

—¿Usted? —dijo él con cierto soniquete.

¿Ella? No lo creía posible. En su armada no, desde luego. Cualquiera que pudiera armarse con una lata de Mace en una casa llena de niños no estaba preparada para hacer nada, ni merecía que le fuera confiada la tarea de mantener contento al grupo de infantes hasta que volviera la luz.

Había llegado el momento de establecer el orden.

—Soy yo quien está al cargo —le dijo en voz baja—. Tiene suerte, número siete.

—No diga que tengo suerte —dijo ella muy irritada.

Ella estaba incitándolo con aquel modo de mirarlo, pero desde luego él no pensaba decírselo. Prometió irse a la tumba sin que ella supiera lo mucho que deseaba besar sus labios, sus orejas o su cuello.

—La persona al cargo no fraterniza con la encargada de cambiar los pañales.

Ella abrió y cerró la boca, como un pescado fuera del agua.

—¿Fraternizar? ¿Está de broma?

—No.

—¿Está en casa de mi jefa! Es usted el extraño aquí.

—Y usted la encargada de los pañales.

—Arrogante hijo de...

—Eh, eh... —le dijo—. Dentro de nada los niños empezaran a decir palabrotas. Y eso no puede ser.

—¡Lo quiero fuera de la casa de mi jefa!

—Créame, me encantaría marcharme.

—¿Entonces qué es lo que lo detiene? Ahí está la puerta.

—Antes de irme debo asegurarme de que es capaz de hacerse cargo de todo esto.

—No sea absurdo. He estado a cargo de los niños muchas veces.

—Con un vídeo en funcionamiento y un frigorífico lleno de polos, seguro.

—Eso es lo que usted cree, número ocho —dijo ella en tono cortante.

—Los niños no son en este momento lo más importante que tenemos entre manos.

—No pienso hacerle caso.

—De acuerdo, vamos a ver si puede hacerme caso en esto. ¿Sabe encender la chimenea? —le preguntó.

Ella se cruzó de brazos, y él notó que tenía los pezones duros. Esperaba que no disfrutara de una batalla de ingenios.

—¿Por ejemplo, con cerillas? —le dijo en tono dulzón.

—¿Y mantenerlo encendido? —le preguntó él, desafiante.

—¿Añadiendo madera, tal vez?

—Muchas cosas que no parecen tan difíciles en el cine son más duras cuando uno intenta hacerlas en el mundo real.

—Veo que puedo añadir «paternalista» a su curriculum; lo colocaré justo después de «arrogante» y justo antes de «sabelotodo».

—Si uno es listo el trabajo se llevará a cabo. Para su información, atizar el fuego para que dure toda la noche es un arte.

—Caramba, entonces prefiero irme al Louvre.

—Y cocinar en el fuego también es un arte. ¿Lo ha hecho alguna vez?

—Pues claro que sí.

—Quiero decir aparte de perritos calientes o castañas.

Por fin consiguió callarla. Y aunque se veía que estaba enfadada, por lo menos podría hablarle de cosas más serias.

—¿Y las heridas en la cabeza? ¿Sabe cuáles son los síntomas de un traumatismo? ¿Sabe que una herida de cabeza mala, si no se monitoriza debidamente, puede causar el fallecimiento de la persona?

Por fin tenía toda su atención, aunque fuera de mala gana.

—Si la de la abuelita empieza a sangrar de nuevo —continuó Cole—, ¿sabría detener la hemorragia?

Ella lo miraba con tanto fastidio que Cole pensó que daría otra vez un golpe con el pie en el suelo. En lugar de eso, se echó la melena sobre un hombro con nerviosismo, que estuvo casi tan bien como lo otro.

—¿Sabe hacer el vendaje de una herida? —le dijo, aprovechándose de su ventaja.

—Creo que he entendido lo que quiere decirme.

Pero iba a asegurarse de que lo hacía.

—¿Sabe hasta dónde pueden bajar las temperaturas durante la noche en esta época del año?

Su silencio le dijo que estaba dando en el clavo, así que se dijo que no era el momento de aflojar.

—¿Sabe lo que es la hipotermia? —continuó preguntándole él—. ¿Y cómo tratarla si se le apagara el fuego?

—¿Se da cuenta de lo desagradable que es usted? —respondió ella por fin.

—En realidad, sé perfectamente lo desagradable que soy. Y no ha visto ni la mitad. Lo estoy reservando para cuando me enfade.

—Raramente me ha desagradado nadie tanto como me desagrada usted —dijo ella.

Misión cumplida.

—Caramba, está hiriéndome en mis sentimientos. Ahora, tome este bebé y haga su tarea mientras yo voy a hacer la mía.

Cole olisqueó antes de darle al bebé.

—A no ser que me equivoque, cosa que no suele pasar, código amarillo acaba de pasar a código marrón.

Saffron, sabiendo perfectamente hacia donde se inclinaba la balanza del poder, le puso a Brooke las toallas en la mano.

Brooke Callan estaba tan fastidiada que temblaba. Lo notó al ir a tomar al bebé en brazos.

—Ya que está al cargo, ¿me puede decir por qué no tenemos calor en esta habitación?

Debería dejar que él dijera la última palabra, pero no podía. No estaba en su naturaleza ser sumisa.

—Si no tenemos electricidad no puede haber calor. Si no hay luz, no hay refrigeración, ni agua caliente, ni microondas.

Aunque no pensaba reconocerlo, tal vez no estuviera tan mal que él estuviera al mando. ¿No había agua caliente? Necesitaba ducharse desesperadamente. ¡Desesperadamente!

—Venga conmigo.

Agarró bien al bebé, que desde luego despedía un olor nauseabundo, y lo siguió por la puerta, que estaba cerrada por primera vez que ella recordara, al salón principal.

La opulenta sala había sido transformada en un campo de refugiados. De un vistazo vio que el suelo estaba cubierto de colchones colocados ordenadamente; sobre la mesa de centro había varios montones de trapos debidamente doblados hechos de lo que en su día habían sido las sábanas más caras del mundo. Los utensilios de cocina y los platos estaban limpios y apilados delante de la chimenea, donde un fuego ardía alegremente. A un lado había un montón de leña bastante grande.

La sala estaba muy caliente y olía a comida a la brasa.

La abuelita Molly estaba tumbada sobre un colchón delante del fuego, con la cabeza enrollada con esos vendajes tan caros.

—Oh, abuelita —dijo Brooke mientras echaba a correr hacia ella, olvidándose totalmente de las humillaciones recientemente sufridas. ¡Gracias a Dios que él había estado allí!

—Estoy bien, querida. De todos modos, me alegra verte —bajó la voz—. Me

temo que ha sido algo difícil para el señor Herman. Me recuerda mucho a ese apuesto y joven barón Von Trappe de Sonrisas y lágrimas. Me llama número seis. ¿No te parece adorable?

Número siete no lo veía así.

—¿Cree que podría ocuparse de ese código marrón antes de que tengamos que fumigar? —le preguntó él.

—Estás segura de que te encuentras bien —le preguntó ella a la abuelita, verdaderamente preocupada, por supuesto, pero deseosa también de hacerle ver a él que no podría darle órdenes cuando él quisiera.

—Soy una vieja tonta —le dijo Molly en tono ronco—. Me caí por las escaleras y me golpeé en la cabeza. La pobre Saffron pensó que estaba muerta.

—Son las escaleras más estúpidas que he visto en mi vida. El mármol no puede ser más duro y resbaladizo. ¿Qué clase de idiota pondría eso en una casa llena de niños y con una persona mayor?

—Su energía negativa vuelve a hacerse presente —le dijo Brooke.

—Energía negativa —resopló él—. Quememos unas cuantas barritas de incienso. Brooke le echó una mirada asesina, pero la abuelita sonrió con tolerancia.

—Tal y como yo decía. Adorable.

—Creo que difiero —murmuró Brooke—. ¿Dónde cambio a Lexandra de pañal?

—Tiene un cambiador montado allí mismo. Y tiene agua caliente junto a la chimenea. Por si acaso. Ya sabe. Código marrón.

¿Acaso todos los de aquella casa se estaban dejando llevar por sus tonterías autocráticas? Y la abuelita no sólo se estaba dejando convencer... ¡Le parecía estupendo!

—Es un ángel —decidió la abuelita en tono festivo.

—¿Un ángel? —repitió Brooke con perplejidad.

Se le ocurrieron cosas más coloridas de él, por no decir también más precisas. Secuestrador. Pirata. Tirano. Arrogante y algo que una no decía delante de los niños y las abuelitas.

—¿Qué habéis estado haciendo con las, esto, toallas sucias? —le preguntó con toda la dignidad que le fue posible mientras pasaba junto a él camino del cambiador.

—Quemándolas. Fuera.

—¿Está quemando toallas de la Casa de Bryan?

—Señorita, esté segura que no las estoy lavando. Pero ahora es su tarea. Haga lo que le parezca.

Lo que quería era largarse de esa casa para no volver. ¿Pero cómo hacer eso? ¿Cómo podía abandonar a esos niños con él?

—Os tendría diciendo palabrotas como los marineros —le dijo al bebé en el cambiador.

Imperdibles, ropa limpia y un montón de almohadones sobre una mesa pequeña a la que Cole le había serrado las patas. Estaba casi segura de que había sido adquirida

en una tienda de antigüedades en Francia en la última visita de Shauna Carrier a ese país. Una auténtica Luis XIV.

Se le ocurrió a Brooke que se estaba mostrando terriblemente desagradecida. Lo cierto era que no se había parado a pensar en las habilidades que podrían hacerle falta para hacerse cargo de una casa sin electricidad, cinco niños y una señora mayor herida. Y lo más importante era que ella sabía que no tenía ninguna de esas habilidades.

Nunca había sido una scout. Sólo había estado una vez de acampada y lo había odiado. Había pasado frío y había estado incómoda todo el tiempo.

No. Ella era una chica de ciudad de pies a cabeza. Su trabajo consistía en conseguir citas y en jugar con la agenda imposible de su jefa. También en ocuparse de las montañas y montañas de cartas que recibía Shauna, de sus llamadas de teléfono, de hacer reservas para cenar y de decidir quién podía verla y quién no.

Era un empleo muy exigente, con mucha emoción a veces; en realidad Brooke podía contar con un episodio emocionante a diario.

Pero de pronto todas sus habilidades le parecían tontas al lado de lo que tenía delante. La humillante verdad era que ni siquiera sabía sobrevivir sin electricidad, sin un interruptor que accionar.

¿Cómo era posible que a sus veintiocho años no tuviera esa habilidad, algo que de pronto le parecía muy esencial?

No le gustaba aquella situación. ¿Cuánto tiempo llevaba en compañía de aquel hombre tan horrible? ¿Diez minutos? ¿Veinte? ¿Y se iba a poner a cuestionar su vida, y encima a encontrarla superficial? ¿Por causa de él?

¡Ni hablar!

Pero por esa vez decidió ceder y utilizar las toallas. Se sorprendió al ver que le producía cierto placer hacerlo.

¡Santo Dios, los dolores de cabeza que le habían costado esas toallas! Shauna había visto los productos de La Casa de Bryan por primera vez en una cena en casa de Brad y Jennifer. Naturalmente, quiso tener la línea completa: toallas, ropa de cama, todo lo que hicieran.

Sólo que La Casa de Bryan estaba sin existencias. ¿Acaso no sabía que el algodón llegaba de Egipto? ¿Y además lo quería bordado? ¿En blanco sobre blanco? El hilo de seda también era de importación. Muy difícil de conseguir. Mejor que se olvidara de ello. Tendría que esperar por lo menos tres años.

Brooke había rogado, suplicado, llamado por teléfono y enviado flores. Finalmente las toallas habían llegado gracias a unas entradas para asistir en directo a la ceremonia de los Óscar de Hollywood, con Bryan felizmente sentado donde debería haber estado Brooke.

Sin duda aquel hombre voltearía los ojos de cínico placer si conociera la historia que había detrás de su elección para la preparación de los pañales. ¿Qué clase de juicios haría si supiera lo que hacía para pasar el rato?

Enfadada de que él la pusiera bajo tanta presión como para ponerse a considerar aquellos asuntos, se puso a cambiar al bebé.

En cuanto estuvo limpio, el bebé no quiso irse con nadie aparte de aquel hombre tan insufrible, y por lo tanto Brooke le pasó al bebé antes de que Saffron la condujera a la pira donde quemaban las toallas que habían montado en la parte de atrás de la casa.

Antes había sido un enorme jarrón griego de cemento blanco... ¡Pero qué diablos!

Brooke echó dentro la toalla.

De nuevo sintió aquella leve mezcla de felicidad y culpabilidad al tirar aquella maldita toalla. Vio unas cerillas junto al jarrón y decidió quemarla también. Y no porque quisiera probarle nada a él; ¿pero qué tendría de malo demostrarle que cualquier tonto sería capaz de encender un fuego?

Pronto se dio cuenta de que para encender una toalla como en ese caso hacía falta algo más que una cerilla. Y la segunda decepción se la llevó cuando se dio cuenta de que unos pañales usados no ardían con facilidad.

—Si quiere dejar eso ahí —le dijo él por la ventana—, yo me ocuparé de ello dentro de un momento. A lo mejor hay que echarle un poco de gasolina para que arda.

¡Había estado observándola!

—Si me dice dónde está la gasolina...

—Olvédelo. Tendríamos que cortar más de esas valiosas sábanas si le ardiera el pelo —y dicho eso cerró la ventana.

Ella volvió al salón echando humo. El estaba sentado en el sofá con un cuenco en las rodillas, pelando zanahorias, y apenas levantó la vista cuando ella entró. La abuelita se había incorporado un poco y pelaba patatas y charlaba con él como si fuera uno de sus más queridos amigos.

Los niños, Darrance y Calypso, estaban envolviendo las patatas y las zanahorias con mucho cuidado en papel de aluminio y después colocándolas en un lecho de carbón que había sido aislado con pericia lejos del fuego principal. Saffron y Kolina estaban picando lechuga en un cuenco grande.

La molestaba enormemente que la situación estuviera tan bajo control. Y no sólo bajo control. Todos parecían contentos, parecían conocer perfectamente su lugar y se mostraban encantados con aquel tipo tan dominante al cargo.

La única que no estaba feliz y encantada era ella. Era la única que no encajaba, que no conocía su lugar. Se sentía como una extraña, una sensación fea que llevaba experimentando casi toda su vida.

—¿Puede ocupar mi lugar un momento? —le pidió él—. Voy a casa a por unos filetes. De todos modos tengo que utilizarlos.

Por un momento pensó que su desconsuelo debía de habersele reflejado en la cara y que intentaba que se sintiera a gusto. Pero no; eso habría sido darle el beneficio de

que contaba con cierta sensibilidad.

—¿Dónde está su casa exactamente?

—Allí enfrente. Desde aquí se ve parte del tejado. Y también se puede ver mi playa. La que tiene forma de media luna. Tengo la única arena buena de la bahía.

De pronto todo encajó; por eso era por lo que los niños lo llamaban señor Herman. Él era el hombre que Shauna llamaba «el cangrejo ermitaño».

Shauna le había dado ese sobrenombre después del último verano. Ella y su marido, Milton, se habían ido a dar una vuelta en canoa por la pequeña bahía; cuando se habían cansado habían decidido tumbarse un rato en la arena.

Pero había resultado ser su arena, y él los había echado de allí sin ceremonia alguna, como si fueran vagabundos. Él había señalado que estaba cercada. Había tenido la audacia de no dejarse llevar por los encantos de Shauna, y cuando ella le había dicho que era una persona célebre, él había permanecido indiferente. No quería intrusos en su playa, y le daba lo mismo cómo se llamaran.

Acostumbrada a que su fama y su encanto la ayudaran a conseguir exactamente lo que quería, Shauna había pasado varios días gruñendo por el trato recibido.

Lo cual añadía un interesante y nuevo giro a todo aquel dilema. Brooke no pudo impedir el preguntarse cómo reaccionaría su jefa cuando se enterara de que el cangrejo ermitaño había tomado su casa. ¿Estaría lo suficientemente agradecida por el bienestar de su madre e hijos como para pasar por alto algunas diferencias pasadas? ¿Entraría en razón y perdonaría a su ayudante por no deshacerse de aquel hombre lo antes posible?

Desgraciadamente, ésa no era la Shauna que Brooke conocía.

—¿Puedo ir con usted? —le preguntó Darrance a Cole.

—¿Has terminado de envolver las patatas y de recoger leña?

—¡Sí, señor!

A Brooke le quedó bien claro que aquel hombre estaba deseoso de estar unos minutos a solas. Pero a cada cerdo le llegaba su San Martín, y no pensaba rescatarlo de la expresión de adoración que veía en los ojos de Darrance.

—De acuerdo. Puedes venir si quieres.

De nuevo, sospechar que fuera capaz del gesto de sensibilidad más leve sería peligroso.

Cuando salió de la habitación, era como si se hubiera llevado consigo el aire. Su energía era tan potente que la habitación parecía de pronto vacía, desprovista de cualquier cosa viva o de interés. Y Brooke se dio cuenta de que no era bueno pensar en él de ese modo.

Ni tampoco era bueno pasearse casualmente hasta la ventana para observarlo mientras avanzaba con paso seguro por el camino que se adentraba en el bosque. Su gracia era como la de una pantera, su adaptabilidad a aquellos parajes agrestes estaba presente en la seguridad de su paso.

Brooke vio que aminoraba el paso y se detenía para señalarle algo a Darrance. Se

dio cuenta de que habría preferido que no fuera del tipo de hombre que se paraba para enseñarle algo a un niño deseoso de aprender.

—Lo quiero tanto —dijo la abuelita.

—¿A quién? —preguntó Brooke asombrada.

—Pues al señor Herman, por supuesto.

—¿Y a quién no quieres tú? —le dijo Brooke con más fastidio del que le habría gustado—. Dudo de que su nombre sea señor Herman. Él es a quien Shauna llama «el cangrejo ermitaño».

—¿De veras? Entonces debemos llamarlo por su verdadero nombre —dijo la abuelita, que no se enteraba de nada.

—Ni siquiera conozco su nombre verdadero —le explicó Brooke—. ¿Y sabes una cosa? No me importa.

La abuelita la miró con asombro, y Brooke se dio cuenta de que tal vez hubiera sido demasiado crítica. Pero entonces la abuelita Molly sonrió con esa sonrisa ladina que a Brooke no le gustaba ni un ápice.

—Caramba... —dijo en voz baja—. Caramba, caramba...

Brooke volteó los ojos y se volvió a mirar por la ventana justo antes de que él desapareciera entre los árboles.

—Por favor, que vuelva pronto la electricidad —susurró—. Por favor.

Capítulo 3

De acuerdo, querida. Deja de mirar embobada —le dijo la abuelita Molly acompañada de unas palmadas—. Hay mucho que hacer y poco tiempo para hacerlo.

Brooke se volvió de mala gana.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —preguntó, pensando que había llegado su oportunidad de demostrar su competencia—. ¿Añado un leño al fuego? ¿Quieres una taza de té? ¿Quieres que organice un juego para los niños?

Brooke rezó para que su competencia no tuviera nada que ver con quitarle aquella venda de la cabeza a la abuelita. O cambiar de pañal al bebé. Había tenido suficiente para una temporada. Sobre todo del código marrón.

—¿Té? ¿Un juego para los niños? —la abuelita chasqueó la lengua—. Despierta de una vez, querida. Te ha sido otorgado la cosa más única y debes aprovechar la oportunidad. *Carpe opportunis*.

Brooke estaba segura de que la abuelita no sabía mucho latín, pero aun así se quedó intrigada.

—Me parece que no me he enterado de algo. ¿Qué oportunidad estoy dejando pasar?

Se dio cuenta de que había estado en la ventana viendo marcharse a aquel hombre, y esperaba que la abuelita no hubiera percibido su interés por él. De todos modos era estrictamente ascético; nada más que una apreciación de la belleza masculina.

—¡El destino te ha dado una segunda oportunidad de causar una primera impresión! Corre, ve a cambiarte. ¡Arréglate un poco el pelo!

¡Así que la abuelita había notado su interés demasiado ávido! Brooke sintió que se ponía colorada.

—No es por ofender, querida...

Por supuesto, las frases que empezaban con esas palabras terminaban sin duda causando el efecto contrario al enunciado, y la abuelita no fue menos en ese caso.

—Pero pareces que acabas de salir del centrifugado de la lavadora —añadió la abuelita con sorna.

Parecía entonces que su aspecto era más horrible del que se había imaginado.

—Tuve que subirme a un árbol para llegar hasta aquí —le recordó ella a la abuelita.

—¡Ah! No estoy cuestionando ese heroico esfuerzo. Agradezco profundamente tu dedicación a Shauna, y hacia mí y los niños. Pero niña, no querrás tener ese aspecto delante de un hombre como él en la vecindad. No, no, no.

¡Tenía razón! Brooke no quería parecer como si una lavadora acabara de escupirla.

—¡Pero tuve que dejar la maleta en el coche! —dijo Brooke, pensando que por nada del mundo volvería al coche para arrastrar la maleta por encima de ese árbol

caído en la carretera.

—Tus cosas no valdrían, Brooke. Tú eres una persona sencilla y sobria en el vestir, y eso no es precisamente lo que debes buscar. Venga, sube rápidamente al cuarto de Shauna y busca algo extraordinario que ponerte. Algo que consiga que a ese hombre se le hagan los ojos chiribitas.

—No quiero que le pase eso —dijo con toda sensatez.

Pero Brooke sabía que se estaba mintiendo. ¿Qué mujer no querría estar irresistiblemente atractiva, sobre todo ante un hombre que parecía tan confiado y seguro de sí mismo? La tentación estribaba en dejarlo muerto de deseo, de convertirse en Dalila, la que ostentaba el último poder.

Naturalmente, sabía que debía ahogar aquel impulso natural que nacía en ella hacia aquel nombre, pero su argumento le sonó débil al darle voz.

—No puedo ponerme la ropa de Shauna. Me mataría.

—Querida mía, mi hija tal vez sea excéntrica, y a veces es sin duda difícil, pero no es mala. Estás empapada y tienes frío, y has venido a rescatar a sus hijos y a su querida y dulce madre —agitó la mano como si tuviera una varita mágica en la mano—. Puedes ponerte lo que te guste de su ropero. Cualquier cosa. Y si Shauna tiene algo que decir, que me lo diga a mí.

Como su madre era la única persona que intimidaba a Shauna, Brooke se tomó la invitación como que tenía vía libre para entrar en el ropero de su jefa.

Sin volver la vista atrás, subió las escaleras de dos en dos y entró en la suite de Shauna. Era una habitación espectacular, decorada como una escena sacada de *Las mil y una noches*, de la que Shauna había protagonizado una nueva versión a principios de los noventa, a comienzos de su carrera.

Y en esa habitación estaba el secreto de Shauna. A pesar de toda la atención que recibía de los hombres, ella sólo amaba a uno. Ese hombre era su marido, Milton. Llevaban juntos doce años, durante los cuales su devoción del uno para el otro era enorme, casi vergonzosamente apasionada. Ni siquiera podían soportar estar separados, y cuando Shauna se marchaba a rodar fuera Milton siempre la acompañaba.

Pero el dormitorio era de lo más erótico, y Brooke se sintió incómoda, como si fuera una voyeur, al pasar delante de la cama enorme envuelta en metros de vaporosa seda semitransparente que colgaba del techo. Corrió al enorme vestidor y cerró la puerta al entrar.

Nada más hacerlo se encontró con su imagen en un espejo de tres hojas. Tenía el traje totalmente estropeado y estaba lo bastante húmedo como para ceñirle lo que no tenía por qué ceñirle. Tenía las medias hechas trizas y el zapato roto le daba un aspecto algo desequilibrado. Tenía el cabello pegado a la cabeza y el maquillaje todo corrido.

Pero para ser una chica que buscaba una transformación, estaba en el ropero de sus sueños. Estaba rodeada por el capricho y el esplendor de todos los diseñadores de

moda de vanguardia: Versace, Klein, Armani, Michael Kors, Pamela Dennis.

Había trajes pantalón, vaqueros, vestidos y ropa interior donde elegir. La ropa era en todos los colores del arco iris, y había distintas tallas para acomodarse a cada fase de los múltiples embarazos de Shauna.

Aparte del frío que hacía, que era mucho, sobre todo después de que Brooke se desnudara, aquello era lo más divertido que se había permitido a sí misma hacer desde hacía mucho tiempo.

Y no porque Brooke no vistiera bien. El traje que estaba en ese momento en el suelo a sus pies era de Chanel. Pero su ropa no era divertida. Eran trajes de corte impecable en colores discretos que le daban aquel aspecto formal y profesional, y que de ninguna manera sugerían ningún tipo de competencia con su deslumbrante jefa.

Pero en ese momento Brooke decidió explorar su lado secreto. Se probó la minifalda de cuero negra y el top de lentejuelas con el que se le veía el ombligo. Se dio unas cuantas vueltas delante del espejo con un traje entero color melocotón. Tenía las mangas anchas, los pantalones anchos y un escote de impresión. Se puso el vestido indio de algodón bordado con cuentas cuya falda flotaba a su alrededor al moverse, susurrando los secretos femeninos.

El corte, la tela, la atención al menor detalle en aquellas prendas extremadamente bien confeccionadas y extremadamente caras acentuaban discretamente, y a veces no tan discretamente, todo lo mejor de su femineidad: su suavidad, sus curvas, su sensualidad.

Lo último que se le ocurriría a un hombre que viera bajar a una mujer ataviada con una de esas prendas sería pedirle que cambiara un pañal.

Una vez explorado su lado secreto, Brooke colgó de nuevo en su sitio la última de las prendas exóticas que se había probado y empezó a buscar algo más conservador.

En realidad, quería algo sensual pero práctico al mismo tiempo.

Finalmente se decidió por un traje de chaqueta de ante en amarillo mantequilla, suave como el aleteo de una mariposa. Como era un poco pequeño, le ceñía la figura como un guante y le quedaba algo estrecho por delante. Resolvió ese problema poniéndose una bonita camisola de seda debajo. Los pantalones parecían que se los habían moldeado a la figura.

Era discreto, elegante y sexy; precisamente lo que necesitaba para corregir esa primera impresión.

Entonces, tal vez fuera por el frío, o por el desconsuelo de no poder arreglarse el pelo sin agua caliente, volvió bruscamente a la realidad.

¡La idea era deshacerse de él! ¿Cómo demonios iba a hacerlo con un traje como aquél? Por muy divertido que le resultara volverlo loco, o que le rogara que le dejara cambiarle los pañales al bebé, no era su estilo. No quería intrigar a ese hombre; ni siquiera quería ni una insinuación al romance.

Desde que había empezado a trabajar para Shauna, todos los intereses románticos de Brooke habían terminado igual. En desastre. No tenía sentido buscar un desastre

cuando por sí solos se le acercaban.

Tras echarle un último vistazo al ropero de su jefa, Brooke salió y cerró la puerta y se metió en el ropero de Milton.

El pobre y dulce Milton. Su ropero no era mayor que un escobero. De la pequeña colección de perchas sólo colgaba una pequeña colección de vaqueros, de pantalones de pana y de camisetas y sudaderas sin ninguna etiqueta de marca conocida.

Brooke escogió al azar un par de vaqueros y se los puso. Se subió el dobladillo y se puso un cinturón. Después se puso la sudadera más fea que pudo encontrar. Por lo menos estaba cómoda y caliente, y vestida con sentido práctico. El atuendo era el ideal para cambiar pañales o para hacer lo que fuera sin electricidad.

Entró en el cuarto de baño, se lavó la cara con agua fría, se cepilló el pelo y se ató una coleta. Escogió unas gafas de moda de una selección sobre el lavabo e inspeccionó lo que se había hecho.

A Shauna las gafas le habrían quedado modernas y divertidas; a ella le quedaban anticuadas y sin gracia. Su plan era hacerle saber con su atuendo que no le interesaba su atención masculina; y después conseguiría que le divulgara los secretos. Era lista, eso sin duda. En unas horas sabría cómo encender un fuego, como atizarlo, y cómo cocinar sin electricidad. Se estremeció sólo de pensarlo; pero iba a tener que aprender a cambiar también una venda.

Y entonces lo echaría.

El placer de ese momento superaría al que habría experimentado al verla mirándola con apreciación masculina de haberse presentado ante él con aquella minifalda negra y con el top que le dejaba el ombligo al descubierto. Al menos eso esperaba.

¿Además, de qué serviría arreglarse tanto? Únicamente para tentarlo. Para que él jugara a ese juego de poder e intriga entre hombre y mujer con ella. ¿Pero por qué razón? Ya había demostrado en numerosas ocasiones que ese juego no se le daba bien. No tenía interés en terminar con el orgullo por los suelos y el corazón roto cuando Shauna la pusiera a prueba.

La prueba de Shauna. A pesar de todos sus defectos, Shauna era una estupenda juez de carácter. Y eso era algo que Brooke había averiguado poco después de ponerse a trabajar para Shauna.

Su nombre había sido Keith, un hombre extraordinariamente guapo, tremendamente locuaz y encantador. Brooke se había enamorado perdidamente. Shauna, más docta en las ilusiones del mundo en el que se movía, se había mostrado cínica desde un principio. Había puesto en práctica el test, que Keith había fallado con éxito.

El objeto del test, según Shauna, era ayudar a Brooke a enmascarar a los sinvergüenzas antes de enredarse demasiado con ellos. De todos modos, el descubrimiento dolía.

El test de Shauna tenía dos partes, de las cuales llamaba a la primera «coqueteo».

Shauna, que jamás le había sido infiel a Milton, tenía perfeccionado el arte de coquetear hasta el extremo. Su aire sensual la mantenía en las portadas de las revistas y conseguía que la gente acudiera a ver sus películas.

Keith había olvidado que Brooke existía en cuanto Shauna le había aleteado las pestañas.

Había habido uno o dos galanes más que habían pasado la prueba del coqueto, lo cual había animado a Shauna a continuar con la segunda parte de la prueba, la promesa. En esa prueba, les había dejado caer que podría utilizar sus influencias para buscarles un buen empleo relacionado con el mundo del cine, si el galán en cuestión dejaba en paz a su querida asistente para que ella realizara bien su trabajo.

Brooke llevaba ya un par de años sin tener ni una cita, puesto que no estaba dispuesta a someterse al test. Estaba totalmente convencida de que atraía a los hombres malos y superficiales, aunque por supuesto hubiera una superabundancia de ambos en los círculos en los que se movía su jefa.

Con las experiencias pasadas que le habían endurecido el corazón, Brooke se entregó a su plan: librarse del señor Herman, el cangrejo ermitaño. Y cuanto antes mejor. Resultaba un tanto demasiado intrigante, siendo aparentemente de esa clase de hombres duros y habilidosos en los que una podría creer y confiar. Por no mencionar que era tan sexy que le ponía los dientes largos.

Buscó un cuaderno y un bolígrafo para tomar notas y bajó por las escaleras.

Mientras bajaba, oyó que se abría la puerta de entrada. Le dedicó un pensamiento más al traje color melocotón, alzó la barbilla y terminó de bajar hasta el vestíbulo.

Cole Standen se había pasado la mayor parte de la hora que había estado fuera de la mansión contemplando la complicación que suponía la presencia de Brooke Callan allí.

Sí, había hablado con Darrance y le había enseñado cosas que los niños debían saber del bosque, qué plantas eran comestibles y cuáles eran venenosas, las huellas de los ciervos en el camino o el parloteo de una ardilla sobre sus cabezas.

Había sacado unos filetes del congelador, y mientras le dejaba al niño su caña de pescar se había metido en el cuarto de baño y se había lavado y afeitado con agua fría, se había puesto un poco de loción para después del afeitado y se había cambiado de camisa.

Pero Cole había hecho todas esas cosas automáticamente mientras su mente trabajaba sin cesar, centrado sobre todo en ella. Con cierta intuición, Cole supuso lo que ella haría, cuál sería su próximo movimiento.

Se echó a reír en voz alta y se felicitó para sus adentros por su agudeza.

Como las exigencias no habían funcionado, Brooke Callan intentaría hacerse con el poder de manera más sutil. Utilizaría sus talentos femeninos, y estaba dispuesto a apostar que se habría arreglado todo lo posible. Ella pertenecía a un mundo elegante. Él leía las noticias del Enquirer mientras esperaba en la cola del supermercado, como todo el mundo. En el mundo de Brooke Callan, la gente utilizaba todo tipo de

manipulaciones para conseguir lo deseado.

Estaba seguro de que cuando volviera a la mansión de la colina la pequeña señorita Callan tendría puesto un conjunto de camuflaje y estaría de punta en blanco, enseñando las piernas y el canalillo. Se habría arreglado el pelo, estaría recién maquillada y se habría puesto un perfume sensual.

Se le secó un poco la boca sólo de pensar en enfrentarse a un oponente de tal calibre.

Sin duda iba a hacer todo lo posible para tenerlo en la palma de su mano. Era de esa clase de mujeres a quienes les gustaba mandar. Y sin duda quería librarse de los pañales.

Consciente de lo que le esperaba, Cole se pasó el camino de vuelta a la mansión preparándose para lo que pudiera pasarle. Lo habían entrenado para soportar los interrogatorios del enemigo para mantener intactos sus secretos; y podría aplicar los mismos métodos para tratar con Brooke Callan, una mujer fatal. Él tenía una mente disciplinada, y por mucho que el traje que se hubiera puesto estuviera diseñado para manipular a un hombre, para hacer de él un muñeco entre sus manos, él fijaría su atención en otras cosas.

Aunque para sus adentros le rogaba a Dios que no se vistiera de cuero negro, o que no eligiera una minifalda. O, que Dios lo perdonara, una combinación de ambas cosas.

Cuando abrió la puerta de la casa, había fijado en su pensamiento la idea de que tenía que limpiar un rifle. Daba igual cómo lo recibiera ella, él sólo pensaría en el rifle.

Y en ese mismo momento ella bajaba por las escaleras. La limpieza del rifle se desvaneció. En realidad le costó mucho controlarse y no salir disparado. No estaba preparado para un oponente que mostrara tanta astucia, quien podría, aparentemente, echar a perder sus estrategias sin siquiera intentarlo.

Por las escaleras bajaba una inquietante combinación de Tom Sawyer con pechos y una monja. Brooke Callan llevaba unas gafas pequeñas y horribles y un bloc de notas debajo del brazo.

El la miró un instante, sorprendido. Intentó pensar en ese rifle, pero no pudo. ¿A qué estaría jugando ella? ¿Y cómo era posible que él, un genio cuando se trataba de juzgar a los demás, se hubiera equivocado tanto?

—¿Qué es eso que lleva puesto? —le preguntó él sin poderse contener, aunque segundos antes se había ordenado a sí mismo no darle la satisfacción de comentar nada acerca de ella.

—Ah, encontré esta ropa para ponerme. Estaba helada. Seguramente no se había fijado que tenía toda la ropa mojada.

La verdad era que había sido bastante difícil no notar los pezones destacando bajo la tela de seda empapada.

—Ya.

Se dijo que no debía decir nada más, ni una cosa más, pero parecía que su voz tenía voluntad propia y había decidido desafiar esas órdenes internas.

—¿Y qué? ¿Ha saqueado la caja de la ropa para los pobres?

—No. Esta ropa es de Milton, el marido de Shauna. Es un tipo bastante discreto. Sin duda.

—Seguramente su jefa tendrá una colección más interesante de ropa que su marido.

Sobre todo para manipular y controlar a los hombres.

Ella se encogió de hombros.

—No es mi estilo. Ya sabe.

En realidad no sabía nada. Se permitió a sí mismo sentirse insultado por ello. Él gustaba a las mujeres, que querían también gustarle a él. Algunas habían hecho un gran esfuerzo para que les prestara atención, para ganárselo, para derribar sus defensas.

Y Brooke Callan iba vestida con unos vaqueros que se le habrían caído sin el cinturón que le ceñía la cintura y con una sudadera que parecía del uniforme de una prisión.

¿Qué estaba pasando allí?

Él era un estratega especializado. ¿Cómo era posible que gracias a ese detalle se diera la vuelta a la tortilla? Pues no pensaba permitir que continuaran las cosas así demasiado tiempo. No señor. En cuanto acostara esa noche a los niños pensaba trazar un nuevo plan.

¡La besaría!

No tenía otro motivo, por supuesto, que ver si era tan indiferente a él como sugería su atuendo. Sabía que el enemigo podría ser bastante escurridizo a veces; que ella no iba a darle la vuelta a la tortilla. Porque si lo hacía, él haría lo mismo con ella.

Además, si su meta había sido conseguir estar fea, había fallado estrepitosamente.

Tenía el cabello liso y brillante, y se lo había recogido con una cola de caballo. El peinado destacaba la línea clásica de sus pómulos y la elegante gracia de su cuello.

Y los ojos, limpios de maquillaje visible, parecían mucho más grandes y su tono más oscuro, de modo que parecía como el morado de una noche de verano antes del anochecer. Los labios los tenía sensuales, carnosos y del color de los melocotones.

¡Y muy pronto sabría si su sabor era tan rico como su color!

La mejor defensa seguía siendo la ofensa, pensaba él; como si su apariencia o su nuevo plan no lo tuvieran en absoluto nervioso.

—Ha elegido la ropa perfecta; a prueba de niños. Le queda bien además.

Antes de ponerse a la defensiva, notó que su comentario le había dolido.

—No tenía mucho donde elegir.

Pero él no la creyó. Estaba seguro de que si se ponía a fisgar en esos armarios que había en el piso superior encontraría muchas cosas sensuales y atractivas, tremendamente atractivas.

—Y gracias por no gastar el agua caliente en usted misma. Veo que ha entendido rápidamente lo que significa una emergencia.

—Oh, aún no ha visto nada —le dijo con tanta dulzura que él sospechó inmediatamente—. ¿Cuánto se tarda en calentar el agua? ¿Quiero decir, si la hubiera utilizado en algo tan frívolo como lavarme la cabeza?

¿Sería una pregunta con segundas? ¿Qué querría decirle ella que él no lograba entender?

—Puede hervir agua bastante deprisa —le dijo con cuidado— si es para preparar té o para esterilizar algo. Pero si se hierve agua para lavarse, tarda tanto tiempo en enfriarse como en calentarse. Así, para no quemar al bebé tengo un poco de agua junto a la chimenea. En un par de horas la tengo tibia.

De pronto se dio cuenta de que Brooke estaba apuntando con entusiasmo en una libreta. ¿Lo haría para que se sintiera importante? ¿Sería otro modo de alimentar su ego?

Cole la miró y se dio media vuelta, y ella lo siguió sin dejar de apuntar. Y de pronto Cole estuvo convencido de que era cierto. Ella tenía su propia estrategia, y tenía la seguridad de que su plan incluía volverlo loco.

La abuelita levantó la vista cuando entraron por la puerta del salón. Su mirada ansiosa vaciló y de pronto frunció el ceño.

—¿Santo Cielo, chiquilla, acaso has perdido la cabeza?

—¿Cómo? —le preguntó Brooke con inocencia.

La abuelita resopló y centró su atención en la novela rosa de bolsillo que estaba leyendo. La levantó a propósito para no ver a Brooke, cuyo aspecto parecía que se le antojaba tan ofensivo como a él.

Pero que la abuelita la ignorara tan evidentemente no pareció molestarla, y ésta se volvió hacia él, bolígrafo en mano.

—¿Cuántos códigos marrones se producen al día? ¿Y cuánta agua hay que utilizar para ello?

El le echó una mirada de reojo. Tenía que estar tomándole el pelo. Pero al mirarla vio que su expresión era de lo más seria, y que tenía el bolígrafo listo para apuntar.

—Una docena —le respondió.

—Lexandra no está haciendo código marrón una docena de veces al día —le respondió ella, pero no pudo evitar demostrar cierta inquietud al decirlo.

Desgraciadamente, eso significaba que no sabía más de bebés de lo que sabía él. No sólo había sacudido su mundo ordenado, sino que encima no iba a resultar tan útil tenerla allí.

—Supongo que me parecen muchas veces —concedió él.

—¿Cuánta agua tibia se necesita? —insistió ella.

—En cada cambio de pañal. Un par de veces al día. Y todo el mundo se lava con jabón antes de comer o de empezar a preparar la comida. Así que supongo que estamos utilizando unos veinte litros de agua tibia al día.

—¿Y todos los grifos funcionan? Los de arriba sí.

—Están alimentados por la fuerza de la gravedad —la informó él, y eso también lo anotó.

—Me voy a llevar los filetes fuera para hacerlos.

Sólo llevaba cinco minutos en la casa y ya sentía la necesidad de alejarse de ella. Lo ponía nervioso no poder predecir su comportamiento ni entender su motivación.

—¿Entonces la barbacoa funciona? —le preguntó levantando la cabeza, mirándolo por encima del marco de aquellas gafas tan horribles.

—Con propano —contestó él.

Ella lo anotó y seguidamente se guardó el bloc bajo la cinturilla de esos vaqueros demasiado grandes para ella. Cole le vio un pedazo de vientre plano. Allí cabrían dos más como ella.

—Voy a salir a ver cómo va a encender la barbacoa antes de lavar a los niños.

Él se encogió de hombros y salió por la puerta. La temperatura estaba bajando, el viento soplaba del lago y el botón de arranque automático del grill no funcionaba bien. Encendió la barbacoa sin utilizar cerillas, y después insistió en que lo intentara ella.

El grill se encendió con una levísima explosión, y ella retrocedió. Menuda Tom Sawyer.

—No está mal —dijo él— mientras no le importe mucho el futuro de sus cejas.

—¿Aún tengo? —le preguntó bastante preocupada, a pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para hacerse pasar por espantapájaros.

—Pues claro que tiene —le aseguró—. Sólo que ahora son grises y retorcidas en los bordes. La próxima vez no debe tardar tanto en acercar la cerilla.

—Ha sido el viento —protestó ella, pero siguió apuntando unas cuantas cosas más.

Apuntaba, apuntaba y apuntaba sin parar. Apuntó durante la cena y después de cenar. Apuntó cómo preparar los paquetes de patatas con sumo detalle, como si fuera una receta que quisiera enviar a la revista Gourmet. Apuntó las tareas que cada uno tenía para después de la cena. Se fijó cuidadosamente mientras él le retiraba las vendas a la abuelita y preparaba más para el día siguiente. Lo observó también mientras él atizaba el fuego para pasar la noche, y continuó anotando sus instrucciones detalladamente, paso a paso.

Entonces lo ayudó a ponerle el pijama a los niños y a meterlos en la cama. Fue la primera vez que dejó el bloc de notas a un lado.

La habitación estaba ya a oscuras, salvo el resplandor del fuego, y a pesar del atuendo y de las gafas, estaba muy, muy preciosa, allí abrazada a esos niños. Se le había caído la coleta, tenía una mejilla tiznada y la sudadera manchada de grasa de una chuleta que le había saltado. Aun así seguía estando preciosa.

—Señor Herman, cuéntenos un cuento ahora —le pidió Saffron con un bostezo.

—Esta noche no —contestó él.

Tenía otros planes para esa noche. Planes mucho mayores. Miró a los niños.

Brooke alzó una mano.

—Creo que, antes de la historia, deberíamos averiguar el nombre verdadero del señor Herman.

—¿Cuál es? —le preguntaron todos al unísono.

—A ver si lo adivináis —dijo él—. Os daré algunas pistas.

Esto lo sorprendió de sí mismo. Le gustaban los niños, le gustaba jugar con ellos. Le gustaba su energía, su deseo de aprender. Le encantaba la sensación de aventura que llevaban dentro y que hacía de una emergencia como aquélla un juego. Le gustaba lo flexibles que eran acerca de la vida, su voluntad de reírse.

—Mi nombre es como algo muy negro —dijo.

—¿Como señor Noche? —le preguntó Calypso enseguida.

—No. Más negro.

—¿Corazón negro? —preguntó Brooke, y de nuevo a él le pareció ver una sombra de miedo en su expresión.

Parecía que les tenía miedo a los hombres. Por primera vez su compromiso a su plan había fallado. ¿Había olvidado acaso la vulnerabilidad que había visto en sus ojos? Se dio cuenta de que desde el principio había visto que no podía jugar con eso.

—Lo sacan de las minas —continuó con las pistas.

—Señor Oro —dijo Kolina.

—Es negro, boba —se burló Darrance.

—No llames boba a tu hermana —dijo Cole con firmeza—, o tal vez Santa Claus te deje un poco de esto en lugar de regalos.

—Un pedazo de carbón —dijo Saffron en tono triunfal—. Se llama señor Coal, «carbón» en inglés.

—En realidad mi nombre de pila es Cole. Me apellido Standen.

Se armó un poco de jaleo mientras intentaban decidir cómo habían llegado a darle el nombre de señor Herman y por qué.

—¿No os parece un nombre de lo más adecuado? —dijo la abuelita.

—Y qué lo digas —murmuró Brooke.

Su plan fallaba de nuevo. ¿Cómo iba a robarle un beso a Brooke cuando la abuelita tenía tan buen concepto de él?

—Señor Standen —lo llamaron los niños uno por uno, probando su nombre.

—En realidad soy el comandante Standen —aclaró él.

Se produjo un breve silencio.

—Comandante Standen —dijo Calypso, antes de ponerse de rodillas encima de la cama y de hacerle un saludo militar—. Sí señor.

Los niños se desternillaban de risa.

—Creo que eso podríamos hacerlo en la Marina —dijo, pero también se estaba riendo.

La sala parecía tan acogedora, tan cálida, un santuario alejado del mundo donde

había pasado la mayor parte de su vida.

—Ahora cuéntenos una historia —dijo Saffron—. Una historia sobre usted.

No muchas de sus historias le parecían apropiadas para los niños. Pero se lo pensó un momento y recordó una de su infancia.

—Hace muchos, muchos años había un niño llamado Jimmy —empezó a contar—. Jimmy vivía al otro lado del lago, justo en la otra orilla de la bahía, con su papá, que era trapero. Hasta hoy, el único modo de llegar hasta allí es en barco. Jimmy y su padre estaban aislados de otras personas. Sólo iban a la ciudad un par de veces al año. Jimmy ni siquiera iba al colegio. Estaba muy solo, pero tenía un don con los animales salvajes. Tenía un mapache que era como un perro y que lo seguía a todas partes e incluso montaba en su canoa con él.

Se dio cuenta de que la mención del mapache había cautivado totalmente el interés de los niños, pero se sorprendió aún más al ver la mirada de interés en el rostro de Brooke. Ella era de un lugar donde las historias eran más intrigantes y sin duda contadas con efectos especiales.

Sin embargo, a la luz del fuego, su rostro reflejaba el mismo interés que el de los niños.

—Jimmy se hizo un hombre —continuó Cole—. Trabajaba duro y vivía de la tierra. Su aspecto era rudo, pero su corazón tan gentil que cuando se sentaba en la playa los ciervos se acercaban y apoyaban las cabezas en su regazo.

Los niños lo miraban ya con los ojos como platos, y Brooke suspiró. Así que le gustaban los hombres gentiles.

—Un día Jimmy miró hacia el otro lado del lago, a esta bahía, y vio que estaban construyendo una casa. Empezó a ir a visitar a los hombres que la construían. Ellos le dijeron que sería una casa de verano para una familia rica dueña de una mina.

Y un día de verano, se acercó con la barca y vio a una chica caminando por la playa. No había visto a muchas chicas, pero enseguida supo que era muy bella. Llevaba un vestido largo y blanco y un parasol en la mano, e incluso desde lejos se dio cuenta de que era la criatura más maravillosa en la que jamás había puesto los ojos.

Brooke estaba inclinada hacia él, con la barbilla apoyada sobre las manos y los ojos brillantes. Ah, entonces era una mujer romántica. Eso lo llevó a pensar que tal vez tendría que revisar su plan para esa noche.

Su atuendo le había hecho olvidar lo vulnerable que era. Aquella desafortunada elección de historia se lo estaba recordando.

—Jimmy amarró la canoa y salió, y la chica se paró y lo miró. Recordad que seguramente no había visto a nadie como Jimmy en su vida. Sin duda él iría vestido todo de ante o cuero; llevaría el pelo largo y tendría ese aspecto salvaje de un hombre que jamás había sido domado.

—Me encanta Jimmy —suspiró Saffron en tono apasionado, y por un momento Cole pensó que iba a ser una adolescente difícil.

Brooke debía de haberse dado cuenta también, porque lo miró y sonrió comprensivamente.

—En principio pareció como si fuera a echar a correr; pero recordad, aquel hombre era capaz de encantar incluso a los ciervos para que se acercaran a él. Sabía exactamente cómo comportarse ante los animales atemorizados. Se dio la vuelta y llamó a su mapache, que salió corriendo de la canoa. Jimmy se arrodilló y el mapache le recorrió el brazo y se colocó sobre su hombro. La chica se echó a reír en voz alta. Entonces él se levantó y, sin apartar la vista de ella, llamó a un pájaro de su nido. Aterrizó sobre su brazo y, muy despacio, se acercó a ella y se lo puso en el hombro. «Soy Jim» —le dijo. Y ella le dijo que era Eileen, y su amor por él ya le brillaba en los ojos.

Era demasiado tarde para volver atrás. ¿Pero por qué demonios se le había ocurrido contar aquella historia? Brooke había desviado la mirada, que tenía fija en el fuego; y de pronto él sintió la necesidad de verle los ojos, de ver aquella expresión en ellos.

Era una locura. El fuego, la respiración suave de los niños y el hilo invisible de aquella historia lo estaban como envolviendo en un hechizo.

—A partir de entonces empezó a amarlo. Se encontraban y exploraban su mundo, un mundo lleno de criaturas y de belleza más allá de lo que ella se habría imaginado jamás. Él le enseñó su modo de ver el mundo, con sencillez y reverencia, y el mundo se convirtió en un espacio más vivo y vibrante de lo que ella habría creído posible.

Intentó acelerar el ritmo de la historia, pero estaba tomando vida propia y no dejaba que le metiera prisa. Era la clásica historia de niña rica, chico pobre.

Cuando los padres de ella se enteraron de lo de Jimmy, se pusieron totalmente en contra. Mismamente el padre de Jimmy pensó que había perdido el norte —Cole hizo una pausa—. Así que ellos decidieron huir y casarse. Acordaron encontrarse bajo la luna llena, en ese lugar exactamente —continuó Cole mientras señalaba por la ventana.

Los niños se sentaron sobre la cama y estiraron el cuello para ver exactamente dónde. Brooke se levantó y miró por la ventana hacia la roca solitaria que sobresalía en la bahía. Se estremeció y se abrazó con fuerza.

—Pero el padre pilló a Eileen marchándose esa noche, y la encerró en su habitación. Así que cuando llegó Jimmy, ella no estaba allí y pensó que había cambiado de opinión. En el lago se estaba formando una tormenta. Todo el mundo sabe que no se puede salir con un barco pequeño al lago cuando hay tormenta; pero aparentemente Jimmy se echó de vuelta al agua esa noche.

Hizo una pausa. ¿Debería tal vez cambiar el final? Demasiado tarde ya. La verdad tenía un sonido auténtico, y no podía deshonrar a sus ancestros cambiando la historia, aunque sin saber por qué sentía deseos de proteger a Brooke del final.

Ella debía de haberse dado cuenta, porque no se había movido de la ventana ni se había dado la vuelta para mirarlo.

—A la mañana siguiente encontraron su canoa destrozada contra las rocas de la playa de Eileen. Su querido mapache estaba vivo junto a los pedazos de la embarcación, pero nadie volvió a ver a Jimmy.

Por el rabillo del ojo vio que Brooke suspiraba largamente y se limpiaba la mejilla con rapidez. ¿Cómo había sobrevivido aquella mujer en el mundo competitivo donde había elegido vivir?

Se dio cuenta de que lo habría hecho con una máscara. Una máscara que le había parecido fría y eficiente, como si ella quisiera estar controlando todo el tiempo.

Dejó a un lado su plan de robarle un beso. La idea había sido para desenmascararla, pero la historia lo había hecho del mismo modo.

—Oh, qué pena —dijo Saffron—. ¿Qué le pasó al mapache?

—Eileen aprendió a llamar a los pájaros silvestres y ese mapache se convirtió en su mejor amigo. A pesar de que se la consideraba una excéntrica, sus padres consiguieron casarla con un hombre que a ellos les pareció bien. ¿Que si la amaba? La historia dice que no; que era un hombre ambicioso que sólo quería participación en la mina.

—A veces las personas son así —dijo Saffron con sabiduría—. Lo sé porque mi mamá es famosa y a veces sólo le intereso a la gente por esa razón.

Cole vio que Brooke se ponía tensa. Parecía que todos los que rodeaban a la gran actriz tenían que estar al tanto para no dejarse utilizar por los demás.

—¿Y qué le ocurrió a Eileen? —le preguntó Brooke, molesta de estar tan interesada como estaba.

—Pasaba mucho tiempo en la casa del lago. Tuvo hijos; seis parece ser. Se dice que fue una buena madre, gentil y atenta. Pero cuando sus hijos ya se habían marchado de casa, una noche de luna llena en la que se avecinaba una tormenta, salió a caminar junto al agua. Al día siguiente alguien encontró su vestido blanco y su parasol en la misma playa donde se había encontrado la canoa destrozada de Jimmy. Nadie volvió a verla, tampoco.

—Es tan romántico —dijo Saffron en tono soñador—. Como Romeo y Julieta. Bueno, más o menos.

—¿Es una historia verdadera? —preguntó Brooke con tristeza mientras se volvía a mirarlo.

Podría haber borrado esa suavidad en un segundo diciéndole que se lo había inventado todo. Pero no lo hizo.

—Por eso se llama Bahía del Desengaño. Eileen era mi bisabuela. Los Standen eran los dueños de todos estos alrededores hasta que la minería se fue al pique en los años sesenta. Nos quedamos con el terreno donde está mi cabaña. Todo lo demás fue vendido.

—Me gustan las historias de fantasmas —dijo Calypso, claramente decepcionado.

—Entonces te gustará el final. Hay gente que los ha visto, a Jim y a Eileen, caminando por la playa de la mano a la luz de la luna. Dicen que ella va vestida de

blanco y que lleva una sombrilla en la mano, y que él va vestido con sus pieles y que el mapache los acompaña.

—¿Fantasmas? —le preguntó Saffron con emoción—. ¿Aquí mismo?

—Fantasmas buenos —le dijo, viendo que tal vez aquél no fuera el mejor final para un público tan impresionable.

—Me gustan las historias de conejitos —dijo Kolina con la misma decepción que Calypso—. De mamá conejo, papá conejo y bebé conejo.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez —le prometió él.

—A mí me gustan las historias de guerra —dijo Darrance.

—A mí no me gustan ésas —comentó Cole con firmeza—. Venga, a dormir todos. Es una orden.

En el profundo silencio que siguió, se oyó suspirar a la abuelita.

—Bueno, me gustan las buenas historias de amor, y me da la sensación, Cole, de que tal vez tu bisabuela siga buscando su final feliz —dijo la abuela Molly.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó él.

Pero ella se encogió de hombros, se tapó bien y cerró los ojos.

Cuando miró a Brooke, Cole fue el primero en desviar la mirada.

Capítulo 4

Brooke permaneció despierta mucho rato, demasiado consciente de los ruidos leves que se producían a su alrededor. Estaba acostumbrada a los ruidos más fuertes que se oían desde su dormitorio de su casa de Santa Mónica: coches, aviones, sirenas, portazos, gente charlando por la acera bajo su apartamento.

Esa noche, acampando en el salón de la casa de Shauna, eran los ruidos que se producían dentro los que parecían amplificarse para desorientarla. El fuego crepitaba y chisporroteaba a veces con fuerza. Saffron suspiró en sueños mientras se daba la vuelta con inquietud. El bebé gorjeaba. Calypso no estaba dormido. Brooke vio su silueta; lo vio jugando con un muñeco pequeño que debía de haberse llevado a la cama.

Estaba segura de que la abuelita, que le había echado el ojo cada vez que la tenía delante, estaría soñando. La desaprobación de la abuelita hacia Brooke se había hecho más patente cuando le había dicho en voz baja, mientras acostaban a los niños, que por lo menos se buscara algo decente para irse a dormir, palabras textuales.

Brooke había interpretado «decente» como un camisón de franela tipo saco que finalmente había encontrado doblado en un cesto de la ropa limpia en el lavadero. Era crudo con un dibujo de girasoles.

—¿Es tuyo esto? —le había preguntado a la abuelita al volver a la habitación.

—Jamás me pondría algo tan tremendamente nauseabundo como eso —le había dicho la abuelita en tono sincero—. Seguramente tendría pesadillas. Por el tamaño, creo que debió de dejárselo esa humorista que estuvo aquí el pasado otoño. No te lo pongas, Brooke. Asustarás a los niños.

Pero los niños estaban durmiendo cuando Brooke pasó entre ellos de puntillas. Cole, que estaba echado en el sofá, leyendo a la luz de la linterna, y que parecía totalmente cómodo en aquellos alrededores tipo barracón, le había echado una mirada, y al verla había puesto una cara muy rara, como si le doliera la cabeza.

Entonces Cole había apagado la luz y había salido de la habitación, dándole tiempo suficiente para que preparara el colchón que habían bajado para ella y para que se durmiera. Pero Brooke no lo había hecho así, sino que había esperado a que él regresara.

Cuando Cole volvió a entrar en el salón, estaba con el pecho descubierto y una toalla echada al cuello. Tenía el cabello húmedo y rizado, cosa que sugería que había metido la cabeza bajo el agua helada en uno de los baños. De pijama llevaba unos pantalones de correr deformados color azul marino atados a la cintura con un cordón. No estaba segura de por qué a él le quedaban tan bien las cosas amplias cuando a ella le pasaba exactamente lo contrario.

Estaba magnífico, con esas piernas fuertes y musculosas, y el pecho y los brazos también musculosos. Tenía los hombros anchos y el estómago plano. Parecía totalmente el guerrero que era, y la luz del fuego hacía más profundo su tono cobrizo

natural, dándole el aspecto de una estatua de bronce.

La abuelita, que había estado despierta la última vez, soltó tal suspiro de apreciación femenina que Brooke esperó que Cole no se lo atribuyera a ella.

La abuela les echó una mirada rápida y arqueó una ceja; pero al momento, la muy traidora, fingió estar durmiendo. Brooke cerró también los ojos, pero los abrió justo a tiempo de verlo metiéndose en el saco. Entonces cruzó los brazos por debajo de la cabeza y cerró los ojos. A los pocos minutos su respiración se volvió lenta y rítmica.

Aunque no estuvo segura de por qué, Brooke no pensaba que él estuviera durmiendo tampoco. Y aunque estaba lo más lejos posible de Cole, eso no era suficiente.

Uno por uno, todos acabaron durmiéndose; incluso la abuelita y Calypso. Pero por encima de todos aquellos ruidos, el que oía con más claridad era la respiración fuerte y firme del comandante Standen.

Entonces se dio cuenta de que se sentía totalmente a salvo en aquella casa; protegida de todas las catástrofes que esperaban en los rincones oscuros de esa casa sin electricidad, de ese bosque misterioso al final del camino.

Era un hombre que sabía inspirar esa sensación en los demás: que las cosas podían ir mal, pero no si él estaba al mando. Al menos se sentía físicamente a salvo allí, como si Cole pudiera desviar cualquier peligro que se cruzara en sus caminos.

Tenía el aire de un hombre que había puesto a prueba sus capacidades muchas veces y en muchas situaciones distintas y que había ganado.

Pero aunque Brooke se sintiera físicamente a salvo, su corazón era un asunto distinto. Si ladeaba un poco la cabeza podía ver el contorno de su figura en el sofá, la amplitud de su pecho que subía y bajaba mientras respiraba tranquilamente, la luz del fuego que suavizaba sus facciones duras. Incluso los gestos duros alrededor de los labios parecían menos severos.

Era fácil ponerse a pensar en cosas peligrosas. ¿Qué sabor tendrían sus labios? ¿Qué sentiría si esos brazos inmensamente fuertes la abrazaran?

Se estremeció mientras decidía no continuar pensando de ese modo. Pero cuando cerró los ojos la historia que él le había contado antes empezó a volver, y no porque al final aparecieran los dos fantasmas. La obsesionaba por lo que la historia le decía de él. No era del todo fuerza y rudeza. Había visto su lado tierno en su trato con los niños.

Pero cuando le había contado esa historia, había sentido mucha ternura por dentro, como si él hubiera llamado a un pájaro de un árbol y se lo hubiera colocado en el hombro.

Cole era como ese joven de la historia. Había en él algo salvaje, sin domar. Era un hombre totalmente solo en un mundo que requería fuerza y dureza. Y estaba muy solo en ese mundo.

¿Y sería ella como esa chiquilla? ¿Como Eileen? ¿Una mujer cosmopolita, de otro mundo, pero incompleta por algo que sólo aquel chico podía darle?

¿Qué habría Eileen, una niña rica con vestido blanco y sombrilla, visto en Jimmy, un joven apenas civilizado, con el pelo largo, vestido con pieles y un mapache detrás?

Pero Brooke, que estaba allí despierta, sabía exactamente lo que aquella mujer del pasado había visto en aquel hombre del pasado. Jimmy había sido real. Y toda la creación, incluso los animales y los pájaros, sabían que era real. No le extrañaba que Eileen hubiera permanecido triste tanto tiempo después de su muerte. Después de conocer a alguien tan real, tan genuino, tan sin artificio, ¿cómo podría haberse conformado con otra cosa? ¿Por un mundo en el que las personas, como el marido con quien la habían casado, vendían su alma por ganancias materiales?

Algo real. Era una búsqueda que atraía a Brooke irresistiblemente. ¿Pero no era Los Ángeles, la industria del cine, el mundo de Shauna el más equivocado para buscar esa realidad?

Cuando Brooke había empezado el viaje a aquella zona, hacía más o menos veinticuatro horas, no había esperado verse envuelta en unas circunstancias que le hacían anhelar cosas que no tenía, que le harían cuestionarse sus propias opciones, incluso estudiar su alma.

Ni siquiera sabía cuánto de ese relato de Cole era cierto y cuánto palabrería romántica. Y no porque Cole le pareciera capaz de inventarse una historia romántica, sino porque en el fondo estaba repitiendo una leyenda familiar.

Aun así, de algún modo, era culpa de él que ella no pudiera dormir y que estuviera estudiando su vida con insatisfacción.

Y eso era por su competencia de hacerse con cualquier cosa que la vida quisiera lanzarle. Por su modo de contar esa historia, dotándola de un sentimiento propio a través de su tono de voz.

Ahucó la almohada y se volvió de espaldas a la chimenea y a él. Simplemente estaba cansada de todos los desafíos y experiencias a las que había tenido que enfrentarse. No pensaba a derechas; el cansancio la hacía pensar así.

En ese mismo momento se prometió a sí misma que no pensaba reorientar su vida sólo porque hubiera conocido a un hombre; y menos por haber oído una historia fascinante.

No. Pensaba seguir con el plan inicial.

Al día siguiente él se marcharía. El comandante Cole Standen recibiría el permiso de manos de Brooke. Sin duda la electricidad volvería enseguida y podrían reabrir la carretera.

Pero lo más importante era que él se marchara de una vez por todas. Con él allí, se sentía más segura de lo que se había sentido jamás; pero emocionalmente, más en peligro. Cuando él se marchara, ella estaría dispuesta a recapacitar sobre aquel anhelo que crecía en su interior.

Finalmente, una vez reafirmado su plan, se durmió. En sus sueños una mujer muy bella paseaba por la playa con un mapache a sus pies, y un hombre misterioso vestido de ante la observaba.

Cole se despertó temprano lleno de alegría, silbando una tonada mientras encendía la chimenea. Aparentemente no tenía intención de ponerse una camisa todavía. Brooke se cubrió la cabeza con una almohada.

Los niños no se despertaron poco a poco. Estallaron a la vida. En pocos segundos, la habitación pasó del silencio del sueño al jaleo de los almohadones volando, los chicos peleándose y el bebé llorando. La abuelita se levantó con entusiasmo también, canturreando algo de El Rey león. «¿Puedes sentir mi amor?», decía la canción.

Si Brooke no tenía cuidado, tal vez sintiera también el amor y la felicidad que hervía en aquella habitación. Pero si se permitiera a sí misma sentirlo, tal vez se rindiera y se hiciera adicta a las mañanas como ésa.

Pero por supuesto su misión era cambiar las cosas, aunque esa misión pareció vacilar cuando dejó que los niños la sacaran de la cama a golpes de almohadón. Y vaciló aún más mientras lo ayudaba a preparar el desayuno. Sintió cierto pesar por lo que no había hecho. Por no haber conocido al hombre adecuado y por no tener una casa llena de niños suyos.

El pesar aumentó sólo de trabajar junto a Cole; y se dio cuenta de que podrían formar un buen equipo si ella quisiera.

—Así —le demostró mientras cascaba un huevo con una mano en un cuenco.

Brooke se concentró totalmente e imitó lo que él había hecho. El huevo se rompió, se le manchó toda la mano de huevo y la cáscara cayó dentro del cuenco. Brooke se echó a reír, y al mirarlo vio que él sonreía.

La sonrisa le daba un aspecto endiabladamente apuesto. Tenía los dientes blancos y bien colocados, y los ojos azules le brillaban como la luz del sol sobre la superficie del lago. Sí, tenía que marcharse.

Pero primero todos los niños tenían que probar cascar un huevo con una mano. Al final había más cáscaras que huevo en el cuenco. Cole le asignó a Kolina la tarea de sacar los trozos de cáscara, y ella se quedó encantada con su nueva ocupación.

Finalmente, manchados de huevo y harina, aún muertos de risa, aquel grupo de personas que parecía una familia se reunieron alrededor de la chimenea. Y allí, sentados en pijama, desayunaron beicon, huevos revueltos y galletas.

A pesar del reto que supuso cocinar, la comida quedó perfecta. Y a pesar de su promesa de afianzarse en su malhumor cotidiano de cada mañana, Brooke no pudo resistirse al espíritu alegre, a las risas felices o a las bromas de los chiquillos.

Observó a los niños que se peleaban para estar al lado de Cole, echándolo a suertes para ver quién se sentaba a su lado y a quién le tocaba tal o cual tarea después del desayuno que los llevara a estar más próximos a su rescatador. Los niños adoraban a Cole, totalmente y sin reservas.

Y en cambio él tenía un don para los niños, y sabía estar en un punto medio entre firmeza y afabilidad.

Brooke dejó que el desayuno y las demás tareas de la mañana estuvieran terminadas antes de despedirlo. Si se ponía a apreciarlo todo le resultaría mucho más

difícil.

—Cole, necesito hablar con usted. A solas —le dijo sin mirarlo a los ojos.

Él la siguió al pasillo y se quedaron al pie de la escalera de mármol que había desencadenado todos aquellos eventos.

Ella aspiró hondo y lo miró a la cara antes de desviar rápidamente la mirada.

—Comandante Standen, no sé cómo agradecerle lo que ha hecho aquí.

—Hace un momento me ha llamado Cole, ahora comandante Standen. La última vez que se me puso el vello de la nuca de punta tenía al enemigo entrando sigilosamente en mi campamento con cuchillos entre los dientes y la cabeza llena de malas ideas.

A Brooke le entraron ganas de oír esa historia. Muchas ganas. Quería saber todas sus aventuras, cosas de su familia, de su infancia junto al lago.

Aparentemente la traición aparecía de repente, de cualquier manera. ¿Cómo podría haber intuido que su corazón tenía una vena tan traidora?

Continuó con su discurso ensayado.

—Sé que Shauna querrá recompensarlo de algún modo. ¿Hay algo en particular que le guste?

—En realidad lo que está diciendo me resulta insultante —se cruzó de brazos, y ella se fijó en el movimiento de los músculos de sus antebrazos.

—Se lo diré a Shauna —dijo Brooke, aunque dudaba de que eso fuera a hacer ningún bien.

A Shauna le gustaban los gestos ostentosos. Lo quisiera o no, Cole seguramente se encontraría en posesión de una pantalla de plasma de cuarenta y seis pulgadas o algo parecido.

No la hacía sentirse mejor por lo que estaba a punto de hacer que él se empeñara en ser un hombre honorable, o que tuviera posibilidades de pasar el test de Shauna.

Esos pensamientos sólo conseguían que todo le pareciera peor, más tentador, más confuso, como si su vida bien ordenada estuviera siendo devorada por la fuerza de un torbellino.

—Tengo todas las notas que he tomado —continuó apresuradamente, con la firme intención de ajustarse a su plan—. Así que no hay razón alguna para que se quede. Estoy segura de que tendrá cosas que hacer. Ahora ya me las puedo arreglar sola.

Y dicho eso le echó una mirada disimulada. ¡Pero si parecía a punto de echarse a reír ante su declaración de competencia!

—¿Me está despidiendo? —le preguntó con aquella voz profunda y segura.

Tenía una voz muy sexy; razón de más para despedirlo.

—¡Exactamente! —respondió ella.

Él la miró fijamente. La sonrisa se borró de sus labios.

—De acuerdo —dijo con solemnidad—. Está bien.

Había esperado que él se negara; por lo menos un poco. ¡Vaya! ¡Qué odioso resultaba! Quería marcharse tanto como ella deseaba que se marchara.

—Quiero decir —dijo ella—, sé que seguramente tendrá muchos años de experiencia en estas cosas y que yo sólo tengo unas cuantas notas que he tomado y unas cuantas horas de experiencia, pero creo que puedo con ello.

—Estupendo. Me ha convencido.

Pero se daba cuenta de que no lo había convencido. Él pensaba que volvería corriendo a él en unas cuantas horas, rogándole que la ayudara. Se dijo que seguiría a su bisabuela al lago antes de rogarle nada a ese hombre.

—La electricidad volverá en cualquier momento —dijo ella, sintiendo la necesidad de continuar convenciéndolo, aunque ya había dicho que iba a marcharse.

—Ya...

—¿Bueno, cuánto tiempo han estado sin electricidad?

—Como máximo tres semanas.

—Ah. Sí, es bastante tiempo —sabía que no debía vacilar; tres semanas era lo peor que podría pasarles—. Pero esta vez no tardará tanto en volver. Lo sé.

Él no parecía impresionado con su proceso de deducción, pero no le dio ningún consejo ni propuso quedarse.

—Además, pronto abrirán la carretera —dijo, como si él estuviera discutiendo—. El ama de llaves podrá venir. Ya sabe. Nos traerá pañales; pañales de verdad.

—Así será todo mucho más fácil —concedió él.

La molestaba que se mostrara tan agradable, sobre todo porque parecía como si la encontrara divertida de un modo de lo más fastidioso.

—Quiero decir, si la situación se hiciera insostenible y abrieran la carretera, siempre podría hacer las maletas y llevarme a todos a un hostel o a algún otro sitio.

Entonces se dio cuenta de que no era a él a quien intentaba convencer de su competencia. ¡Era a ella misma!

—Sí, podría, si la carretera estuviera abierta.

—¿Cuál es la vez que más tiempo ha permanecido cortada?

Él se encogió de hombros.

—Diez días. Aunque eso fue por otra cosa.

—Entonces la abrirán pronto, ¿no?

—Momentáneamente —contestó él.

—De acuerdo. Será mejor que continúe.

—Buena idea.

Le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerlo, comandante —dijo Brooke—. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho.

Él le tomó la mano. La tenía fuerte y firme, y Brooke sintió el poder que le transmitía su apretón, como una corriente eléctrica recorriéndole la mano. Le entraron ganas de rogarle que se quedara, pero no porque necesitara su ayuda. Si no porque la tentación de explorar esa sensación eléctrica entre ellos era casi imposible de rechazar.

Sofocada, retiró la mano apresuradamente y agachó la cabeza para consultar su bloc de notas.

—Aja —dijo con gran autoridad, como si acabara de darse cuenta de qué tarea tenía que comenzar antes, antes de darse la vuelta.

—Tía Brooke, dile que se tiene que quedar —le suplicó Saffron con lágrimas en los ojos—. Tú no sabes cuidar de nosotros. No sabes, tía.

—Pues claro que sé —dijo ella sintiéndose insultada aunque dudando al mismo tiempo.

Saffron la miró con cierta suspicacia.

—No le habrás dicho que se marche, ¿verdad?

—¿Es eso lo que ha dicho él?

—No. Dijo que había llegado el momento de marcharse. Dijo que te esforzarías al máximo en cuidarnos.

—Bueno, tiene razón.

—Tía Brooke, tú te ocupas del teléfono y de las cosas de mamá. No sabes hacer nada de esto.

—Sí que sé hacerlo; y tú vas a ayudarme.

Saffron le echó una mirada cínica, como queriendo decirle que no iba a cooperar.

—No quiero ayudarte —le dijo la niña en tono descarado.

Minutos después, Cole se había echado su macuto al hombro y se había marchado. Los niños, con los calcetines en la cabeza, ignoraron sus órdenes y se fueron arriba a jugar. La abuelita no decía nada, escondida tras las pastas de otra novela romántica.

Sólo el bebé la miraba.

—Nada de código marrón hasta después de la comida —le ordenó la nueva y valiente líder.

Lexandra arrugó la cara, se puso muy roja y entonces sonrió de felicidad. Un rico aroma se desprendía de ella.

—Desde luego esto es un motín.

—Sin duda —comentó la abuelita, no sin cierta satisfacción, desde detrás de su libro.

Llegada la hora de la cena, Brooke estaba a punto de volverse loca. Los niños se portaron como monstruos. Les pidiera lo que les pidiera, la ignoraban. Ni quisieron ayudar a fregar los platos ni a hacerse las camas. No quisieron comer la ensalada que había preparado para comer, y no quisieron ayudarla a recoger. Hicieron una guerra de agua en el cuarto de baño de arriba y llenaron el vestíbulo y las escaleras de barro que trajeron de fuera. Además, se pelearon todo el tiempo hasta que a Brooke le dolía la cabeza.

Los niños envolvieron a Kolina de pies a cabeza con un rollo entero de papel higiénico. Tenía que hacer de momia en su juego; les daba lo mismo que la pequeña no quisiera jugar. En cuando Brooke había desenrollado a Kolina, Saffron apareció

de cubierta de varias capas del maquillaje de su madre y anunció que tenía la intención de hacerse un agujero en la nariz con una aguja de coser.

La abuelita quería que le cambiara el vendaje a cada momento y el bebé parecía tener la intención de no dejarse ganar.

Brooke se figuró que por eso le explotó el grill y prendió fuego a la casa. De puro cansancio físico y mental.

Iba a encender el grill para cocinar unos pocos filetes que quedaban para la cena. Se levantó un poco de viento y apagó la llama. ¿Cómo iba a saber ella que el gas continuaba saliendo?

El viento apagó varias de las cerillas que había utilizado para volver a encender la lumbre. Cuando finalmente consiguió que una de ellas no se le apagara, se había acumulado el gas dentro de la cuenca del grill. La explosión la envió volando contra la pared, y observó con horror cómo la tapadera se desprendía de la barbacoa, se elevaba por encima del tejado de la casa para después caer en las aguas fangosas de la piscina cerrada.

Se dio la vuelta y vio cinco caras y la de la abuelita pegadas a la ventana del salón. Bueno, al menos se habían quedado callados.

Aún temblorosa, decidió cocinar los filetes dentro. No estaba muy segura de cómo cocinar sobre el fuego, pero después de consultar sus notas recordó el pequeño lecho de carbón que había a un lado. Desgraciadamente, cuando empezó a mover los pedazos de carbón, uno de ellos se le resbaló sin darse cuenta de la chimenea hasta la alfombra.

Estaba ardiendo cuando Calypso le tiró de la manga y le señaló el trozo de carbón encendido. Le echó encima toda el agua que llevaba toda la tarde calentándose. Tuvieron que sacar la alfombra fuera y hubo que mudar todos los colchones para poder barrer y fregar el suelo.

Horas después, o eso fue lo que le pareció, cenaron cereales secos. Los niños y la abuelita se resistieron a los esfuerzos de Brooke de hacer de ello una parte divertida de la aventura.

Y donde la noche anterior había habido historias y el crepitar alegre del fuego, esa noche sólo había un silencio tenso.

Esperó hasta que todos estuvieron metidos en la cama y la abuelita estuviera absorta en su novela antes de salir del salón de agradable temperatura y subir al baño de invitados.

Hacía frío, y no tenía un calcetín que ponerse en la cabeza. A pesar de que no iba a entrar nadie, echó el cerrojo de la puerta. Así nadie podría oírla. Cerró la tapadera del váter, se sentó y se puso a llorar.

—Ah —exclamó Cole en voz alta.

Estiró las piernas y contempló lo que había hecho con serena felicidad. Tenía una sartén con champiñones cocinándose despacio y una estupenda trucha chisporroteando envuelta en papel de plata.

Un rato antes había oído un camión pasando por la carretera, con lo cual sabía que estaba otra vez abierta. Se debatió brevemente entre ir o no a la ciudad a comprar pañales, pero sabía que no tenía sentido. Brooke Callan no lo apreciaba, y no pensaba intentar ganársela haciéndole favores. Si estaba tan empeñada en hacerlo todo sola, ¿quién era él para disuadirla?

Además, tenía que limpiar el árbol que había caído sobre el camino de entrada a su casa; así que el ama de llaves podría llevarle pañales cuando, o más bien si, apareciera por la casa.

Cole se sirvió una copa de vino tinto de la botella que tenía sobre la mesa de centro. Era un momento maravilloso. Su momento favorito. Silencioso, sereno, sin conflictos. Sin caos, sin niños. Y, sobre todo, sin Brooke Callan.

—Salud —dijo, fingiendo que no le sonaba hueco a sus propios oídos.

Dejó la copa de vino sin probarlo y empezó a preparar el fuego. Lo cierto era que no estaba disfrutando de su momento favorito igual que hacía unos días atrás.

No los echaba de menos; no la echaba de menos a ella. A no ser que fuera como echar de menos un diente después de que te lo quitaran.

Brooke estaría arreglándolas bien en la casa de la colina. En ese momento estarían todos reunidos en torno a la chimenea, terminándose los filetes que les había dejado, preparándose para contar una cuento.

Se dijo a sí mismo que no sentía deseo alguno de estar allí. Ninguno.

De acuerdo. Sentía cierta curiosidad por saber cómo le había salido la cena, o qué clase de cuento les contaría a los niños. Pero nada más.

Probó el vino pero le supo fatal. En realidad no era un gran bebedor, y una de las razones era que le gustaba estar en control.

Un vaso de vino y tal vez se sintiera tentado a explorar en profundidad la razón por la cual el comer solo aquel pescado no era la experiencia que le hubiera gustado que fuera.

Estaba terminando de comerse la trucha cuando oyó unos leves golpes a la puerta. Se puso de pie tan bruscamente que tiró la botella de vino de la mesa. Se preguntó con inquietud si tal vez habría estado esperando aquel ruido. Fue a la puerta sin recoger la botella del suelo.

La abrió, esperando ver a Brooke. Y se le ocurrió que si fuera ella le tomaría las manos, tiraría de ella y la besaría sin esperar a ver su reacción.

Sintió una gran decepción al ver a Saffron a la puerta con uno de sus calcetines en la cabeza y una cazadora de plumón.

—La tapadera de la barbacoa salió volando por los aires —le anunció en tono triste, sin decirle «hola»—. Y prendió fuego a la alfombra.

No tuvo que preguntar quién.

—¿Está todo el mundo bien? —agarró a la niña de los hombros y la miró a los ojos—. ¿Está herida Brooke? ¿Y los niños?

—Aún no —contestó Saffron—. Pero dale tiempo.

Cole no pensaba darle tiempo. Ya le había dado su oportunidad. Metió unas cuantas cosas en su macuto, se subió a Saffron a hombros y echó a andar hacia el camino que atravesaba el bosque.

Intentó convencerse a sí mismo de que estaba fastidiado. Intentó sentir arrogancia. ¿Acaso no había adivinado que ocurriría algo así?

Pero lo que sentía por dentro no era fastidio. Era más bien felicidad. Y no porque ella hubiera fallado; sino porque lo necesitaba.

Se sentía como un hombre que llevara mucho tiempo buscando su camino a casa y que finalmente lo hubiera encontrado.

Cuando llegó encontró la alfombra toda mojada a un lado de la entrada. Los niños estaban en el salón abrazados a la abuela y el fuego agonizando.

—Gracias a Dios —dijo la abuelita nada más verlo—. Bienvenido a casa.

Brooke no estaba.

Pasó junto a ella y añadió más leña al fuego. La abuelita bromeaba; aquélla no era su casa. Y sin embargo la palabra evocaba en él un deseo profundo, un deseo que estaba muy dentro de él.

—Está en el baño de arriba —le dijo Darrance.

Cole se preguntó con nerviosismo si se le habría notado que estaba preocupado por ella.

—Creo que se está cortando las venas —añadió el niño.

—¿Por la alfombra? —preguntó Cole.

Darrance desvió la mirada.

—A lo mejor por la alfombra... —dijo sin mirarlo—. Bueno, es que hoy nos hemos portado un poco mal, sobre todo Calypso. No ha estado bien transformar a Kolina en una momia.

—No fue idea mía —le gritó Calypso a Darrance.

—¡Mentiroso!

—Ahora vuelvo con vosotros —les dijo en tono firme, y los chicos se miraron.

Subió al piso superior y cruzó la casa helada. Siguió el ruido de unos sollozos que lo llevaron hasta el baño de invitados. Santo Cielo. El era un soldado. ¿Qué sabía él del llanto de una mujer?

Llamó levemente a la puerta.

—Saffron, estoy bien —dijo ella, intentando inyectar algo de alegría en su voz—. Sólo necesito unos minutos a solas.

—No soy Saffron. Abre la puerta.

Silencio.

—De verdad, Brooke. Abre la puerta —añadió Cole en tono paciente.

—¿Y si no qué? —dijo en tono de desafío.

—Si no la echaré abajo. Una cosa más que explicarle a tu jefa, además de la alfombra quemada y la barbacoa en la piscina, las toallas y las sábanas.

Pasados unos momentos ella entreabrió un poco la puerta y lo miró.

—¿Entonces no crees que la alfombra se puede reparar?

—Me importa un pito la alfombra. No he venido para hablar de la alfombra.

—¿Para qué has venido? ¡Da igual! ¡Ya lo sé! Para restregarme en las narices el que haya estropeado todo.

Él empujó la puerta, y ella no se resistió. El impulso de besarla se volvió más fuerte. Si lo hiciera ella dejaría de estar a la defensiva. Pero él no era un hombre dado a los impulsos, y se resistió a aquél.

—Quería saber si estabas bien.

—Estoy bien —le dijo ella—. Ya lo ves.

Tenía la cara hinchada de llorar. El traje que llevaba puesto parecía de ante de calidad. A Cole le pareció que le quedaba como un guante. Pero en ese momento estaba mojado y lleno de hollín y vómito del bebé. Se le había soltado la coleta, tenía el pulso rápido y parecía un animal asustado.

De nuevo sintió el impulso, más fuerte esta vez, de besarle los labios. Pero lo controló tocándole la mejilla y retirándole un mechón de la cara.

—Así que ahora puedes irte —le dijo ella.

Él se dio cuenta de que no lo decía en serio. Ni siquiera le había retirado la mano cuando él le había tocado la mejilla. De haber sido un hombre más intuitivo, tal vez se habría dado cuenta esa mañana de que ella no había querido que él se marchara.

¿Por qué había ido? Tenía debilidad para tentar al destino. Se había pasado la mayor parte de su vida haciéndolo. Pero no iba a reconocer que había ido allí tirado por un hilo invisible y poderoso.

—Saffron vino a buscarme.

—¿Ella sola? ¿De noche?

Cole pensó que iba a ponerse a llorar otra vez.

—No importa ya —le respondió él en tono comprensivo—. Lo único que importa es que estoy aquí. Y he venido a quedarme.

Ella alzó la cabeza, pero de pronto la agachó de nuevo.

—De acuerdo.

—No seas tan dura contigo misma —se oyó decir; la agarró de la cara para que ella lo mirara a los ojos—. No quiere decir que seas un fracaso sólo porque se prendió fuego la alfombra.

—Y por mi culpa explotó la barbacoa —añadió con pesar.

—Sólo la tapadera —le recordó él, y su comentario hizo sonreír a Brooke—. Vamos. Empecemos de nuevo. Soy el comandante Cole Standen. Puedes llamarme Cole. Soy un rescatador profesional —le tendió la mano—. Llevo toda la vida haciéndolo. Es lo que mejor se me da.

—Brooke Callan —dijo ella—, damisela en apuros. Parece que es lo que mejor se me da últimamente.

Y entonces se echaron los dos a reír.

—¿Llevas toda la vida haciéndolo? —le preguntó sin dejar de reír.

—Eso parece —le dijo ella mientras le daba la mano.

Debería haber sido un apretón breve y firme; pero ella dejó la mano un poco más, y él no retiró la suya.

Llevaba toda su vida en misiones y aventuras. Pero aquélla era distinta. Aquélla iba a ser una aventura del corazón. Y Cole Standen no era capaz de decidir si eso lo hacía feliz o si le producía pesar.

Capítulo 5

Necesito cambiarme —tartamudeó Brooke, que se miró y se puso colorada—. Estoy toda mojada —añadió mientras se cruzaba de brazos.

Cole se había enorgullecido siempre de ser un hombre de acción, un líder dedicado. Quería decir que jamás le había pedido a nadie que hiciera lo que él mismo no estuviera dispuesto a hacer. Quería decir que había días que se ensuciaba tanto, se golpeaba tanto y acababa tan cansado que caía desmayado. Lo que más le gustaba de su trabajo era que constituía un desafío diario para él, y que este reto lo animaba a ser más fuerte, más listo, más rápido.

Pero de repente, enfrentado a la tentación que suponía Brooke Callan, esperaba más de sí mismo. Quería ser mejor de lo que lo había sido antes. Quería ser más. Y quería sacar lo mejor de ella, en lugar de lo peor, como había hecho hasta el momento.

—¿Qué te parece si te subo un poco de agua tibia? —le sugirió, intentando formar una sociedad que sacara lo mejor de cada uno en lugar de lo peor—. Puedes lavarte y después subiré y haremos un plan.

Se dio cuenta de que hablar en plural la sorprendía. Lo estudió, buscando un motivo.

—Por favor, no seas agradable conmigo —le dijo mientras alzaba la cabeza con orgullo—. Esta mañana he sido muy desagradable, y muy estúpida. Te eché por orgullo y haciéndolo sólo puse en peligro a los niños.

—Sí, eso es cierto.

Ella lo miró, invitándolo a que la criticara. Cuando él ignoró la invitación, ella le dio más razones.

—Estuve a punto de volar la casa entera.

—Bueno, sólo estuviste a punto. A punto estamos muchas veces de hacer cosas que finalmente no hacemos. La casa sigue en pie, ¿o no?

—Pero tú sabías que las cosas podrían ir fatal cuando te pedí que te marcharas.

—Te digo la verdad, de haber sabido que iba a ser así no me habrías sacado de ninguna manera.

—¿Entonces no te vas a marchar?

—Ni hablar.

Tuvo la humildad de mostrar alivio.

—Eso está mejor —dijo con una pequeña sonrisa—. Aunque podrías haberme dicho esta mañana que estaba cometiendo un error.

—¿Me habrías escuchado? —le preguntó Cole con ganas de sonreír.

—Pues claro que no. Habría pensado que te parecería una mujer inútil, de las que más desprecio, por cierto. Y te habría tachado de autocrático y de violento.

—Entonces me alegro de haberme marchado cuando lo hice.

—¿Sabes?, esto sería mucho más fácil para mí si tú fueras desagradable.

—Lo sé.

—De acuerdo, entonces no me lo pongas fácil —se miró los pies y después a él de nuevo—. Lo siento —dijo ella en voz baja.

—Todos cometemos errores, Brooke.

—De algún modo no me parece que tú puedas hacerlo.

Si tuviera idea de que en ese momento él estaba pensando en sus labios, se daría cuenta del error que cometía.

—Deja que te traiga ese agua.

Ella se echó a reír con ganas. Se le iluminó la expresión y resplandeció de belleza.

—Me encantaría, si tuviéramos un poco de agua caliente. Pero la utilicé para apagar el fuego. Y había tardado tanto en calentarse, que incluso dudé antes de usarla. Podría haber...

—Dejemos de pensar en cosas que podrían o no podrían haber sido. Nos olvidamos del agua. Ponte algo seco —le dijo, rezando para que no fuera nada demasiado sexy— y organizaremos a los niños para meterlos en la cama.

Bajó al salón e hizo un rápido inventario. No había agua tibia, muy poca leña y casi no quedaban toallas. Aún no habían retirado los platos de la cena. Los colchones estaban todos mal colocados y el suelo estaba lleno de juguetes. La abuelita lo informó con pesar de que habían cenado cereales sin leche.

Alineó a los niños desde el más alto al más bajo y les asignó a cada uno una tarea.

—¿Y yo? —dijo por fin Kolina, que ese día llevaba un pijama de franela rojo con dálmatas.

Tenía uno de sus calcetines de lana en la cabeza, cubriéndole las orejas, y un aspecto adorable. Sencillamente, le había tomado mucho cariño a esa niña. A todos los niños.

—He dejado la tarea más importante para ti —le dijo mientras se arrodillaba y la miraba a los ojos—. Necesitas guardar todos esos juguetes que hay ahí.

—No son míos —protestó con gesto coqueto mientras aleteaba las pestañas.

—Y cuando termines —continuó Cole, resistiéndose a sus encantos con dificultad—, eliges la historia de esta noche. ¿Tienes libros de cuentos en tu dormitorio?

Ella asintió con entusiasmo.

—Sube a tu cuarto, saca un cuento y vuelve. Estaba pensando que me gustaría leeros uno de conejitos.

—Ah, de conejitos... —suspiró Kolina con embeleso antes de salir corriendo.

—Abuelita, te dejo al cargo del bebé y del fuego.

—Sí, señor.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó Brooke desde la puerta—. ¿Cómo has embaucado así a Kolina?

—Créeme, tengo que trabajar más de la cuenta para no dejarme llevar por sus encantos. Un día va a ser muy peligrosa.

Y, hablando de peligrosa, Cole intentó no mirar fijamente a Brooke. No sabía

cuánto tiempo llevaba allí de pie, pero su aspecto era el de una mujer distinta a la que había dejado hacía una hora casi al borde del colapso, distinta a la mujer que se había mostrado tan empeñada en no ser atractiva el día anterior.

Siempre había sospechado que en ella había una gran capacidad para la verdadera belleza, justo bajo la superficie.

Iba vestida con unos vaqueros que le ceñían las caderas y que le daban un aspecto esbelto como el de un potrillo. El suéter blanco también le ceñía amorosamente el cuerpo y enseñaba un interesante canalillo por su escote de pico. Se había retirado el pelo de la cara y se lo había dejado suelto sobre los hombros. Parecía como si se hubiera retocado con un poco de maquillaje. Los ojos parecían más grandes, los pómulos fascinantes, y los labios como si acabara de pasarse la lengua por encima.

—Vas por buen camino —dijo la abuelita en tono de aprobación, dando voz a lo que se había atrevido a decir en voz alta.

Cole se recordó así mismo que debía primero restaurar el orden. Entonces tendría que trabajar para que Brooke recuperara la confianza en sí misma. Aunque no estaba seguro de que besarla hasta que le rogara que parara encajara en ese plan. Seguramente no encajaba.

—Seguramente, nuestra primera prioridad sea el agua tibia —dijo, obligándose a retomar el camino adecuado—. Y si pudieras quitar de en medio esos platos, seguramente cocinaré el resto de los filetes antes de que se estropeen.

—Estoy segura de que todos tienen hambre —concedió Brooke—. No hemos cenado mucho.

—Cheerios sin leche —le dijo la abuelita, con cara de estar a punto de contarle todos los desastres que habían ocurrido ese día.

Cole le echó una mirada como diciéndole que ya había oído bastante, y la abuelita, en lugar de mostrarse pesarosa, sonrió con malvada delicia, como un gato que acabara de tragarse un canario.

Cole tomó a Calypso y salió fuera. Sacó un garfio largo y se lo dio al niño para que intentara sacar la tapadera de la piscina.

A pesar de que se había desprendido la tapadera, no parecía que el daño hubiera sido tan grande como lo había imaginado. La presión debía de haber estallado hacia arriba, y el cuerpo de la barbacoa estaba en perfecto estado. Cole comprobó y ató todas las conexiones. La primera vez que intentó encenderla, lo hizo sin problema. Entonces la apagó y fue hacia la puerta.

—¿Brooke?

Ella apareció enseguida.

—Ven. Estamos intentando encender otra vez la barbacoa.

Ella se retiró un poco.

—No. De verdad. Estoy ocupada —alzó un trapo—. ¿Ves?

No era el momento de discutir o de pelearse.

—Sal, ahora mismo —le dijo en tono frío y autoritario.

Ella abrió la boca, pero entonces aspiró hondo, dejó el paño a un lado y fue adonde estaba él.

Aquello era lo que Cole sabía: el espíritu humano podía ser frágil; el miedo podía romperlo.

Así que le enseñó la barbacoa; le explicó cómo funcionaba, cómo había explotado la tapadera y cómo prevenir explosiones en el futuro. Le enseñó a comprobar que todas las conexiones estuvieran bien apretadas y a detectar los escapes de gas.

Olía bien. No llevaba perfume, pero olía a jabón y a algo más, sutil y dulce, que sólo podía atribuirlo a su propio aroma de mujer.

Finalmente le dio las cerillas y se metió en la casa, supuestamente para sacar un poco de leña, pero sobre todo para que ella se enfrentara sola a ese miedo.

La observó desde la cocina y vio que estaba temblando mientras contemplaba la barbacoa. Ella miró un momento a Calypso con preocupación. Pero entonces aspiró hondo y giró la válvula para dejar salir el propano. Lo cerró rápidamente, aspiró hondo otra vez y entonces encendió una cerilla.

Ella abrió la válvula, la barbacoa se encendió y finalmente Brooke se echó a reír. Y entonces lo pilló mirándola por la ventana.

Cole salió con un plato lleno de filetes, como si nada hubiera pasado. Ella seguía con la misma naturalidad.

Pero los dos sabían que había pasado algo importante.

Ella le devolvió las cerillas, y al hacerlo le rozó la mano y la retiró inmediatamente.

Fue y se arrodilló junto a Calypso al borde de la piscina, dándole a Cole una vista sorprendente de las curvas perfectas que ceñían aquellos pantalones.

Mientras se inclinaba sobre la piscina, Cole vio durante unos momentos quién era Brooke en realidad. Era una mujer tan llena de vida, tan alegre... Como no podían llegar a la tapadera, le echó un poco de agua para moverla y que Calypso pudiera finalmente alcanzarla.

Calypso le llevó la tapadera a Cole, enganchada con el garfio, como si fuera un trofeo. Y mientras la colocaba de nuevo en su sitio, Cole se dio cuenta de pronto de que Brooke era tan consciente de él como él de ella. No pudo resistir el impulso juvenil e innecesario de flexionar y endurecer sus músculos mientras colocaba la tapadera, y lo que vio en su cara lo dejó satisfecho.

Brooke se quedó con la vista fija en los músculos de los brazos de Cole mientras ajustaba la tapadera de la barbacoa. Era un hombre de mucha belleza. Pero más que su cuerpo, lo que más le gustaba era la belleza de su espíritu.

Se pasó la lengua por los labios, lo sorprendió mirándola y desvió la mirada. Pensó en algo que hubiera que hacer dentro de la casa.

Pero cuando entró, se dio cuenta de lo que Cole Standen estaba pidiéndole que hiciera. Le estaba pidiendo que confiara en ella. Y sobre todo le estaba pidiendo que confiara en sí misma. Y no sólo con las barbacoas. Le estaba pidiendo que se mirara

por dentro y que averiguara lo que había allí dentro en realidad.

Y con eso, finalmente le había plantado cara al miedo y le había ido bien. ¿Podría aplicar esa misma lección a otras partes de su vida?

Era tarde cuando se sentaron todos alrededor de la chimenea y se pusieron a comer los filetes con apetito. Brooke estaba sentada en la piedra delante de la chimenea junto a Cole, consciente de su musculoso muslo rozando el de ella.

—Esto es mejor que los cereales —dijo Saffron a Brooke en tono burlón.

—Si me hubieras hecho caso a lo mejor no habrían sido cereales —le dijo Brooke en tono casual, con los ojos cerrados mientras saboreaba el filete y el aroma que despedía Cole; un aroma a hombre, limpio y fuerte.

De pronto fue consciente del incómodo silencio y abrió los ojos. Todos los niños la miraban con los ojos como platos.

—¿Nadie le hizo caso a Brooke? —dijo Cole con demasiada naturalidad.

—Yo sí —respondió Kolina.

—¡De eso nada! —continuó Saffron—. Cuando Brooke te dijo que dejaras de saltar en el sofá con los pies llenos de barro, le sacaste la lengua y le dijiste una palabrota.

—Estoy segura de que te equivocas, Saffron —dijo Brooke.

—¡Ni hablar!

—Me enrollaron toda con papel del váter —le recordó Kolina con desesperación a Cole—. Pobre Kolina.

—Tú tampoco te portaste tan bien, Saffron —dijo Darrance—. Estabas poniéndote el maquillaje de mamá en lugar de ayudar con la comida, y dijiste que ibas a hacerte un agujero en la nariz con una aguja de hacer punto.

—Con una aguja de coser —lo corrigió como una sabelotodo, entonces le echó una mirada asesina al darse cuenta de que había reconocido que era culpable.

—Todos sabíamos que no ibas a hacerte un agujero en la nariz, Saffron —le dijo Brooke.

Miró a Cole. Había fruncido el ceño y tenía los ojos cerrados mientras los miraba de uno en uno. Su gesto intimidaba mucho, y cuanto más callado estaba, más hablaban los niños, intentando cada uno redimirse a expensas de uno de sus hermanos.

Cole permanecía serio, escuchando, y Brooke pensó por la dureza de su expresión que estaba muy enfadado con los niños. Pero entonces, cuando le rozó el hombro con el suyo, sintió cierto temblor. Y cuando se volvió a mirarla vio que estaba a punto de echarse a reír al tiempo que las historias se volvían más intrincadas e imposibles.

Finalmente alzó la mano.

—Ya he oído bastante. Todos os habéis portado mal. Todos vosotros, con las posibles excepciones de Lexy y la abuelita.

Brooke vio que la abuelita intentaba disimular su culpabilidad, a pesar de lo mucho que había disfrutado de la rebelión de los niños.

—Lexy no ha sido tan buena —dijo Calypso—. Hizo un código marrón y vomitó. ¿Tenemos algún código para eso?

—Aún no —respondió Cole—. ¿Sabéis?, debo deciros que estoy muy descontento con vosotros. Necesitabais juntaros y ser un equipo, y no lo habéis hecho.

Los niños se quedaron chafados.

—Fuisteis desagradables con Brooke, cuando lo único que ella quería era ayudaros.

Kolina se echó a llorar.

Cole la tomó en brazos y ella se acurrucó sobre su pecho y empezó a chuparse el pulgar.

—¿Y bien —dijo Cole—, qué os parece que debo hacer al respecto?

—Darles unos azotes —dijo Kolina, sacándose el dedo un momento—. A ellos, no a mí —se metió el dedo otra vez en la boca.

—Bueno, entiendo por qué de vez en cuando quieran momificarte —le dijo Cole—. Y no me gusta dar azotes —añadió—. ¿Alguna sugerencia más?

—Podría castigarnos —dijo Saffron con demasiado entusiasmo.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Cole.

—Nada de llamadas de teléfono. Nada de televisión. Ni vídeos ni música —le explicó Saffron.

—No tenemos electricidad —le recordó Cole—. No podemos tener ninguna de esas cosas.

—Ah.

—¿Y tú, Calypso, se te ocurre algo?

—Sí. Vamos a atar a Darrance a un árbol y a turnarnos para golpearlo con un palo. Y cuando terminemos con él.

—Ya basta. Ya he oído suficientes cosas —se apresuró a decir Cole—. ¿Brooke, querías decir algo?

Ella sacudió la cabeza. Si abría la boca se echaría a reír.

—De acuerdo. Esto es lo que pienso. Esta noche, todos tenéis que disculparos por lo mal que se lo habéis hecho pasar a Brooke —alzó la mano y todos empezaron a asentir con entusiasmo—. Y mañana, todos tendréis que servir a Brooke. Le llevaréis el desayuno a la cama, y cualquier cosa que os pida. Y tenéis que ocuparos del código marrón.

De pronto se quedaron todos en silencio.

—¿De acuerdo? —les preguntó Cole.

—De acuerdo —murmuraron el uno detrás del otro.

—Estupendo —continuó con rapidez—. Kolina ha elegido por nosotros el cuento de esta noche. Se llama Barney, el bebé del señor Conejito.

—¿Esto es parte del castigo? —le preguntó Calypso, pero se acercó tanto como los demás.

—¿Saffron, podrías leerlo? —le pidió Cole, y entonces se levantó y salió rápidamente de la habitación.

Si iba detrás de él, estaría diciéndole que sí iba a confiar en él, a confiar en sí misma, a confiar en la vida.

—Ahora mismo vuelvo —dijo Brooke, que se tuvo que morder la lengua para no reírse.

Salió de la habitación detrás de Cole, a quien se encontró en el pasillo intentando ahogar su risa. Él se puso derecho y la miró con seriedad un momento, sabiendo muy bien a qué le estaba ella diciendo que sí.

La agarró de la mano y la sacó fuera, al césped. Y cuando estuvieron lo bastante lejos de la casa, se echó a reír como un loco. Y ella hizo lo mismo. Y rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Finalmente le echó el brazo al hombro y volvieron a la casa. Le gustaba sentir su brazo sobre su hombro; un brazo fuerte y cálido.

—¿Estás segura de que podrás entrar con la cara seria? —le preguntó él a la puerta.

—Creo que sí, mientras que tú no repitas una de esas tonterías que han dicho los niños.

Se echaron a reír de nuevo, y así tuvieron que esperar unos minutos más antes de volver a entrar.

Una hora después, Brooke y Cole estaban sentados juntos en el sofá, después de que los niños se echaran a dormir. Cada uno de ellos le había pedido disculpas.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó a Cole.

Le encantaba la solidez de su compañía, esa sensación de bienestar que le transmitía. ¿Estaría equivocada o aquel hombre sacaba lo mejor de sí misma?

—¿Por qué a ti te escuchan y a mí no? —preguntó ella.

—Porque tengo muchos años de práctica. Escoge a la líder del grupo, que en este caso es Saffron. Si te la ganas a ella, te ganarás a todos.

Él se encogió de hombros.

—Está científicamente probado que los niños y los animales responden a las voces masculinas con más respeto que a las femeninas. A las feministas las vuelve locas, pero así es la naturaleza.

—Quieren escucharte. Se mueren porque tú les des su aprobación.

Él miró hacia los niños que dormían y sonrió. Estaba tan guapo sonriendo de ese modo... Era un recuerdo que saborearía para siempre.

—Llevo muchos años ejerciendo puestos con liderazgo —dijo él—. Algunos de los hombres con los que he trabajado no me parecían, desgraciadamente, mucho mayores que estos niños.

—Los niños no sólo te respetan. Te adoran. A mí me detestaron ayer.

—No es cierto. Te pillaron por banda, decidieron que no eras peligrosa y te zarandearon a su gusto. Todos los sargentos y todos los maestros de escuela saben el

mismo truco: que hay que empezar siendo más malo que un dolor. Después puedes suavizar tu postura, pero no ponerse duro si has empezado siendo blando.

—¿Entonces es demasiado tarde para hacerme respetar?

—Conmigo empezaste siendo muy dura —le dijo en tono de aprobación—. Ahora ya puedes ser agradable. Sé que estás hecha de acero bajo toda esa belleza.

Ella se echó a reír.

—No soy bella.

—¿No?

—¿Quieres ver belleza? Espera a ver a Shauna —aunque lo dijo en tono ligero, Brooke sintió cierto ahogo al decirlo.

—Creo que ya he tenido el placer. El verano pasado. En mi playa —dijo Cole.

—¿Y bien?

Se encogió de hombros.

—Vamos —dijo ella.

—Mira, no quiero decir nada malo de tu jefa —empezó a decir Cole.

¿Algo malo? ¿De Shauna? Sabía del incidente en la playa, pero quería oír su punto de vista. Era algo raro encontrar a alguien que se enfrentara a Shauna de algún modo. De pronto sintió cierta esperanza de que el imposible test de dos partes de Shauna pudiera ser superado.

—Esto quedará entre tú y yo —le prometió ella.

—Pues..., estaba tumbada en mi playa, justo debajo de una señal que decía «Propiedad privada. Prohibido el paso». Pero parecía que para ella no contaba. Se había abierto el top, iba muy maquillada y llevaba uñas de porcelana. Iba muy peripuesta, con el pelo de peluquería. Y se comportó como una niña mimada —se echó a reír—. Pero ni siquiera todo ese maquillaje pudo ocultar lo colorada que se estaba poniendo cuando su marido la arrastró hasta la canoa. Me dio la impresión de que a esa mujer le han dicho que no muy pocas veces en su vida.

Brooke sonrió para sus adentros. ¡Prácticamente había pasado el primer test! ¡Se había resistido a la belleza de Shauna! Aun así, ella había estado acompañada por Milton, y no había intentado poner a prueba a Cole en ese sentido. Brooke no pudo de pronto evitar sentirse cínica.

—Vamos, nadie en el mundo puede resistirse a ella.

—Si tú lo dices —dijo él—... Eso fue lo que pareció pensar ella, también. Creyó que podía quedarse en mi playa sólo porque estuviera muy bien en biquini y porque supiera aletear las pestañas —se echó a reír—. Bien pensado, Kolina se parece mucho a ella.

—¡Bueno, Shauna tiene loco al resto del mundo por eso que tú has dicho! Los famosos consiguen de verdad lo que quieren.

De pronto Brooke se sintió culpable por estar hablando de su jefa.

—La verdad es que es una muy buena actriz.

—Eso es bueno —dijo él sin demasiado interés—. Me gustan las cosas buenas,

pero cada uno con lo suyo.

—¿Has visto alguna de sus películas?

De haber visto alguna, sería mucho más susceptible a sus encantos.

—¡Te reirías si supieras las pocas películas que he visto! La última fue, esto, Bailando con lobos. No tengo mucha imaginación. En mi mundo, eso no funcionaba.

De pronto Shauna y su mundo le parecieron muy lejanos. Y lo que más le apetecía a Brooke era conocer su realidad.

—Háblame de tu mundo.

—Qué va, da igual.

—No, en serio —insistió ella.

Él la miró sorprendido, vaciló y entonces cerró los ojos. De pronto ella se dio cuenta de lo solo que estaba.

Y entonces él la sorprendió al empezar a hablar. Tenía la voz suave, y con su relato la llevó a más sitios de los que ella había estado en su vida. A sitios reales. A mundos partidos por la mitad. Le contó historias de coraje, de penurias y de dolor. Le habló del triunfo del espíritu humano en condiciones horribles.

Dejó de hablar repentinamente y la miró, como si sintiera vergüenza.

—Lo siento. Te estoy aburriendo.

—En absoluto —respondió ella.

Y lo decía en serio. Más que aburrida, le encantaba aquel lado del hombre.

Cambió de tema, y ella notó que no estaba acostumbrado a hablar de él mismo.

—¿Así que todos los niños fueron nombrados por alguna película que hizo la madre?

—Sí. ¿No te parecen estupendos? —respondió Brooke.

—Mmm. Saffron me suena a un pollo que comí en India, y Calypso parece fascinado con la violencia, que seguramente será por tener que defenderse en el colegio —dijo Cole.

—No van a un colegio tradicional. Aprenden por vídeo —le explicó Brooke.

—Pues peor me lo pones —respondió él.

—No podrían ir a un colegio normal. Sobre todo siendo su madre quien es.

—No, supongo que no —contestó él.

—No te parece bien, ¿verdad? —dijo Brooke.

—¿Y qué importa lo que a mí me parezca? —le preguntó Cole.

—Supongo que me gustaría saber tu opinión —respondió ella.

—Creo que los niños deberían tener una infancia normal. Colegio. Equipos de béisbol. Campamentos de verano. Esas cosas.

—Por eso compró este terreno en el campo. Es un secreto. Los niños no tienen una cámara enfocándoles la cara cada vez que salen. Aquí no vienen reporteros. Incluso intenta no tener demasiado personal aquí. No quiere que a sus hijos los eduquen personas extrañas.

—Pues creo que es más de lo que su anciana madre puede atender —dijo en voz

baja para que la abuelita, que seguramente estaría atenta, lo oyera.

—Suele venir un ama de llaves durante el día. Y una niñera.

—Necesita más seguridad.

—Y tú serías la persona perfecta para el trabajo, ¿verdad?

Él ni siquiera abrió los ojos.

—No. Estoy retirado. Y soy demasiado malhumorado.

De pronto Brooke se sintió demasiado cansada. Había soportado la rebeldía de los niños y había estado a punto de volar la casa.

Era suficiente por un día. Y después de oír las historias de Cole, le parecía como si estuviera arriesgando también su corazón.

—Me voy a la cama —dijo mientras se levantaba del sofá.

Él la agarró de la muñeca; tenía los ojos muy abiertos, muy alertas. Tiró de ella y Brooke se tambaleó un poco hacia delante; lo suficiente para que él se pusiera de pie y le rozara los labios con los suyos.

Brooke se retiró y lo miró muy sorprendida.

Aquel roce tan leve de sus labios había sido como una caricia de electricidad, mucho más temible que la explosión de la barbacoa o que la alfombra que se había quemado.

—¿Por qué has hecho eso? —le susurró mientras se tocaba los labios.

—Quería saber cómo sabía tu boca —le susurró él a su vez.

Ambos oyeron una risotada ahogada. Brooke le echó una mirada rápida antes de meterse bajo las mantas, totalmente vestida.

Aunque estaba exhausta, le costó dormirse. Cole la había besado. Había sido horrible con él, un fracaso completo, y esa noche sus labios le habían dicho que nada de eso importaba.

Sentía como si él la viera de verdad, de un modo que nadie más la había visto. A la verdadera Brooke Callan.

Aquello no podía estar ocurriéndole a ella. Y sin embargo no podía negar la felicidad que le producía sólo de pensarlo. Aunque habría sido mucho más feliz si su relación con Cole Standen se desarrollara sin el escrutinio de la abuela. ¿Pero de verdad podía llamársele una relación? ¿O acaso esos besos no significaban nada?

—Mañana te pruebas el salto de cama rosa —le susurró la abuelita.

Ella se estremeció. ¿Pasaría Cole el test de Shauna?

Capítulo 6

Cole Standen estaba tumbado en el sofá, sin poder dormir. Había dormido en los sitios más incómodos imaginables, de modo que no podía echarle la culpa al sofá. Lo mejor era plantarle cara a la verdad, a que la había besado.

Pero no había sido el beso apasionado que le hubiera gustado darle. La había besado con suavidad, con un beso que lo había dejado poco satisfecho, anhelando más. Porque ese beso le había confirmado parte de lo que ya sabía.

Su beso tenía el sabor de la miel salvaje, y desde luego eso era ella, dulce e indómita al mismo tiempo. Compleja y sencilla; inocente y seductora a la vez. Brooke Callan era una contradicción deliciosa detrás de otra.

La conocía mejor de lo que debería después de haber estado tan pocos días con ella. Pero eso tenían las emergencias. Te mostraban el espíritu de una persona. También había visto mucho de ella al ver el modo en que jugaba con los niños. Quería que el mundo creyera que era una ejecutiva dura, pero los niños y los perros siempre eran capaces de olisquear el carácter de una persona. Los niños habían adivinado su dulzura, y los pequeños diablillos se habían apresurado a aprovecharse de ello también.

Se hizo miles de preguntas; ¿cómo habría sido de niña? ¿Qué la había llevado a elegir la profesión que tenía en ese momento? Pero evitó cuidadosamente la pregunta que intentaba llamar su atención.

¿Hacia dónde iba todo aquello? Aparte de dar vueltas y vueltas en su cabeza. Al final se durmió, pero había dormido mejor en sitios donde las metrallas no dejaban de funcionar en toda la noche.

A la mañana siguiente Cole se despertó con los ojos grandes y azules de Kolina delante de él, a pocos centímetros de su cara.

La niña sonrió, totalmente feliz de que él hubiera decidido despertarse y estar con ella.

—¿Conejito? —le dijo en tono esperanzado, mientras levantaba el libro de cuentos.

Cole le echó una mirada a Brooke, que estaba enrollada como una salchicha. Tenía la cabeza apoyada en la almohada, el pelo revuelto y el maquillaje que se había puesto el día antes corrido.

Estaba preciosa; mucho más de lo que jamás podría estarlo su jefa.

—¿Señor Conejito? —le insistió Kolina.

¿Y quién podía resistirse a ella? Así que Cole le leyó el cuento, y poco a poco los demás niños fueron despertándose y acercándose al sofá.

Pero él estaba sobre todo pendiente de Brooke, del aleteo de sus pestañas, de sus bostezos. Sorprendida entre el sueño y la vigilia, frunció el ceño y se cubrió la cabeza con la almohada.

Notó que se asomaba con disimulo por debajo de la almohada y le guiñó un ojo.

Lo malo de tener que llevar un romance en presencia de cinco niños y una abuela era que resultaba imposible. Uno siempre tenía a alguien mirándolo. Había que hacer un montón de cosas, y desde luego no había tiempo para explorar el misterio de sus ojos.

Pero... ¿un romance? Le tocaba a él el turno de fruncir el ceño. La palabra «romance» no estaba en su vocabulario. Pero sí que daba respuesta a la pregunta a la que aún no había dado forma.

¿Acaso iba camino de ser un romance? No podía ser algo tan serio, tan formal. Tal vez una amistad, una asociación, sí.

Le miró los labios. Sí. Iba camino de ser un romance. Quería enamorarla.

—Como si pudiera —se dijo para sí.

Enamorarla requeriría tomar una decisión decisiva. Un romance, una relación, no era algo en lo que uno se metía sin querer. ¿O acaso sí?

—Eso no lo dice —dijo Kolina molesta, ya que había memorizado cada palabra del cuento.

—No, no lo dice —dijo Cole en tono de disculpa.

Cole se sorprendió ante el giro rebelde de sus pensamientos. El romance y otras palabras de esa familia eran para los hombres jóvenes, para los que tenían energía para ello. Hombres que sabían de flores y de palabras dulces, de salir a cenar y a bailar. Francamente, sólo de pensarlo sentía estremecimientos.

«¿Por qué no rendirse?», le dijo una voz en su interior. «¿Por qué no ver hacia dónde iba aquello?»

Porque no era así como había llevado su vida. Su vida había sido una serie de eventos planeados, controlados. La palabra «rendirse» no había estado en su vocabulario.

Al menos hasta hacía unos días, cuando esos niños habían llamado a su puerta. Hasta que esos niños no habían llamado a su puerta, no se había dado cuenta él de lo solo que estaba.

Era una pequeña familia que le hacía desear cosas que nunca había deseado. ¿Quién habría dicho que la risa de unos niños podría derretir de tal modo el corazón de una persona?

¿Y quién le habría dicho que el mirar a una mujer, el aspirar su aroma, el rozarle el muslo con el suyo, podrían hacerle a uno sentirse tan lleno de vida, de esperanzas, de todas las posibilidades que encerraba el nuevo día?

Todo parecía llevarlo de vuelta a sus labios.

Con una última mirada, se obligó a levantarse para preparar el desayuno. La noche anterior se había metido en la cama totalmente vestida, al igual que salió en ese momento para ir a ayudarlo. Tenía toda la ropa arrugada, con el pelo revuelto, el maquillaje corrido, y aun así le gustaba. Le gustaba preparar el desayuno y ver cómo los niños la respetaban.

—Hay que bañar al bebé —le dijo ella después de retirar los cacharros del

desayuno—. No sólo con la esponja, sino un baño en toda regla.

—Bañar a un bebé no es mi departamento —le dijo él.

—¿Por qué no? —le dijo mientras se cruzaba de brazos.

—Estas manos han cargado con rifles, han cambiado ruedas pinchadas, han cortado leña. Cosas de hombres.

Ella le miró las manos con un anhelo extraño en su mirada; un anhelo que le hizo pensar en las ganas que tenía de explorar cosas más tiernas y suaves.

—Es un trabajo de dos —dijo ella con firmeza—. Los bebés mojados son resbaladizos.

—La primera noche ya me enteré de lo resbaladizos que son los bebés a veces. Pero fue por algo peor —dijo, sabiendo ya que bañaría al bebé con ella

—Bueno, entonces será muy fácil para ti, comandante.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo él, fingiendo exasperación.

Pero cuando Brooke lo miró y le sonrió, él supo que ella había visto que estaba diciendo que sí a algo más que bañar a un bebé.

—De acuerdo —dijo Brooke un poco tiempo después, arrodillándose delante del calor de un fuego delante del cual había un montón de cosas: baño de plástico, un par de toallas, crema de pañal y polvos de talco.

Vertió agua caliente en el baño de plástico y comprobó la temperatura con el codo.

—Pruébala —le pidió a Cole.

Él metió el codo y le pareció bien; claro que la piel del bebé era mucho más fina que la suya, tan dura y curtida.

—Decide tú —le dijo Cole.

—Esta perfecta —decidió ella.

Los dos juntos tuvieron que agarrar al bebé, que movía las piernas descontroladamente. Lexy arrulló con delicia cuando la metieron en el agua.

Y como con el agua jabonosa el bebé estaba muy resbaladizo, Cole sostuvo a la niña mientras ella la lavaba por todas partes. Cole miró a Brooke a la cara. La ternura que vio reflejada allí le hizo desviar rápidamente la mirada.

Pero no antes de sentir el sutil magnetismo de un camino que no había tomado. Se había perdido todo eso por elegir la profesión antes que la vida familiar. Y por primera vez en su vida entendía lo que había perdido y contemplaba la encrucijada en la que se encontraba. ¿Podría un hombre elegir de nuevo?

Lexy no paraba de chapotear de contenta. Cuando hubieron terminado el baño del bebé, lo envolvieron en una toalla, pero Cole y Brooke terminaron empapados.

—Yo la visto; tú vete a cambiarte —dijo medio refunfuñando.

Acababa de terminar de ponerle el pijama a la niña cuando oyó que se abría la puerta de entrada de la casa. Tomó al bebé en brazos y fue a ver qué sorpresa había decidido la vida darle esa vez.

Lo primero que vio fueron dos paquetes de pañales. Dos mujeres de mediana

edad, cargadas con bolsas de comida, entraban en la casa, llenas de energía y buen humor. Ninguna de ellas era una actriz de cine.

Se presentaron. Una era Monique, el ama de llaves, y la otra Brenda, la niñera.

Brooke bajó por las escaleras; se había puesto unos vaqueros y una camisa blanca abotonada delante y con las mangas subidas. Estaba claro que conocía a las mujeres, porque les dio un abrazo para saludarlas.

—No puedo creer que aún no tengáis electricidad —dijo Monique—. El equipo que estaba reparando los palos de la carretera dijeron que terminaron el último ayer.

Por probar, la mujer accionó el interruptor y el candelabro de la entrada se encendió.

Cole sintió que se ponía colorado. ¿Cómo era posible que él, el experto en desastres, no hubiera comprobado si había luz esa mañana? Y por no hacerlo habían tenido que continuar haciéndolo todo de la manera más dura.

Estaba tan contento... Y supo que por esa razón no había comprobado si había vuelto o no la luz. Porque en realidad no hubiera querido que volviera.

La falta de electricidad era la excusa para estar juntos; el pegamento que los unía. En cuanto tuvieran electricidad, y ya la tenían, además de toda esa ayuda que acababa de llegar de la población más cercana, Brooke ya no lo necesitaría. Su relación, si podía llamarse así, estaba basada en que él la rescatara y en la necesidad de ella de ser rescatada. ¿Y desaparecida la necesidad, quedaría algo? Le parecía una base dudosa para un romance.

En realidad, Brooke ya no lo necesitaba más.

Sus ojos buscaron los de ella por encima de las cabezas de los niños, que habían bajado las escaleras a toda velocidad y bailaban dando vueltas en el vestíbulo para celebrar que había vuelto la luz.

Pero Brooke parecía tan desconsolada por aquel progreso como se sentía él.

Los niños, sin embargo, no compartían aquella sensación de pérdida con ellos.

—Me voy a dar una ducha de una hora —gritó Saffron—. Y después me voy a secar el pelo con el secador. Y a rizármelo con las tenacillas...

—¡Y yo a jugar con la Nintendo! —anunció Calypso con entusiasmo, y corrió hacia las escaleras.

Darrance salió de entre las bolsas de comida que habían dejado en el suelo.

—¡Yo pongo la pizza en el microondas!

—¿Funciona la tele? —preguntó Kolina a su niñera—. ¿Puedo ver 101 dálmatas?

—Primero voy a encender la calefacción y después te pongo la película.

A los pocos segundos, el calor salía ya por los dispositivos del suelo.

Cole observó mientras los niños se iban cada uno por su lado, esos niños que se habían convertido en unas personas tan importantes para él. Esos niños que lo habían necesitado. De pronto ya no lo necesitaban.

De pronto Brooke y él se quedaron solos en el vestíbulo.

—Creo que me gustaba más antes —le dijo ella, dando voz exactamente a lo que

él sentía.

—Vamos —le dijo Cole—. Me apuesto a que te mueres por darte un buen baño caliente.

—Ja. Pasarán horas hasta que haya bastante agua en el depósito para Saffron y los demás.

—He notado esto antes —dijo Cole, señalando el vestíbulo vacío—. La electricidad lo cambia todo. Si vas a un pueblo donde no hay electricidad, las familias están todas jugando juntos, y por la noche se reúnen en la plaza del pueblo para oír contar cuentos. En cuanto la electricidad llega a una sociedad, cada uno se queda en su casa y ve la tele.

—Y juega a la Nintendo —le dijo ella en tono suave.

—Quiero decir, uno no puede regresar en el tiempo. Eso lo sé. Aparte de algunos momentos aislados —dijo Cole.

—Me alegro de haber estado aquí unos de esos momentos aislados —le dijo en voz baja.

¿Pero qué estaba diciendo? ¿Que él le gustaba? ¿Que tal vez, incluso con la luz encendida, aquello que parecía haber nacido entre ellos podría ser investigado?

Pero no tenía ningún deseo de explorar en ese momento esa debilidad. En lugar de eso, hizo lo que mejor podía. Ocultó sus sentimientos con la acción.

—Mira, voy a subir esos colchones arriba, y después me gustaría llevar a la abuelita a la ciudad a que la vea el médico. Estoy seguro de que está bien, pero prefiero que el médico le eche un vistazo.

Ella asintió con solemnidad, sabiendo que aquellas eran las tareas previas al adiós.

—Yo también debería ir a por mi coche —dijo, utilizando esa excusa para ocultar aquellos sentimientos tan desagradables—. Te ayudaré primero con los colchones.

Quería decirle que no, que no quería su ayuda, pero de algún modo no pudo con una mentira de tal magnitud. Quería estar con ella, si pudiera ser durante un rato más.

De algún modo, después de mucho resoplar, consiguieron subir los colchones, cada uno a su cama. Monique entró detrás de ellos.

—¿Dónde están todas las sábanas limpias? Y no encuentro ni una sola toalla.

El ama de llaves los miró anonadada cuando Brooke y Cole se echaron a reír como locos.

—Compraré unos cuantos juegos cuando vaya al pueblo a llevar a la abuelita —dijo Cole—. Pero no van a ser de la Casa de Bruce.

—Bryan —lo corrigió Brooke, y los dos se echaron a reír otra vez.

Cuando Cole fue a buscar a la abuela, que estaba en su dormitorio con el calentador a toda máquina y pegada a la tele, la mujer se negó a ir al pueblo.

—Tendrá que esperar a mañana. Ya me he perdido tres capítulos de mi serie favorita, y han pasado un montón de cosas.

—No lo dirás en serio —le dijo Cole.

Ella lo miró con astucia.

—¿Sabes lo que creo? —le dijo, pero no esperó a que él le diera permiso para continuar—. Creo que deberías pasar el día con Brooke. Es buena chica, pero demasiado seria y está hecha puré. Invítala a pasar el día fuera, para que se relaje un poco. Y hazla reír, por amor de Dios.

Él mismo tenía de pronto ganas de sonreír. Después de todo, todavía lo necesitaban. Y hacer reír a alguien no era lo mismo que enamorar a esa persona, aunque estuvo seguro de que percibió un brillo especial en los ojos de la abuelita. ¿Estaría haciendo de casamentera?

—Tal vez lo haga —dijo, tratando de que la emoción no lo delatara—. ¿Pero quién te va a llevar al médico?

—Ah, puede hacerlo Monique. Así charlaremos del culebrón y podrá contarme lo que haya pasado en los capítulos que me he perdido.

Cuando bajó se encontró a Brooke en la cocina sacando las cosas de comer con Darrance sentado a la mesa.

—Esto —dijo Cole, que de pronto se sintió como el colegial que había sido un día; tímido, distinto—. Puedo llevarte a tu coche cuando limpie el camino de mi casa. Eso no era lo que le habría gustado decir.

—Oh, eso no es necesario. Monique y yo podemos hacerlo.

Él se miró el dedo pulgar, levantó la vista y volvió a bajarla.

—La abuelita sugirió que a lo mejor te vendría también tomarte un descanso.

—¿A mí? —dijo Brooke.

Cole se dio cuenta de que podría haber sonado mejor si hubiera dicho que la idea había sido suya en lugar de la abuela, pero era nuevo en esas cosas. ¿Acaso le estaba pidiendo una cita?

—Sí, ya sabes. Como los niños se portaron tan mal contigo ayer...

Eso era distinto, y no le daba tanto miedo como decirle que le gustaría pasar más tiempo con ella.

Darrance salió de entre las bolsas de comida que habían dejado en el suelo.

—¡Yo pongo la pizza en el microondas!

La desesperación se le notó en los ojos.

—Mmm.

El aspiró hondo y se entregó a todo lo que la vida le tenía reservado.

—Creo que a mí también me vendría estupendamente tomarme un descanso.

—¿De verdad? —dijo, algo más entusiasmada, pero aun así no se lo estaba poniendo fácil.

¿Sería posible que ella fuera tan mala para esas cosas como él?

—Contigo —le dijo Cole con timidez.

Y entonces ella sonrió de oreja a oreja.

—Y tengo una barca —continuó él apresuradamente—. Me preguntaba si te gustaría pasar un rato en el lago hoy. Pescaremos y cenaremos en mi casa, si quieres.

—¡Yo me voy a pescar con vosotros! —dijo Darrance.

—Esta vez no, amigo. ¿Qué te parece a ti, Brooke?

—Sí —dijo, y entonces se sonrojó por haber aceptado tan deprisa—. Quiero decir, se me va a dar fatal lo de la pesca.

—Eso siempre les gusta a los peces —dijo, y ella volvió a sonreírle.

Aunque, bien pensado, tal vez le pareciera aburrido. Podría haberla invitado a cenar en el pueblo, donde incluso había una bolera. Creston era una población de unos cuantos miles de habitantes, un lugar precioso, pero suponía que no tendría nada de lo que ella estaba acostumbrada a tener en Los Ángeles.

—¿Prefieres ir a la bolera?

—¡No! —contestó ella—. Me apetece más pescar. Parece más emocionante. ¡Nunca he salido a pescar!

Pescar era relajante. Contemplativo. Pero ¿emocionante?

—Mira, si prefieres ir a cenar, hay un par de sitios que están muy bien.

—En realidad, tu primer plan me parece estupendo.

Ah, qué bien. Tendría que hacer algo que resultara estupendo. Se miró el reloj.

—¿Digamos, a las dos? Vendré a buscarte y podemos caminar hasta mi muelle.

—Bueno, no tienes que venir aquí. Puedo bajar sola.

—Quiero venir hasta aquí —le dijo, y se dio cuenta de lo cierto que era.

Quería estar con ella. Quería caminar por el bosque de la mano de Brooke. Quería que ella viera su mundo. Tal vez el invitarla a salir a pescar no hubiera sido un error, después de todo.

—De acuerdo —le contestó ella en voz baja—. Nos veremos a las dos.

Por fin lo había hecho. Se dio la vuelta rápidamente, antes de hacer lo más razonable y cambiar de opinión.

Cole Standen le había pedido salir. Sí, la abuelita había insistido un poco, pero al final él se le habría dado.

¿De verdad querría pasar tiempo a solas con ella? ¿Después de la horrible impresión que había dado?

¡A ella le gustaba! ¡Más que eso! Se sentía arder cuando estaba cerca de él, viva. Y también sentía que la vida estaba cargada de posibilidades. ¿Qué tenía todo eso de malo? ¿Acaso no era lo más natural del mundo que un hombre y una mujer se gustaran, que sintieran esa chispa entre ellos y que quisieran ver hacia dónde los conducía?

De acuerdo, en el pasado no le había ido muy bien en ese sentido. Pero tenía una extraña sensación de que no tenía pasado, y le parecía como si acabara de nacer.

Muy acostumbrada a meterse ya en el vestidor de Shauna, decidió dejarse los vaqueros y la camisa blanca y fue a buscar un abrigo. Encontró una cazadora de piel vuelta; de Calvin Klein. Se retiró el cabello de la cara y se puso una gorra de los Dodgers. ¡Estaba perfecta!

El quería estar con ella, y ella se moría por estar con él. Iban a montar juntos en

su barca. ¿Qué podría haber más perfecto que aquello?

Tres horas después estaba vomitando por la borda.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

El agua se había revuelto en cuestión de segundos. Habían pasado una tarde estupenda, riéndose y charlando como buenos amigos. En las aguas tranquilas del lago se habían reflejado las cumbres nevadas de las montañas.

Pero entonces se había levantado viento, y en ese momento la barca oscilaba alocadamente de un lado al otro.

—Bien —dijo con coraje—. ¿Por qué no elegiría la bolera? —añadió en voz alta.

Todo había ido bien hasta que la barca se había empezado a bambolear. Entonces el estómago se le había revuelto un poco. Pero él claramente no había sentido nada, allí de pie con las piernas separadas, tan a gusto en el agua. Por eso ella había pensado que se le pasaría.

Y entonces habían picado los peces. Cuando había tirado del sedal y había visto a aquel pescado resbaladizo con los ojos fuera de las órbitas y abriendo la boca desesperadamente, se había dado cuenta de lo mareada que estaba.

Al momento había tenido que asomar la cabeza para ponerse a vomitar. El había estado a su lado todo el tiempo, agarrándole la cabeza. Observó desconsoladamente cómo la gorra de Shauna, firmada por un jugador famoso, se alejaba sobre la superficie del lago.

Cole no dejó de acariciarle la cabeza y de hablarle en tono tranquilizador.

—Lo siento tanto —dijo ella entre arcada y arcada—. No puedo creerlo.

—¿Por qué me da la impresión de que nada contigo va a salir como lo he planeado? —dijo en tono comprensivo y ligeramente divertido.

—¿Por qué? —el estómago pareció calmársele un poco y se sentó en uno de los asientos que había en la barca—. ¿Qué habías planeado?

—Un día idílico en el lago. Iba a averiguar todo sobre tu vida. Quería saber dónde habías estudiado, qué clase de flores te gustaban, dónde pasaste tu infancia y cómo terminaste trabajando en Los Ángeles.

—Bueno —consiguió decir ella—. No te pierdes mucho.

La cazadora de Shauna estaba llena de vómito. Cerró los ojos e intentó no pensar en el estómago.

—Eso sólo sería el calentamiento —dijo Cole—. Porque también había pensado en tomarnos las manos y mirarnos a los ojos un poco.

—Ah —dijo ella, aunque el estómago se le revolvía de nuevo.

—Y si lo de las manos y las miradas iba bien, tal vez te habría robado un beso o dos. O tres.

Besos. ¡Sí! ¡Sí! ¡Maldito mareo!

Pero su cuerpo decía que no y que no. Nada más terminar de decirle lo del beso, ella lo apartó con brusquedad y se volvió violentamente para vomitar de nuevo.

—No te lo tomes personalmente —gimió ella—. No tiene nada que ver con lo que

me has dicho de besarme.

—Créeme, ahora no pienso en besarte. Lo primero que tengo que hacer es llevarte a tierra. ¿Y sabes qué? Estamos muy lejos.

—¿A cuánta distancia? —le preguntó con pesar.

—Creo que tardaremos una hora en volver a mi casa si el agua se queda en calma. Si aquello era en calma... ella estaba en el infierno.

Cuando por fin llegaron a tierra, Cole la sacó en brazos de la barca.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Huelo a vómito? Aunque sea que sí, dime que no o me da algo.

—Eh, después de tres días de código marrón, ¿qué significa un poco de vómito entre amigos?

Brooke se acurrucó contra su pecho y experimentó de nuevo la sensación de ser cuidada. Se sentía enferma, pero feliz al mismo tiempo. Él echó a andar por el camino del bosque, y ella iba aspirando hondo.

Finalmente llegaron a su cabaña. No podía compararse con la mansión de Shauna, y sin embargo a Brooke le gustó enseguida.

Estaba construida en troncos grises de madera envejecida y las ventanas eran de estilo francés, con cristal emplomado, y por el lado que daba al lago la pared era una fila de ventanales que se abrían a un patio enorme donde había varios niveles.

—¿Eso es un jacuzzi? —le preguntó ella.

—Sí. Aunque desgraciadamente funciona con electricidad.

Abrió la puerta de una patada y la depositó en el sofá. Ella miró a su alrededor, bastante sorprendida de encontrar un espacio tan acogedor. En un rincón de la habitación había una estufa de hierro negro que calentaba toda la habitación. Aun así, ella se echó a temblar.

—¿Qué te apetece beber? tengo un burdeos muy bueno de 1969 con soda, o soda con hielo. Como quieras.

—Creo que tomaré un poco de cada.

Al poco rato volvió de la cocina con una copa de cristal enorme llena de un líquido burbujeante.

Brooke dio un sorbo con cuidado y sonrió.

—Gracias.

—De nada.

Al poco rato se sentía un poco mejor; aunque no estaba dispuesta a comer el pescado que él había planeado cocinar.

Se quedaron sentados en el sofá charlando un poco. Brooke se sentía como si lo conociera de toda la vida. Le parecía sorprendente que él quisiera preguntarle cosas sobre sí misma, cuando le parecía como si él tuviera que saber todo lo que había que saber.

Y pasado un rato se puso de pie y fue al baño con paso vacilante, donde se limpió lo mejor que pudo. Él le llevó una camiseta limpia, y ella se enjuagó la boca con un

elixir bucal que tenía él y retiró con una esponja el vómito que ensuciaba la cazadora de Shauna.

Tal vez entonces pudieran llegar a la parte que ambos llevaban esperando desde el momento en que se habían visto por primera vez.

De vuelta en el sofá, él le tomó la mano. Entonces le pasó el pulgar por la muñeca y se lo deslizó por el brazo, por el antebrazo, por el cuello, hasta llegar a sus labios.

Le acarició los labios con suavidad, e impulsivamente ella le besó el dedo.

Él dejó de moverlo un instante, y ella se lo besó de nuevo, sintiendo su textura, su aspereza. Ella lo mordisqueó con delicadeza, y él lo llevó hasta la nuca de Brooke y la agarró de la cabeza.

Entonces la besó. Y no fue el beso suave con que le había rozado los labios la noche anterior.

Fue un beso de verdad.

Después de todo lo que había pasado, su beso le dijo que seguía gustándole, que seguía con ganas de avanzar.

Pero no quería pensar en el significado de cualquier paso futuro. Se derritió entre sus brazos y todo lo demás desapareció.

Sus labios continuaban besándola con exigencia, con sentimiento, guiándola por el camino de las sensaciones. Era una mujer valiente y sensual, segura de sí misma y de su lugar en el mundo.

Una mujer amada.

Él era a la vez tierno y salvaje. Era la tormenta y la calma al mismo tiempo. La noche más oscura y los primeros rayos del alba.

Su beso se volvió más apasionado, pidiéndole más, y ella se entregó a él de buena gana. Despertaba algo en ella que nadie había despertado, la esencia misma de su persona, un lugar tan puro y tan profundo dentro de ella que no creía haberlo explorado anteriormente.

Le sacó la camisa que llevaba metida debajo de los pantalones. Ella le pasó las manos con posesividad por su estómago plano, por el centro del pecho, flanqueado por los pectorales fuertes. Tenía la piel como el terciopelo, los músculos duros como el acero. Sus dedos sentían sed de tocarlo, como si vagando por el desierto hubieran encontrado un oasis.

Muy lejos oyó un ruido fuerte. Levantó la cabeza, algo confusa.

—No es más que el teléfono. Como si me importara mucho —añadió—. Ignóralo.

Pero el teléfono continuó sonando sin parar.

—¿Y si son los niños? —le preguntó por fin, nerviosa ya de tanto timbre, que estaba estropeando lo que debería haber sido un momento perfecto—. ¿Por qué iban a insistir tanto si no fuera una emergencia?

Soltó un par de palabrotas que debía de haber aprendido en un barracón lleno de hombres. Descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja.

—¿Diga? —dijo con brusquedad—. ¿Quién? —escuchó un rato sin decir nada,

pero cada vez con peor cara—. Sí, se lo diré.

Colgó el teléfono, se cruzó de brazos y se puso a mirar al techo, como si quisiera contener la rabia.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, sintiendo que había cambiado el ambiente.

—Era tu jefa. Está aquí.

—Ah.

—Está en la bahía, así que ha visto las luces aquí abajo. No podía entender por qué no contestábamos al teléfono.

—Ah.

—Parece que nos llama —dijo en tono de fastidio.

Capítulo 7

Brooke sencillamente no estaba lista para ello. Para el test de Shauna. ¡Pero si apenas habían empezado a pasárselo bien! Sintió un gran pesar de que la mayor parte de su día juntos se hubiera ido al traste.

Pero si a ella eso parecía molestarla, a él se veía que mucho más. Cole miraba el techo con el ceño fruncido. Ella se preparó por si acaso él empezaba a soltar palabrotas, pero finalmente, sin nada más que un suspiro, él se volvió y la miró.

Le tomó la mano y se la llevó a los labios para besarle los dedos. Ese pequeño gesto le pareció tan prometedor, le dijo tanto acerca del tipo de hombre que era y de cómo se enfrentaba a la decepción...

Brooke se enfrentó al impulso de arrancar el cable del teléfono de la pared y volver al salvajismo dulce de sus besos. Pero ¿no acudir a la llamada de Shauna? Si no lo hacía, sería capaz hasta de bajar hasta allí y empezar a aporrear en la puerta.

—¿Qué clase de persona insistiría así, sabiendo que hay dos adultos que no contestan el teléfono? —gruñó Cole.

Una clase de persona que no querría que nada ocurriera hasta no llevar a cabo cierto test.

Y la verdad era que el razonamiento de Shauna no tenía nada de raro o de extraño. Según su jefa, mejor saber antes que un hombre era un gusano que después.

De algún modo, Brooke sabía que Cole no iba a apreciar que bajo esa apariencia dominante su jefa se preocupaba de verdad por ella. Le daba la sensación de que Cole se ofendería al intuir que su jefa tenía más sentido común y más instinto que Brooke en sí.

—Se preocupa por mí —dijo Brooke, medio intentando explicar la insistencia de Shauna.

—¿Se preocupa por ti? ¿De verdad? ¿Como si fueras uno de sus hijos?

—Algo así —dijo, sintiendo la necesidad de defender a su jefa—. Ya has visto lo que pasa cuando se me deja sola. Explosiones, fuego.

Lo cual también podría describir sus relaciones anteriores. Cada una de ellas había sido desastrosa.

Pero él no tenía idea de en qué se basaba para decir lo que estaba diciendo.

—Eso no es justo. Estabas totalmente fuera de tu elemento. Imagino que en tu trabajo eres muy competente. Seguro que lo que haces es apagar fuegos, no encenderlos.

—Gracias, sé que soy buena en mi trabajo —le dijo, agradecida hacia él por pensar eso de ella después del lío que había montado en la casa el día anterior.

—Siendo así, creo que deberías llamarla y decirle que estás ocupada.

Cole le besó la punta del dedo mientras la miraba fijamente con picardía.

—Esto... —empezó a decir, sin saber cómo decirlo sin que Shauna quedara como un monstruo—. No tengo un empleo de nueve a cinco. Si Shauna me llama, tengo

que ir.

—¿Y qué hay de tu vida privada?

—Bueno, para ser sincera, no tengo vida privada.

Y hasta ese momento, con tanto desastre amoroso, eso no la había molestado.

—¿Y si decidieras que quieres tenerla?

Entonces primero él tendría que pasar el test de Shauna. Lo cierto era que Brooke sabía que Shauna de verdad quería lo mejor para ella. Y lo que quería para Brooke era precisamente lo que ella tenía con Milton, su marido: honestidad, amistad y comunicación, con un montón de pasión entre medias.

—Supongo que si decidiera que necesitaba más tiempo para mí misma, tendría que llegar a un acuerdo con Shauna. O buscar un trabajo nuevo.

Si el galán de turno no pasaba el test, y Brooke insistía en continuar con la relación, sabía cuál de esas cosas ocurriría.

—Mmm. Y yo que pensé que los militares me tenían dominado. No sé si alegrarme o no de que lleves una vida tan ridícula.

—¡Eh! Mi vida no es ridícula. ¿Y si lo fuera, por qué iba a hacerte feliz?

—No tendría competencia. No habría ningún tipo esperándote en la sombra; ninguno que fuera más emocionante que yo.

A Brooke se le pasó el enfado.

—¿Estás pensando en cortejarme, comandante?

—Oh, sí —le dijo con suavidad mientras le mordisqueaba la cara interna de la muñeca.

Tenía los labios cálidos y firmes, y sintió una oleada de sensaciones que le subieron hasta el hombro.

También se sentía muy feliz. Su patética vida de pronto parecía llena de futuro y promesas. En cuanto pasaran lo del test, mejor. Cole Standen tenía planeado enamorarla.

—¿Para ti, qué quiere decir exactamente cortejar? —le susurró ella.

Él le mordisqueó un poco más, levantó la vista para mirarla.

—¿Tengo que contestar? Sé muy poco de esas cosas; más bien nada —suspiró—. De acuerdo. Supongo que la pesca la eliminamos. ¿Qué te parece jugar a los bolos?

—¿Tienes que echarme el brazo por la espalda para mostrarme cómo se juega?

—Creo que sí.

—Entonces me gustan los bolos.

—¿Quieres que pasemos directamente a la parte donde nos tenemos que abrazar?

Ella asintió, y se dio cuenta de que la estaba liando. Si pasaba el test habría tiempo suficiente para jugar a los bolos y para otras cosas. Así que se retiró de mala gana de aquellos labios que ya iban subiéndole por el brazo.

—Llámala —le sugirió él.

—No puedo —gimió y se puso de pie de un salto antes de que él le hiciera perder totalmente la cabeza.

Shauna decía que en momentos como aquél una mujer tenía que tener la cabeza sobre los hombros, no perderla.

—¿Por qué no? —le preguntó él.

—Porque eso no forma parte de la naturaleza de mi trabajo —le dijo—. Shauna puede ser exigente, pero me paga una fortuna para asegurarse de que sus exigencias son satisfechas.

—¿Por eso trabajas para ella? ¿Por el dinero?

—Bueno, en parte sí. Pero en parte es por la emoción del trabajo, también.

—Ah. Compensa la falta de emoción de tu vida personal —se puso de pie y se acercó a ella—. Pero eso podíamos cambiarlo.

Ella se estremeció de pies a cabeza. Tenía la sensación de que la emoción que él le estaba ofreciendo dejaría pálido el concepto que en el pasado había tenido de la emoción.

—No tienes por qué volver conmigo a la casa —dijo al ver que él se ponía la cazadora—. Tal vez fuera mejor que no vinieras.

Se puso el abrigo, que seguía manchado.

—Oh, pienso ir —contestó él—. No me perdería esto por nada del mundo.

—Eso es lo que más miedo me da.

—No te voy a dejar sola para que le expliques lo de las toallas.

—Y las sábanas también —le recordó con tristeza—. Y la alfombra.

Y la cazadora. Claro que eso era el menor de sus problemas, pero no tenía sentido advertírsele aún. ¿Qué tenía de bueno un test si la persona lo sabía de antemano?

Aun así, se consoló con la expresión protectora de su rostro mientras caminaban de la mano por el sendero del bosque, iluminado por la luz de la luna.

Su corazón le rogaba que confiara en él.

—Siento que tenga que terminar así —le dijo Brooke, que se paró a la sombra de unos árboles cercanos a la casa.

—¿Terminar? ¿Ya? —dijo él con sorpresa.

—Bueno, por hoy sí. Y seguramente estarás respirando de alivio y pensando «gracias a Dios». He sido un auténtico desastre, ¿verdad?

—Yo no lo habría dicho así.

—¿Y cómo lo habrías dicho? Me mareé en tu barca, y no pude cenar. Y después llamó mi jefa.

—Supongo que la vida siempre está llena de sorpresas. La mayor parte de las veces son buenas.

—¿De verdad? —le susurró ella.

—¿Lo ves? La luz de la luna baña de plata tu pelo y tus ojos se ven como dos lagos añiles. Esa es una bonita sorpresa.

Notó también cómo la luna delimitaba sus propias facciones y le daba un aspecto más fuerte y seguro de sí mismo, el aspecto de un hombre que pasaría cualquier prueba que le pusiera el mundo.

Se inclinó hacia ella y la besó de nuevo. Y sus labios le respondieron con todo su corazón. El beso se volvió más apasionado, y Brooke sintió que lo que tenía dentro de verdadero deseaba salir a la superficie.

Sentía su gloria, su femineidad. Él le entrelazó los dedos entre los mechones de cabello y le asaltó la boca, obligándola a responderle.

Ella cambió de opinión. Quería que regresaran a la cabaña de Cole y que cerraran la puerta a toda la realidad que no fuera la que nacía entre ellos.

Pero entonces se abrió la puerta de entrada a la casa y una banda de luz los iluminó.

—¿Eh? ¿Estáis ahí? —se oyó una voz.

Cole maldijo entre dientes. Brooke se soltó de él, y él se volvió y miró hacia la puerta con los ojos entrecerrados.

—¿Pero qué le pasa a esa mujer? —soltó Cole tras unas cuantas palabrotas más.

—Estoy segura de que está deseando conocerte, Cole —le dijo Brooke.

—Creo que podría tener al menos más modales y esperar a que terminara de besarte —murmuró entre dientes.

—Esperar no es su fuerte —dijo Brooke.

—¿De verdad? ¿Entonces cuál es su fuerte?

Pronto lo averiguaría, pensaba Brooke con cierto pesar. En cuanto le echara una mirada.

Cole se volvió y vio a una mujer a la puerta. Estaba claro cuál era su fuerte. Incluso desde donde estaban se dio cuenta de que tenía una figura impresionante, de su belleza y su perfección. Era como una muñeca de porcelana. Llevaba puesto una especie de pijama vaporoso en tono melocotón que resultaba ridículo pero que en el fondo le sentaba muy bien. La tela ligera flotaba a su alrededor, acentuando cada uno de sus bellos atributos. Tenía el pelo largo, liso y negro, como el de su hija Saffron.

Y cuando Brooke y él se acercaron un poco más, se acordó de su cara. Sorprendente. Unos enormes ojos azules contrastaban con su melena azabache, con una tez levemente cobriza y con una figura que biológicamente parecía imposible de existir. ¿Cómo era posible que alguien con unos pechos tan grandes tuviera una cintura tan estrecha?

Recordó haber pensado lo mismo el año anterior; momentos antes de echarla, estaba en biquini, de su playa.

También recordó de entonces algo parecido a lo que pensaba en esos momentos. Que había algo en su perfección que resultaba un tanto artificial. En su rostro no había ni una sola arruga, pero tenía una hija de casi doce años.

Los milagros de la cirugía, pensaba con cinismo.

—Ah, aquí estás —dijo apresuradamente mientras le tomaba las manos a Brooke y le daba dos besos, como si fueran sólo dos conocidas—. Caramba, estás toda sofocada.

Entonces le soltó la mano a Brooke, retrocedió un paso y miró a su asistente con

apreciación y en los labios una sonrisa felina. Caramba, esa mujer sabía que acababan de besar a Brooke.

Y fue entonces cuando entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Ésta no es mi cazadora, ¿verdad?

—Bueno, sí, lo es, pero...

La jefa de Brooke recordó la presencia del hombre y dejó el tema.

—No importa. Ya hablaremos de eso más tarde.

Cole supuso que le haría un enorme descuento de su próximo salario. ¿Habría quemado esas toallas tan alegremente de haber sabido que Brooke tendría que pagarlas?

Shauna se volvió despacio hacia él, invitándolo a salir de la oscuridad. Cuando lo hizo, ella lo miró con franca apreciación. Abrió los ojos y sonrió. ¿Sensualmente? Cole pensó que debía de habérselo imaginado.

—Y usted debe de ser el comandante Standen —exclamó en tono seductor mientras descendía las escaleras hacia él—. Los niños y mi madre no han dejado de hablar de usted. Caramba, caramba, ¿y acaso no está claro por qué?

Así no era como había reaccionado en su playa el verano anterior. Ah, no. Entonces lo había tratado como si un paleta local hubiera recibido la visita de la realeza.

En ese momento lo estaba inspeccionando como si fuera un costillar de ternera.

—Pase —lo invitó Shauna, que no se dio cuenta de que él había retrocedido un poco para que ella no se le acercara demasiado, y lo agarró del brazo.

A Cole no le hizo gracia el gesto, pero por el bien de Brooke intentaría, por una vez en su vida, ser civilizado.

De modo que no la soltó y fingió escuchar su interminable cháchara. Cada palabra que salía de su boca era dramática, y pasados unos minutos Cole pensó que ya estaba cansado.

Se detuvo un momento a la puerta.

—Sólo quería acompañar a Brooke a casa. No quiero pasar hoy.

Su preciosa cara se frunció con un mohín que recordaba haber visto el verano pasado en su playa.

—¡Pero los niños quieren verlo! Y, por supuesto, quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho.

Él le echó a Brooke una mirada, pidiéndole que lo sacara de todo aquello, pero ella seguía rascando algo de la cazadora. Cole se puso derecho, suspiró y siguió a la mujer al interior de la mansión.

Los niños se le echaron encima enseguida, gritándole y abrazándolo en cuanto cruzó la puerta. Cole se sintió algo más cómodo y abrazó a sus niños queridos de uno en uno. La madre lo miraba con expresión pensativa mientras saludaba a los niños, pero Cole no supo interpretar esa mirada.

Le presentaron a Milton, el marido de la actriz, y Cole lo recordó también de la

playa. Y sólo lo recordó por el simple hecho de que era tan fácil olvidarse de él, totalmente eclipsado por la belleza de su esposa. Milton y Shauna hacían una extraña pareja, pero cuando le dio la mano lo hizo con firmeza y le dio las gracias de corazón.

Y entonces a los niños se los llevó una niñera, y Cole se encontró de nuevo en el salón que durante varios días había sido su casa.

—¿Una copa? —dijo Shauna.

—No, gracias.

—Parece un hombre de escocés —le dijo, sirviéndole uno de todos modos, lo cual le daba una excusa para acercarse con el vaso al sofá y sentarse demasiado cerca de Cole.

Detestaba el whisky escocés, y el hecho de que se hubiera sentado tan pegada a él. Se apartó un poco y miró a su alrededor, y decidió que tampoco le gustaba la habitación así. Perfecta. Todo en su sitio. Ni colchones, ni platos, ni fuego en la chimenea. Se había vuelto fría y formal.

Shauna estaba sentándose en el sitio que acababa de dejar él. Era tan preciosa... ¿Entonces por qué le recordaba a una barracuda?

—Y cuénteme, comandante —le susurró—. Quiero saberlo todo de usted.

Le puso la mano en el antebrazo y le dio un apretón antes de deslizársela sobre el bíceps.

Él le echó una mirada a Milton, esperando que se levantara y le diera un puñetazo en la nariz, pero Milton estaba mirando con ojos soñadores hacia el lago en la oscuridad. Brooke estaba sentada en una silla de un rincón, toda encogida, con pinta de estar a punto de echarse a llorar.

Seguramente por esa maldita cazadora. O por las toallas.

Apartó la mano de Shauna de su antebrazo y, olvidándose de lo mucho que detestaba el whisky, se lo bebió de un trago y miró a Brooke con los ojos vidriosos.

Su aspecto era más terrible del que había tenido con la cabeza colgándole por el costado de la barca esa noche. Estaba pálida, como si quisiera vomitar otra vez.

Por amor de Dios. Iba a ser muy civilizado. Miró significativamente a la mano de Shauna hasta que ella, ligeramente sofocada, la retiró.

—No creo que ahora sea el momento adecuado para conocernos —o más bien nunca—. Brooke no se ha sentido demasiado bien. Creo que deberíamos dejar que se vaya a la cama y dejar lo demás para mañana.

—¿Que Brooke no está bien? —Shauna le echó una mirada a Brooke, como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, y se dio cuenta de lo enferma que parecía—. ¡Pero cariño! ¡Necesito que mañana vayas a Los Ángeles por mí!

—Mañana estaré bien —dijo Brooke entre dientes.

—Eso espero —contestó Shauna—. Mi vida es un desastre. Me sorprende todo lo que haces por mí. Sin ti ha sido muy difícil vivir.

Se estremeció con delicadeza.

Pero Cole sintió una rabia amarga que empezaba a arder en su interior. ¿Brooke

estaba enferma, y lo único que se le ocurría pensar a la egoísta de su jefa era lo mucho que podría verse afectada? Tenía que salir de allí antes de hacer algo que a Brooke pudiera molestarla.

No quería que se fuera a ningún sitio al día siguiente. ¡Acababan de empezar a conocerse!

—Creo que el que Brooke viaje mañana dependerá de cómo se sienta —dijo Cole en tono seco.

—Caramba, qué carácter —dijo Shauna en tono aterciopelado.

Esa mujer le daba dolor de cabeza.

—Tengo que marcharme —dijo él antes de que le dijera lo asquerosa que le parecía.

—¡Pero tenía tantas ganas de conocerte mejor!

—La vida está llena de decepciones —le dijo, incómodo de que tanto Brooke como Milton los observaran como si fueran la escena de cualquier producción.

—¡Se me ocurre una cosa, comandante! ¿Por qué no viene a almorzar con nosotros mañana por la mañana? ¿Sobre las diez? Me gustaría demostrarle mi aprecio por todo lo que ha hecho.

Eso seguramente querría decir que aún no sabía nada de sus preciosas toallas.

¿Cómo era posible que alguien tan grosero, tan superficial, pudiera tener unos hijos y una madre tan estupendos? ¿O unas empleadas tan buenas?

Bueno, si quería hacer un gran gesto, tal vez eso fuera bueno.

—En realidad —dijo él—. Tengo algo en mente. Me refiero a una especie de recompensa.

Ella sonrió y dejó ver unos dientes blancos y pequeños. Cole pensó que tenían algo de predatorios. Brooke emitió un leve gemido de protesta, y él la miró.

Tenía mal aspecto, como si fuera a salir corriendo en cualquier momento al cuarto de baño. De modo que decidió que discutirían de la recompensa durante el almuerzo del día siguiente. Quería negociar por las toallas, las sábanas y la cazadora.

Volvió a mirar a Brooke. Seguiría allí para el almuerzo. Si no, necesitaba hablarle, averiguar cuándo volvería, cuándo podría verla de nuevo.

—¿Brooke —le dijo—, quieres acompañarme hasta la puerta?

—Ay, la pobre parece tan mareada —dijo Shauna—. Yo lo acompañaré.

Ella le tomó la mano, pero él se soltó disimuladamente y sin perder tiempo se puso de pie. Lo que menos falta le hacía era que la esposa de otro hombre que no sabía tener las manos quietas lo acompañara a la puerta.

—Salgo yo solo, gracias. Y te veo mañana en el almuerzo, Brooke —añadió en tono tristón—. ¿Estarás todavía aquí?

Ella asintió con la misma disposición de ánimo. Estaba más o menos del mismo tono verdoso que esa noche cuando la había sacado de la barca.

—Vete a la cama —le dijo él antes de volverse hacia Shauna—. No le pregunte nada esta noche.

—Sólo necesitamos repasar unas cuantas cosas y después...

El la interrumpió.

—Ni una sola cosa. ¿Me entiende?

Milton sonreía distraídamente, y después Shauna sonrió por primera vez con una sonrisa genuina.

Se le ocurrió que si fuera más real podría ser más bella. Brooke podría darle unas cuantas lecciones.

—Sí, comandante —dijo con dulzura—. Lo entiendo.

—Bien —soltó, y salió de la casa lo más rápidamente posible.

Por la mañana, Cole volvió a la casa, pero iba preparado con un plan de apoyo. Su plan era negociar su «recompensa» en privado para que Brooke no supiera los términos exactos, encontrar un momento para hablar con ella de sus planes y de cuándo regresaría, y alejarse de Shauna lo más rápidamente posible en cuanto hubiera terminado.

Pero en cuanto llegó los niños lo rodearon, la abuelita le puso al corriente de lo que estaba pasando en el culebrón de la televisión y Shauna se pegó a él, algo que no pareció molestar a Milton en absoluto.

La única a la que no vio de verdad fue a Brooke. Lo saludó distraídamente con la mano al entrar, con el teléfono inalámbrico entre el hombro y la oreja y un montón de papeles en la mano. Parecía pálida y cansada, y Cole se atrevía a apostar que le habían echado la bronca por lo de la cazadora.

—¿Está pidiendo unas toallas? —le preguntó a Shauna en tono seco.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Se me ha ocurrido.

Brooke se sentó con ellos a almorzar, un evento opulento con cuencos de fruta fresca y bandejas de tostadas y bollos de canela.

El se sentó al lado de Brooke.

—Eh, dame los buenos días. Respira.

Ella le sonrió débilmente.

—Tengo tantas cosas que hacer...

Pero parecía distante, como si no estuviera atenta a estar con él. ¿Qué estaba pasando allí? Seguramente le habrían echado la bronca por las toallas y las sábanas.

Cole le tomó la mano por debajo de la mesa y le dio un apretón, como queriéndole decir que todo iría bien. Y por un momento ella pareció volver de nuevo a la tierra, y lo miró como buscando una respuesta. Pero Cole no conocía la pregunta.

—¿Te marchas hoy? —le preguntó él.

—Sí, mi vuelo sale a las tres.

—¿Y cuándo volverás?

De nuevo lo miró con aquella expresión que parecía rogarle que le diera la respuesta a una pregunta que no conocía.

—No lo sé.

—¿Brooke, ocurre algo?

—No —pero respondió demasiado deprisa.

—Son esas malditas toallas, ¿verdad? Y por las sábanas. ¿Te lo está haciendo pasar mal?

—No ha sido divertido —reconoció, pero él sintió que se estaba guardando algo.

Él frunció el ceño y dejó la servilleta a un lado.

—Shauna, necesito hablarle en privado.

Shauna miró a Brooke con cierta preocupación antes de enmascararla con sorpresa.

—¿Vamos a hablar de su recompensa? —le dijo en tono dulzón.

—Desde luego que sí.

—De lo que le parezca —dijo, levantándose de la mesa.

¿Sería verdad que acababa de fruncir un poco los labios? Miró a Milton, que tenía delante un cuenco de gachas que parecía interesarle más que los coqueteos de su esposa.

Brooke tenía la vista fija en su cuenco de fruta.

—Milton —le dijo Cole—, será mejor que venga también.

—¿Oh, Dios mío, qué es lo que quiere? ¿Nuestra casa? —dijo Shauna con una risilla.

Tras la puerta del despacho se hizo totalmente responsable de las cosas que se habían estropeado en la casa y después expuso sus términos.

Shauna se arrellanó en el asiento y lo miró boquiabierta.

—¿Me está diciendo que pensaba que le descontaría a Brooke el dinero de las toallas y de las sábanas de su sueldo?

—O bien hacerle la vida imposible por ello.

—Se ha formado una idea equivocada de mí —dijo Shauna algo ofendida.

Pero Milton se echó a reír.

—No se preocupe. Su madre jamás permitiría que Shauna le cobrara nada a Brooke. Sólo son toallas y sábanas. Los dos nos sentimos muy agradecidos de que usted interviniera y les echara una mano. A ninguno de nosotros nos preocupan demasiado las toallas o las sábanas, ni tampoco la alfombra. De todas maneras, a mí no me gustaba nada.

—Y tampoco le gustaba mucho la mesa a la que le cortó un poco las patas —le dijo Shauna—. Imagínese, mi bebé con un cambiador de la época de Luis XIV.

Se echó a reír con una risa natural y genuina.

Cole la miró. La mujer era como un camaleón. No podía entender de qué iba.

—Y para que lo sepa —dijo ella—. Le pedí a Brooke que me pidiera unos juegos de cama y de baño nuevos, pero no me enfadé con ella.

¿Entonces por qué Brooke estaba tan disgustada?

—¿Y qué hay de la cazadora? —le preguntó él.

—Bueno —reconoció—, eso es otra historia. Quiero decir, era una de mis cazadoras favoritas, comandante... ¡Pero no me mire así! Me ha preguntado y yo se lo he dicho.

—De acuerdo. Eso es lo que quiero, entonces. Como recompensa. La cazadora. Ella se quedó boquiabierta.

—Está de broma, ¿verdad?

—Nunca he hablado más en serio en mi vida.

Ella lo estudió largamente.

—Es suya —dijo en tono bajo, pero de pronto parecía como si fuera a echarse a llorar; pero se sacudió un poco y adoptó una expresión más dura.

—Bueno, Brooke me mencionó que usted había pensado en la necesidad de tener más seguridad aquí. Me gustaría que pensara en aceptar el trabajo.

—No.

—Aún no ha oído mis condiciones —dijo, seguido de una cifra astronómica.

—No —le dijo de nuevo en tono seco—. Puedo ponerla en contacto con alguien que podría aceptar el trabajo. Eso es todo.

¿Y si no eran las toallas lo que tenían preocupada a Brooke, qué podría ser? De pronto tenía la necesidad urgente de hablar con ella, de modo que se excusó y salió de la habitación.

Pero la voz de Milton se coló por la puerta entreabierta.

—Te dije que era mucho comandante para ti —le dijo a su esposa.

¿A qué jugaba esa gente?

—Aún no he terminado con él —respondió ella.

Oh, sí; sí que había terminado, pensó Cole con un gesto de impaciencia.

Fue en busca de Brooke. Fue Saffron la que le dijo que acababa de marcharse para el aeropuerto. Se quedó en el vestíbulo, totalmente sorprendido. ¿No había esperado para despedirse de él? ¿No le había dejado siquiera un número de teléfono?

¿Qué estaba pasando en aquella casa tan rara? Decidió que no quería averiguarlo. Le dolía la cabeza y todo le daba vueltas. Cole salió por la puerta, de vuelta a su vida de siempre.

Capítulo 8

Cole ató la cuerda de su barca alrededor del palo del muelle. Cole estaba dolido, porque hacía tres días que Brooke se había marchado sin decirle adiós. No hacía más que esperar una llamada de teléfono de ella, pero no lo llamaba.

Aunque cada día sonaba el teléfono. Si no era Saffron, era Darrance llamándolo para hacerle alguna pregunta. O bien Calypso para decirle hola. Incluso Kolina lo había llamado.

¿Y Brooke por qué no?

Shauna también lo había llamado en varias ocasiones, sobre todo para ofrecerle cada vez un trabajo con más ventajas. Pero él siempre le había dicho que no.

—Yuju...

Sintió que se le erizaba el vello de la nuca al oír esa voz. Se dio la vuelta y vio a Shauna acercándose a donde estaba él con unos ridículos zapatos de tacón alto. Llevaba puesto un vestido largo de cuentas que parecía más apropiado para la noche de los Óscar que para otra cosa. ¿Pero allí en la orilla del Lago Kootenay? Para alivio suyo, iba acompañada de Darrance y Saffron, lo cual significaba que no tendría que quitársela de encima a palos.

—Hola, niños —saludó a los dos con sendos abrazos y después los acompañó hacia la playa; en cuanto pudo, se volvió hacia Shauna—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Ella le tendió una caja que llevaba en la mano.

—Aquí está la cazadora. La envié a limpiar.

—Gracias —la aceptó de mala gana; la cazadora era un recordatorio de que había sentido cosas más importantes hacia Brooke de lo que Brooke había sentido por él.

De hecho, la noche antes, mientras intentaba conciliar el sueño, había concebido la idea estúpida de que tal vez estuviera enamorado de ella.

¿Y si no por qué lo obsesionaba? ¿Por qué pensaba en sus labios, en sus ojos y en el modo en que le caía el pelo por los hombros? ¿Por qué si no tenía tan bien planeado lo que quería decirle? ¿Planear tan bien el paso siguiente de aquel cortejo amoroso?

Ja. Menudo cortejo amoroso. Lo habían dejado en la parrilla de salida. Se dijo que no debería preguntar por ella, pero por supuesto lo hizo.

—¿Cómo está Brooke?

—Tremendamente ocupada. Tengo un estreno a finales de este mes, y hay tanto trabajo... Daremos una fiesta, por supuesto.

—Por supuesto —añadió él en tono seco.

—Comandante, tengo un pequeño favor que quiero pedirle.

¿Cómo sabía que le diría algo así? Se cruzó de brazos y la miró con dureza, pero Shauna Carrier no se arredró.

—Me han dado la oportunidad de trabajar en una de las películas más

maravillosas. Es sobre una mujer militar que se convierte en prisionera de guerra.

—¿Y qué parte va a protagonizar?

—La de prisionera de guerra, por supuesto.

No sabía quién había buscado a los actores, pero quienquiera que fuera no podría haber elegido peor.

—Está basada en una historia real, y se llama El manantial del desierto —dijo Shauna—. Y lo que pasa es que esta película podría ser muy importante. Es una película distinta a las que estoy acostumbrada a hacer. Podría tener un mensaje muy importante. Esa mujer encontraba esperanza y fuerza en sí misma en esas condiciones tan extremas.

Aquello era un concepto nuevo para Shauna, estaba seguro de ello, de que la esperanza provenía de dentro de uno mismo y no de un contrato cinematográfico o de una casa enorme en la colina.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —le dijo, incapaz de contener su paciencia.

—Me preocupan los aspectos técnicos del papel. No me suenan, no los entiendo. Y si yo no los entiendo, no puedo meterme en el personaje.

—Mire, Shauna, ese tipo de episodios son muy delicados. Es el peor miedo que uno pueda tener en el mundo militar. No se puede trivializar.

—¡Exactamente! —dijo ella—. Por eso me preguntaba si podría echarle un vistazo a alguno de los aspectos técnicos por mí. Ya le he dicho al productor que sería una condición para aceptar el papel. Tener mi propio asesor técnico.

El respondió concisamente.

—No.

Ella le echó el brazo de nuevo y aleteó las pestañas al mirarlo.

—Por favor, comandante. Le valdría la pena. Podría estar acomodado de por vida.

—¿Y quién le dice que no lo estoy ahora? —respondió él.

—A Brooke le gustaría que lo hiciera.

—¿De verdad?

Shauna asintió vigorosamente.

—Va a estar bastante ocupada en Los Ángeles una temporada. Podría estar allí con ella.

Quería enamorar a Brooke allí, en aquel lago de aguas tranquilas, siguiendo los pasos de Eileen y de Jimmy. Quería intentar aprender a llamar a los pájaros y pasear con ella por el bosque de la mano. Quería sentarse con ella en esa roca tan grande, con el brazo sobre sus hombros.

No podía imaginarse enamorándola en un sitio como Los Ángeles. Había pasado varias veces por la ciudad, que se le había antojado un lugar dinámico, elegante y ruidoso.

Por otra parte, habría más cosas que hacer que jugar a los bolos.

Y tal vez si Brooke le importaba, o si la amaba, las cosas no tenían que ser todo el tiempo como él quisiera.

¿Y si se rendía?

Su orgullo le decía que se quedara allí mismo y que esperara a que Brooke volviera a él. Pero su corazón sólo le susurraba una palabra: «Ve».

—Lo compensaré con creces —le dijo ella, como si percibiera su debilidad, y nombró de nuevo una cifra obscena.

—Lo que sea —le respondió él.

—¿Que Cole va a venir a Los Ángeles? —le dijo Brooke por teléfono.

El corazón le dio un vuelco. Tenía tantas ganas de verlo. Y cuánto había deseado llamarlo, oír su voz, estar junto a él, reírse con él.

Pero todo quedaba aparcado hasta que pasara el test. Las conversaciones diarias con Shauna le habían llevado a sospechar que iba a pasarlo.

Y de pronto aquello. ¿Significaría la llegada de Cole a Los Ángeles que Shauna había encontrado el modo de que un hombre tan honorable acabara degradándose? No le parecía de los que elegirían California para ir de vacaciones. De haber podido él habría elegido un lugar más ventoso, más montañoso y solitario.

—¿En concepto de qué viene a Los Ángeles? —le preguntó a su jefa, y el corazón se le encogió cuando obtuvo la respuesta—. ¿De asesor técnico en una película?

Con eso debía decirle adiós a cualquier idea que hubiera podido albergar de que tal vez él quisiera verla a ella tanto como ella a él.

Porque ella había hecho una cosa de lo más estúpida. Se había enamorado de ese hombre. Totalmente. Y debería haber esperado a hacerlo hasta después del test.

Eso era lo que estaba averiguando; que el amor no esperaba; que no obedecía a ninguna regla: que se negaba a ser domado o clasificado.

Porque incluso yendo como asesor técnico y habiendo sucumbido al último intento de Shauna de adularlo, Brooke sentía que seguía amándolo, que lo deseaba y que deseaba su mundo sencillo de paseos por el bosque y de chimeneas ardiendo.

No podía entender lo que lo había animado a acercarse a su mundo. Suponía que el dinero, y mucho dinero. Tal vez nadie fuera inmune a que le ofrecieran tal cosa; tal vez nadie pudiera resistirse a codearse con los famosos.

—¿Qué has dicho, Shauna? —preguntó con espanto, pensando que no la había entendido bien—. ¿Que quieres que vaya a recogerlo al aeropuerto y que lo lleve a los sitios? Pero si normalmente parte del trato es que mis pretendientes se mantengan alejados de mí. ¿Esta vez no? ¿Pero por qué?

Pues porque Milton le había dicho a Shauna que tal vez estuviera arriesgándose la vida si le exigía tal cosa a un hombre como el comandante Cole Standen.

—¿Me estás diciendo que él siente algo por mí? —le preguntó Brooke—. ¿De verdad?

Y entonces su jefa le dijo algo muy extraño.

—Brooke, eres la única que puede responderte a esa pregunta. Debes confiar en ti misma.

Confiar en sí misma. Brooke lo sabía hacía días, pero tenía miedo. Miró el reloj y

sintió que le latía muy deprisa el corazón. Cole estaría allí, en su mundo, en menos de doce horas.

Pronto, muy pronto, sabría la verdad.

Cuando varias horas después salió por una de las puertas de la terminal de llegadas del aeropuerto de Los Ángeles, Brooke pensó en lo grande que parecía. La ventaja que tenía era que él aún no la había visto a ella, y tuvo que aspirar hondo para calmar su alocado corazón. ¡Era tan extraordinario! ¡Tan apuesto!

Incluso con aquel traje informal era evidente su musculatura. La gente lo miraba al pasar, sobre todo las mujeres, pero su atracción iba más allá de eso.

El misterio de su atracción iba más allá de esos ojos azules y de ese rostro apuesto.

Todo en él era genuino, real.

¿Pero sería real para ella?

Quería echar a correr hacia él, echarle los brazos al cuello, besarle los labios y dejar que el beso los transportara a los momentos anteriores a los tests. Unos momentos de descubrimiento y exploración. Unos momentos en los que, brevemente, había sentido lo que significaba estar enamorada.

Enamorada. Esa era sin duda una emoción que podría nublar cualquier razonamiento. ¿Cómo iba a confiar en sí misma en esas condiciones?

De modo que lanzarse a sus brazos quedaba descartado, ya que no tenía ni idea de qué era lo que lo había llevado a estar allí. Se dijo que seguramente no habría ido a verla; que sólo estaba detrás de la zanahoria que Shauna le había sostenido delante.

Lo cierto era que los consejos que su jefa le había dado en otras ocasiones esa vez habían brillado por su ausencia. En su conversación no había vislumbrado ni cinismo ni juicio alguno.

Le había dicho a Brooke que confiara siempre en sí misma.

Pero confiar en sí misma no significaba obedecer al impulso, a la voccecita alocada que le decía por dentro que se lanzara a él.

No. Para confiar en sí misma tenía que juzgar las cosas con mesura, con racionalidad, basándose en los hechos, no en las emociones, ni imaginándose cosas que no existían.

Por ejemplo, ¿no era cierto que al verla toda su expresión había cambiado? ¿Que esos labios firmes habían sonreído de aquel modo tal irresistible?

No, estaba segura de que no había sido así. Habría sido su imaginación, que la empujaba a ver precisamente lo que quería ver.

—Hola —lo saludó con calma—. ¿Tienes equipaje?

De nuevo se preguntó si tan sólo estaba viendo lo que le interesaba ver. ¿Sería de verdad decepción lo que pareció transformar su expresión?

—Bueno —dijo ella alegremente cuando estaban en su coche, intentando sortear el tráfico de Los Ángeles—. ¿Qué recompensa obtuviste de Shauna? Nunca me enteré.

Lo estaba haciendo bien. Se estaba mostrando racional, yendo al grano.

Él sonrió.

—No te lo voy a decir.

De acuerdo, se estaba bloqueando. Brooke decidió intentar otra táctica.

—¿Y te ha contratado de asesor técnico para El manantial del desierto?

—Es un viaje gratis a California —le dijo mientras encogía los hombros con despreocupación—. Me encanta ese lugar. Cómo huele el aire.

Sabía un lugar en Santa Mónica donde el aire era dulce y limpio con las brisas del océano. Podría secuestrarlo y llevarlo allí, en lugar de a la cita en el estudio.

—¿Quieres ir directamente al estudio? —le preguntó ella.

Secuestrarlo y llevárselo a la playa no era pensar con la cabeza. Para compensar esa idea tan alocada, hizo lo posible para no dejarse llevar por su presencia en el vehículo. Pero le resultaba difícil. Olía tan bien que deseaba enterrar su nariz en su cuello cada vez que tenía que pararse en un semáforo.

Ya en el estudio, lo condujo directamente a la oficina.

—¿Vamos a poder estar algún rato a solas? —le preguntó él antes de que cerrara la puerta.

—Sí, claro. Me han puesto a tu disposición para toda tu visita.

—¿He hecho algo mal, Brooke? No pareces tú misma.

—¿Y qué debería estar haciendo? ¿Explosionando una barbacoa o vomitando por la borda de un barco?

Él la miró tan fijamente que ella tuvo que apartar la mirada.

—Te veré más tarde —le dijo Brooke—. Llámame al móvil cuando estés listo.

Eran casi las siete de la tarde cuando ella lo recogió. Estaba muy serio cuando entró en el coche.

Lo llevó a la casa que Shauna tenía en Hollywood Hills, donde le habían preparado una habitación para él.

—Y puedes utilizar este despacho —le dijo mientras le enseñaba la casa—. Si eso es todo, me gustaría marcharme. Ha sido un día muy largo.

Él le tomó del codo.

—Estoy harto de jugar —le dijo Cole—. Ven a sentarte conmigo y a tomarte algo antes de marcharte. Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De nosotros —le respondió él.

Ella tragó saliva. ¿Pero cómo podrían llegar a ser pareja si él era susceptible a las manipulaciones de Shauna? Shauna le había dicho que confiara en sí misma.

Lo miró a los ojos. Se lo veía cansado, y su expresión agotada. De pronto lo único que deseaba hacer era besarlo, quitarle de encima aquel cansancio.

Intentó pensar a derechas.

—Si me quedo, quiero saber cuál fue tu recompensa.

—De acuerdo —respondió él con tal encanto de chiquillo que ella supo que

estaba perdida.

Un rato después estaban sentados en la terraza junto a la piscina. Las antorchas que rodeaban la caseta de paja se reflejaban en el agua.

—No se ven las estrellas —dijo él mirando hacia el cielo.

—No, no se ven.

—¿No las echas de menos? —le preguntó él.

Un hombre a quien ese mismo día le habían puesto a sus pies la riqueza y la pompa del mundo del espectáculo, y que se dedicaba a echar de menos las estrellas.

—Sí, las echo de menos —respondió ella en voz baja.

Lo echaba de menos a él. Estando allí con él se daba cuenta del enorme agujero que había quedado abierto en su alma desde que se había separado de Cole.

Y en lugar de sacarle su lado mercenario, se estaba dejando llevar por su encanto.

—¿Qué te ha parecido el equipo del estudio?

—No quiero hablar de eso. Prefiero hablar de esto.

Le pasó una caja grande y plana que había dejado debajo de la mesa.

—Este es el premio que le pedí a Shauna —le dijo Cole.

Intentó adivinar lo que había dentro. ¿Qué sería?

—Ábrela —le dijo él en voz baja.

Brooke abrió la caja y sacó la cazadora de piel vuelta de Calvin Klein que pertenecía a su jefa.

—Es para ti.

—¿Esto es lo que le pediste? —le preguntó Brooke, muy sorprendida; inmediatamente notó que se ahogaba de ganas de llorar—. ¿Pero por qué? —le preguntó mientras se abrazaba la cazadora al pecho.

—Me di cuenta de que te iba a dar la lata con la cazadora.

Y era cierto. Brooke se había dado cuenta, por la cara que había puesto Shauna, de que pagaría por la cazadora de un modo u otro.

—¿Podrías haber pedido cualquier cosa! ¡Sin duda un Ferrari, por ejemplo!

—¿Y con un Ferrari hubiera conseguido ver esa expresión tan linda en tu cara que tienes ahora mismo?

—¿Mi cara?

—Sí, esa expresión que tienes tan suave y dulce, tan sofocada, como si estuvieras a punto de echarte a llorar. Nada que ver con la mujer fría que me recogió en el aeropuerto.

—¿Y esto vale más para ti que un Ferrari? ¿Una mujer que tiene la nariz llena de mocos y está a punto de llorar?

—No quiero un Ferrari, Brooke. No soy de esa clase de hombres. Y supongo que tampoco estoy hecho para el trabajo de asesor. Claro que no creo que nadie quiera conocer mis opiniones. Quieren hacer una película más que está llena de romanticismo y de mentiras acerca de la realidad de la guerra, y yo no voy a poder impedirselo.

Y si no puedo impedirselo, no voy a poder ayudarlos. Me vuelvo a casa; éste no es mi mundo.

—¿Entonces no vas a aceptar el trabajo de Shauna?

El calor que le sofocaba el corazón se hizo más intenso.

—Creo que más o menos sabía que no estoy hecho para el trabajo del cine, Brooke. Supongo que estaba buscando una excusa para venir a verte.

—¿A mí? —susurró ella.

—Estoy enamorado de ti, Brooke.

Se lo dijo con tanta sencillez... Sin adornos, sin añadidos. Y sin embargo su voz era firme como la de un hombre capaz tan sólo de la verdad.

—Lo has pasado —susurró ella con lágrimas en los ojos, y entonces dejó a un lado la cazadora y se echó a sus brazos—. Lo has pasado —repitió mientras lo cubría de besos.

Un buen rato después hicieron una pausa para tomar aire.

—No lo entiendo —dijo él—. ¿Qué quieres decir con eso?

Ella le contó lo del test de Shauna, las dos partes de qué constaba.

—Primero coquetea contigo, y después, si pasas esa parte, te ofrece cosas maravillosas, tentadoras, el beneficio de estar cerca de ella.

Se dio cuenta de que se había quedado muy quieto. Se la retiró de su regazo donde se había sentado, se puso de pie y se acercó al borde de la piscina.

Se volvió a mirarla.

—Lo has dicho en serio, ¿verdad?

—¿El qué? —dijo, confundida por su retirada repentina.

—¿Has permitido que ella me someta a un test? ¿Que juegue conmigo?

—Bueno, no es eso. Estaba protegiéndome —respondió ella.

—¿Intentas decirme que no te dabas cuenta de cómo era yo en realidad? ¿Que, después de las horas que pasamos juntos, después de verme cambiar pañales, preparar comidas y contar historias a los niños junto a la chimenea, no sabías cómo era yo?

Ella no respondió. Sentía que el momento más maravilloso de su vida se le iba de las manos.

Porque no había sido lo suficientemente valiente para obedecer los dictados de su corazón, para confiar en sus sentimientos.

El continuó hablando, pero la falta de emoción en su voz consiguió que Brooke se estremeciera de miedo.

—¿Me estás diciendo que confías más en el buen juicio de tu jefa que en el tuyo propio? Y dado quién es tu jefa, me parece de lo más aterrador.

—Cole...

Pero él la interrumpió alzando la mano.

—Brooke, he oído más contradicciones en un sólo día de las que estoy dispuesto a soportar. ¿Y sabes qué? Durante todo este tiempo he confiado en ti totalmente. Pensé que veía la verdad bajo la superficie. Pensé que veía tu alma al desnudo. Y

ahora creo que he cometido un error.

—No es así, Cole —le dijo, ahogada por las lágrimas—. Cole, tú me viste de verdad aunque yo misma no consiguiera hacerlo.

Cole aspiró hondo y miró el cielo otra vez, buscando las estrellas que no querían asomarse.

—Aquí no soy capaz de pensar a derechas —le dijo él—. Me siento confuso y como si no supiera lo que es real y lo que no. Todo aquí parece tan artificial... Todo. No puedo sobrevivir en un sitio así. Supongo que soy más como ese joven vestido de ante de lo que había pensado.

—No te marches —le susurró ella, partiéndosele el corazón.

Se había acercado tanto... Él mismo le había dicho que la amaba. Y ella lo había tratado como si fuera un ladrón, un timador.

—No era en ti en quien no confiaba —le dijo mientras él se alejaba—. Sino en mí misma.

Su paso no vaciló ni un instante.

La primavera llegaba a Lago Kootenay. Pequeños brotes de hierba verde sobresalía entre los de hierba seca. Los cedros y los grandes álamos olían a savia nueva y lucían el follaje nuevo.

Cole Standen estaba sentado en su terraza, mirando el suave vaivén de las aguas. Decidió que no era imposible llamar a un pájaro para que se le posara en el hombro.

Aun así, sólo había conseguido que se posaran en la barandilla de su terraza. Dejó unas semillas de girasol en el suelo y silbó entre los dientes.

Un pájaro, un pinzón de color morado, cruzó el aire y aterrizó delante de él; lo miró con recelo y entonces inclinó la cabeza y tomó la semilla.

Alguien llamó a la puerta y Cole miró el reloj.

Algunos días los niños se pasaban después de sus vídeolecciones. Había dos reglas que todos conocían: su madre no iba con ellos y no hablaban de Brooke.

—Pasad —dijo sin volver la cabeza al oír los pasos—. Saffron, mira esto —dejó la semilla de girasol y silbó.

El pájaro se zambulló en el aire, le robó la semilla y se largó.

El gemido entrecortado de placer le hizo volver la cabeza. Estuvo a punto de caerse de la silla.

—Puedes llamar a los pájaros que están en sus nidos —dijo ella.

—A veces. Es un truco. Les hago chantaje.

Estaba preciosa. Más delgada. Más triste. Pero preciosa.

—¿Qué tal va todo en Hollywood? —le preguntó, intentando hacerlo en tono natural, aunque el corazón se le salía del pecho.

—Bien. El tipo que recomendaste de asesor para la película es estupendo. No les está permitiendo ninguna tontería. La película va a ser una obra maestra. Va a ser real.

—Me alegro —dijo, aunque en realidad lo único que le importaba era que ella

estuviera allí con él.

Se preguntó por qué estaban charlando de naderías.

—El tipo de seguridad es también sorprendente. Me había registrado de arriba abajo antes de llegar al camino de entrada.

—Muy bien —aspiró hondo—. ¿Entonces has venido de visita?

—No. He venido aquí para quedarme.

—¿Cómo?

—He venido a ver si puedo aprender a llamar a los pájaros, a hacer fuegos, a vivir con un hombre difícil y malhumorado.

—¡Nadie te lo ha pedido! —dijo él.

Ella se acercó a él.

—Pero no dirías que no a una mujer que está aprendiendo a confiar en sí misma, ¿verdad? A una mujer que quiere decirle que sí a lo único de este mundo que le parece real...

Estaba justo delante de él, mirándolo a los ojos. Percibió en ella algo distinto. Una confianza nueva.

Era una mujer que se había preguntado a sí misma lo que quería y había encontrado una respuesta.

Y le dio la sensación maravillosa de que tal vez su respuesta fuera él.

Ella le tendió las manos, y él se las tomó y tiró de ella para abrazarla.

—Bienvenida a casa —le dijo él y empezó a dar vueltas con ella en brazos hasta que ambos cayeron exhaustos—. Tenemos que casarnos.

—Eso esperaba —le contestó ella.

—En secreto. No quiero que la dragona de ahí arriba tenga nada que ver.

Ella se echó a reír.

—Eso también lo esperaba.

Él se retiró y la miró. Y en ese momento ocurrió la cosa más sorprendente. Era como si el resto del mundo se hubiera desvanecido y sólo quedara el amor. El amor que brillaba en los ojos de ella. El amor que le atizaba a él el corazón.

Un pájaro, el pinzón morado, sobrevoló en círculo sobre sus cabezas y entonces, sorprendentemente, se posó sobre su hombro.

Entonces no era perfeccionar el silbido lo que conseguía que los pájaros bajaran de los árboles, ni tampoco el chantaje con las semillas de girasol.

Era el amor, ante cuyo poder toda la creación se mostraba dócil.

Con mucho cuidado, Cole colocó el dedo bajo las patitas del delicado pinzón, que inmediatamente saltó sobre su dedo con una fuerza sorprendente. Estiró el brazo y el pájaro se pasó al hombro de Brooke, le dio con el pico suavemente en la mejilla y salió volando.

—Estoy segurísima de que tu bisabuela acaba de besarme en la mejilla —dijo, sin querer enjugar las lágrimas que le corrían por la cara.

—Estoy segurísimo de que tienes razón —dijo él.

Y entonces se dieron la vuelta y contemplaron juntos, con las manos unidas, cómo el sol se hundía tras las montañas, cómo morían los cantos de los pájaros al tiempo que la luna se alzaba en el cielo.

Juntos despidieron el día y saludaron a toda una vida juntos.

Epílogo

Pum, pum, pum.

—No los dejes pasar —dijo Cole—. Los ha enviado su madre. Ya sabes lo que quiere, y no va a conseguirlo.

Brooke echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. El primer día que la había visto había percibido su belleza, pero nada lo habría podido preparar para toda la que guardaba en su interior.

Una luminosidad tan grande que podría capturar a cualquier hombre, hacerle desear los días sin hacer nada que no fuera mirar su sonrisa, sus ojos, la cascada de cabello castaño que le caía sobre los hombros y la espalda, la redondez creciente de su vientre.

—Abre la puerta —dijo ella, blandiendo una cuchara de madera.

Esa semana estaba aprendiendo a hacer galletas; la semana anterior había sido la de la pintura, y la anterior la del crochet. Tenía un enorme apetito por la vida, un deseo enorme de aprenderlo todo.

—Sí, claro —gruñó él—. Envía a tu esclavo para que abra la puerta.

La abrió, se cruzó de brazos y miró con dureza a sus visitantes. Por dentro sonreía, pero no quería que ellos lo notaran aún.

Pero Saffron no se dejó engañar. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Hola, tío Cole.

El resto del grupo se coló por la puerta y corrió hasta donde estaba Brooke en la cocina.

Él entró y se apoyó sobre el marco de la puerta. Estaban reunidos alrededor de Brooke, asomándose con duda al cuenco.

—Estoy haciendo galletas —dijo ella—. ¿No creéis que todas las madres deberían saber hacer galletas?

—No creo que nuestra madre las sepa hacer —dijo Darrance pensativamente—. Pero lo que importa es el cariño, no las galletas.

Y lo cierto era que, a pesar de todos sus fallos, Shauna amaba a sus hijos y a Milton con una pasión y una devoción tremendas.

Milton. Menuda sorpresa. Un hombre sabio y gentil que se había hecho muy amigo de Cole. ¿Y Shauna? Una vez que había decidido que uno era digno de su confianza, resultaba más fastidiosa que nunca. Brooke y Cole no dejaban de recibir montañas de regalos y de consejos que no pedían.

Pero más allá de todo aquello estaba lo más importante. De algún modo, aquel amor y aquella devoción de Shauna también los incluía a ellos. Y con la llegada al mundo del bebé, Shauna estaba de lo más animada. Se le había metido en la cabeza ponerle nombre al bebé. Había sugerido ponerle Óscar, justo después de que le dieran uno por El manantial del desierto.

Saffron le pasó un sobre a Brooke.

—Mira lo que nos han traído, Cole —le dijo Brooke con entusiasmo, como si no le hubieran llevado listas de nombres a diario desde que se habían enterado de que esperaban un hijo.

Brooke lo abrió con buena disposición.

—¿Es que no es suficiente que hayáis invadido mi playa? —dijo Cole con buen talante—. ¿También tenéis que darle el nombre a nuestro bebé?

Oyó un leve sollozo de su esposa y se volvió a mirarla. Estaba llorando. Al instante estaba a su lado.

—¿Cole?

—¿Qué tienes, cariño?

—Creo que acaban de darle el nombre a nuestro bebé.

Cole le quitó el papel de las manos y vio que sólo había dos nombres escritos en lugar de la variedad habitual.

Eileen y James.

Tuvo que tragar saliva para ahogar la emoción que sintió. Porque eso era algo que había aprendido en el tiempo que llevaba con Brooke: que todo tenía su momento. Todo vivía y todo moría. Entonces ¿por qué las personas continuaban esperando, soñando, creciendo y aprendiendo?

Porque el amor, la más espiritual y poderosa de todas las energías, sobrevivía como una flecha que atravesaba el tiempo.

De algún modo las palabras lo abandonaron y no supo cómo expresar lo que sentía, así que sólo dijo:

—Menos mal que no es Óscar.

Fin



Credit: Cheryl Jagers

CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.